

Premio  
PLANETA  
1956

Carmen Kurtz

# EL DES- CONOCIDO

Lectulandia

Antonio, que ha estado prisionero durante años en un campo de concentración, regresa a España. El distanciamiento de su mundo habitual, de su familia, le ha convertido en alguien distinto.

La novela sigue paso a paso el proceso interior del protagonista en su esfuerzo por recuperar el pasado y por reanudar su vida al lado de la mujer que le ha esperado: su esposa.

Ambos personajes tendrán que luchar contra la acción del tiempo, la distancia que borra y la evolución imperceptible del pensamiento.

Se trata del forcejeo de dos seres que desean encontrarse sin traicionar su nueva naturaleza.

Lectulandia

Carmen Kurtz

# El desconocido

ePub r1.0

Banshee 26.08.13

Título original: *El desconocido*  
Carmen Kurtz, 1956

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado  
a Antonio, que regreso,  
a Dominica, que supo esperar.  
Y a los otros, que todavía aguardan.

## Prólogo

*Carmen Kurtz manifestó el deseo de que yo escribiera un prólogo para este libro suyo, el tercero que la autora publica. Acepté a condición de que dicho prólogo no fuese obligadamente una crítica. En primer lugar, porque ningún título me autoriza a criticar la obra de un colega. En segundo lugar, porque los prólogos-crítica, acaso indispensables en el pórtico de unas Obras Completas, tratándose de un libro inédito coaccionan sin necesidad al lector. En tercer lugar, porque respecto a la novela sufro con toda evidencia deformación profesional. En efecto, no puedo leer una creación novelesca sin referirla constantemente a mi espíritu, sin convertir mis personales experiencias literarias en un punto clave para juzgar. Mi lectura —que es un ingenuo sufrimiento— consiste en ir diciendo por dentro: «yo lo hubiera hecho así», «yo lo hubiera resuelto de otra manera»; de donde resulta que objetivarse es tan difícil como prescindir de la memoria. ¿A santo de qué, pues, he de analizar «EL DESCONOCIDO», de Carmen Kurtz? No añadiría nada al talento que ésta haya vertido en su relato ni daría mayor alcance o profundidad al impacto que el lector reciba por sí mismo.*

*Por otra parte, el estilo de Carmen Kurtz es tan directo y sencillo, que para nada necesita mentor que revele sus secretos. Esto no es novela con trampa. Tampoco pretende desconcertar por medio de la técnica. Es una narración fluida, a la manera tradicional, de lenguaje eficaz y que avanza en línea recta. Lo cual, por cierto, no significa que el libro carezca de misterio. Carmen Kurtz es lo suficientemente artista para que sus personajes centrales —Antonio y Dominica— hayan recibido de su mano esa presencia dual que conmueve, que induce a pensar, que somete el alma al movimiento pendular propio de lo que es simultáneamente real y simbólico, particular y general.*

*Ahora bien, hay algo que quería decir referido a este libro, algo que puede muy bien justificar esta introducción. Carmen Kurtz plantea, en estas páginas, un problema vivo, que siendo muy antiguo pertenece de lleno a nuestro tiempo. ¡Jubilosa excepción ésta en el indigente panorama de la novelística actual! Carmen Kurtz ha escrito una novela en la que el protagonista, ¡por fin!, no es el tonto del pueblo, ni un guardia civil, ni un pleito rural, ni una mentalidad asesina o erótica; se trata, llanamente, del drama de los prisioneros que retornan y de los seres amantes que los han esperado. El relato ahonda de preferencia en el proceso interior de estos últimos, lo cual constituye, a mi entender, la mayor aportación psicológica que la autora efectúa a lo largo de su libro, tan apretado, de tan correcta construcción.*

*El hallazgo temático y su alcance merecen por sí solos nuestra atención devota. Ciertamente que el héroe espectacular —el prisionero devorándose a sí mismo entre alambradas— ha sido objeto de incesante vivisección, de abundante bibliografía; no*

ocurre otro tanto con aquellos que pueblan gimiendo el hogar vacío, forzados a la monótona fidelidad, a la anónima incertidumbre de la espera. Carmen Kurtz se introduce en una de estas vidas y desencadena con ella un ataque frontal. Y ahí se muestra capaz de crear un ritmo espiritual equilibrado, valiéndose de la sed del que llega —el hombre— y del cansancio de la que ha esperado —la mujer—. Se trata del combate de dos cerebros y de dos amores que necesitan reajustarse sin traicionar su nueva naturaleza. El forcejeo se efectúa sin prisa, con la premiosidad de lo que es humano y con humillante sujeción a la ley de los ciclos emocionales. El miedo a la soledad opera sobre ambos y sobre el lector, el cual siente alternativamente esperanza y pena, y a gusto provocaría un milagro para que el reencuentro se tradujese en paz del corazón.

El libro tiene, además, otra faceta original: no juzga ni condena. Carmen Kurtz sabe que sólo los niños acusan tercamente, sin sentir en el pecho la presión de la responsabilidad. En el sufrimiento que cruza de parte a parte «EL DESCONOCIDO», no se advierte un culpable en quien volcar el rencor; la escritora levanta por encima de los personajes una tercera fuerza imprecisable, superior a los actos y a las intenciones humanas, que tiñe la existencia de un fatalismo mitad sombrío, mitad irónico. Fuerza que la autora bautiza con nombres varios; el tiempo que pasa, la lejanía que borra, la evolución del pensamiento; fuerza que es utilizada en el relato como elemento artístico de primer orden.

Antonio y Dominica. Antonio llega de Rusia, a bordo del Semíramis, por el camino del mar. Antonio ha sido una ausencia durante años. Es un hombre que nos mira, que ve nuestro pañuelo agitarse en el muelle. Al descubrirlo entre mil, acodado en la baranda, y luego al verlo descender jadeante por la pasarela, comprendemos que todos hemos estado ausentes alguna vez, que todos hemos regresado alguna vez de mundos oscuros, sorprendiéndonos el cambio radical que en el intervalo sufrió nuestro espíritu.

Este libro perfora en esa dirección; y aun cuando está demasiado cerca para vaticinarle grandeza o cortedad, constituye por de pronto un magnífico esfuerzo que es menester subrayar.

JOSÉ M.<sup>a</sup> GIRONELLA

# Libro primero



# ELLA

—¡Hija mía! ¡Penélope, aprisa, levántate pronto, para ver con tus ojos lo que cada día anhelabas!

(LA ODISEA. R. XXIII.)

LA GENTE LA COMPRIMA. Los gritos, las exclamaciones y los llantos de los demás llegaban a sus oídos. El mar frente a ella, se extendía como una placa aceitosa, densa. Hacia por lo menos una hora que esperaban. Todos estaban aguardando y la Estación Marítima iba engullendo gente. Y ella no conseguía desprenderse de su estupor. Su cuerpo no era suyo; era prolongación de todos los que allí se apiñaban. El pie dormido de aquel cuerpo compacto con centenares de cabezas. Y los sonidos, las exclamaciones y los llantos se detenían y no le penetraban, no sabía por qué razón. Ignoraba si porque dentro de ella todo era macizo —como aquel único cuerpo de gente que aguardaba en la Estación Marítima—, o porque dentro de ella se había hecho un vacío absoluto. Y en el vacío absoluto no había aire ni vibración posible ni sonido.

Sintió una presión particular en el brazo. Era la madre de Antonio. Antonio era su marido; el que llegaba. Iba a ser otra vez su marido. Maquinalmente dio unas palmadas afectuosas a la mano que presionaba su brazo. No podía decir nada. Y sabía que tampoco la madre... Es decir, sí. La madre de Antonio, desde que supo el regreso del hijo, emitía unos sonidos roncós, parecidos al aullido de un perro. Era su alegría. Una alegría tan bronca que no podía salir del cuerpo poco a poco, sino que se escapaba a gritos entrecortados. Le era penoso ver aquella alegría animal dentro del cuerpo de una mujer tan sumamente sensata como Mercedes, la madre de Antonio.

—¡Hija! ¡Dominica! ¿Te das cuenta?

No. No se daba cuenta. Y las frases le llegaban sin penetrarle. Quedaban suspensas en el aire, como los gritos, como los llantos de los demás.

El sol llegaba desde Montjuich y se quebraba en el agua de las dársenas. No podría decir cuántos: muchos, muchísimos barquitos, embarcaciones, lanchas, iban y venían. A lo lejos, la escollera se veía atiborrada y multicolor. Y no le cabía ninguna duda de que la montaña de Montjuich estaba tan llena como la Estación, como la escollera, como toda la parte baja de las Ramblas y los alrededores de la Merced.

Y ella estaba allí, entre los que de veras aguardaban a alguien. Eran los últimos momentos de aquella separación que había durado casi doce años. La clepsidra de su espera estaba ocurriendo y aquellos instantes eran las últimas gotas detenidas en el angosto paso.

Tragó saliva. Rememoraba: «Van a repatriar a los prisioneros de la División Azul». Las esperanzas renacían después de tanto fracaso, de tanta noticia falsa, de tanto falso mensajero.

Su cuerpo estaba allí, en la Estación Marítima, mientras ella recapitulaba doce años de ausencia.

«Van a repatriar a los prisioneros de la División Azul.»

Y un día, el padre de Antonio, Enrique Rogers, había llegado a casa y con manos febriles había extendido unos papeles. Mudo. El abogado Rogers no tuvo palabras aquel día, pero extendió los papeles sobre la mesa del despacho y todos, la madre, el pequeño Enrique, ella, leyeron el nombre que el padre señalaba con un dedo tembloroso. «Antonio Rogers y Silva, natural de Barcelona. Treinta y ocho años.» Sí, fue a partir de aquel día cuando la madre empezó a hablar de aquella extraña manera, a gritos, a golpes, a ladridos. Ella, Dominica, había experimentado dentro de su corazón una vibración más fuerte y luego un fallo, como si algo dentro de ella se hubiera detenido, «tal vez los doce años muertos», y no necesitara palpar ni respirar ni nada...

Hasta aquel día: 2 de abril de 1954. ¿Sería igual a los otros aquel día de abril? Había llegado. Ella intentó muchas veces antes fijarse un día, una fecha... Siempre se equivocó. O bien pensaba que nunca llegaría, que su vida se deslizaría esperando, siempre en la incertidumbre, no sabiendo cuándo ni en qué momento preparar su espíritu. Si lo hubiera sabido... Si lo hubiera sabido, no se habría desesperado. En la certidumbre del regreso hubiera encontrado parte de alegría. En la preparación de ese retorno, ya hubiera existido parte de realidad. Como desde el día en que se supo. Como en la mañana del 2 de abril.

«¿Te das cuenta, Dominica? ¿Te das cuenta?». Desde que se levantó ese día se hacia a sí misma la pregunta. No había sido un sueño. Y todo el día había transcurrido lentamente, como si frenaran al tiempo. «Llegarán a las cinco y media.» Y esas cinco y media se dividían en reducidos espacios de un minuto. A su vez ese minuto vibraba sesenta veces. Tiempo de espera durante el cual la radio transmitía noticias y las voces de los que ya estaban cerca de las costas españolas llegaban a ella, a todos los que como ella escuchaban, broncas, contenidas.

La voz de Antonio llegó, y ella no pudo hablarle. Cuando se disponía a hacerlo en compañía del padre, de todos, no lo consiguió. El padre habló por ella y... ¿Hablar no era mucho decir? Trató de hacerlo y las palabras no le salían. Veía al padre, pálido ante el micrófono, mientras Mercedes le animaba con movimientos de cabeza y Enrique, el pequeño, fumaba pitillo tras otro.

—Hable, por favor.

¡Qué mal lo hizo! ¡Pobre padre! Tan bajo, tan defectuosamente, que nadie le oía. Como un chiquillo; consciente de sí mismo, como si en su garganta le hubieran introducido un trapo.

—Soy yo.

—El nombre, por favor.

El locutor había presenciado la escena tantas veces aquella mañana que ya no se emocionaba.

—Yo... Tu... padre. Enrique Rogers, y...

Y las lágrimas empezaron a correr sobre el delgado rostro. Ella lo veía.

Lo mismo que ahora. Lágrimas sin sollozos, sin suspiros. Agua de dentro del cuerpo. Agua brotándole de los ojos, escurriéndosele de las narices.

Y ahora faltaban las últimas gotas de la clepsidra. Se daba cuenta de que la atroz alegría podía convertirse en sufrimiento. Alegría y sufrimiento de los mensajes de radio. Preguntas y respuestas que no coincidían por la sencilla razón de que no eran preguntas y respuestas. Eran frases contenidas durante largos, muy largos años. Reducidas a lo primario, a lo elemental, se resumían en una sola, equivalente: «Hijo, hermano, marido... Todo sigue en pie; tu casa, los tuyos. Nada se ha olvidado. Nada...»

Sentía un enorme sofoco. El traje de chaqueta le daba calor. No era su calor; era el de todos los cuerpos allí aglomerados. Dentro de aquel enorme cuerpo que llenaba la Estación Marítima hervía sangre impaciente. Ella sufría el calor de los otros, y seguramente añadía algo al de los demás.

En el mar, los barquitos, las lanchas y las embarcaciones del Club Náutico. El mar también estaba lleno de gente que esperaba y sintió un poco de envidia por los que no estaban en tierra y podían respirar libremente. Las conversaciones se entremezclaban y no podía recoger ninguna. Casi todas «Mi hijo... el hijo...» Las mujeres allí amontonadas tenían todas aspecto de madres. Algunas muy viejas. Hombres viejos también. Tal vez habían estado aguantando hasta ese día. Muchos viejos que aguardaban quizá no habían muerto para poder esperar, en el muelle de Barcelona, aquel regreso. Y los jóvenes, los jóvenes, eran hermanos del que llegaba. Pero esposas no. No le parecía a ella que hubiera allí muchas esposas. La mayoría de los hombres que partieron a Rusia eran solteros. «Claro.» Menos Antonio. Antonio. Antonio era joven, pero estaba casado con ella. ¿Antonio?

—¡Antonio!

Miró a la madre. Le salía el nombre de su hijo a cada momento. Luego cerraba la boca y se dirigía a unos o a otros. A ella de preferencia, pues estaba a su lado. Decía el nombre del hijo y la tomaba del brazo, de la mano. No podía decir nada más que el nombre; el resto quedaba dentro, o en la presión de las manos, o en la mirada enfebrecida, o en la respiración entrecortada.

¡Era tan distinto de todos! ¡Y sucedió tan inopinadamente! «Volvemos a América, Antonio, pero regresaré el verano que viene. Sólo estaré el invierno.» Él no quiso dejarla marchar. Y eso que aún tenía pendientes tres asignaturas de la carrera de abogado. «Como mi padre.» «Pero...» «Nos casaremos antes.» Antonio tenía entonces veintitrés años y ella diecinueve. No deseaba partir para América, separarse

de él, pero... Y Antonio era alegre, loco. Ella, en cambio, era sensata: lo había sido siempre. Había querido ser siempre sensata y lo aprendió con los años. Alguien tenía que serlo en su familia y le tocó a ella. Porque ni su padre, Eugenio Mauri, ni su madre, Asunción, lo fueron nunca. Tampoco Martina, la mayor. Ella, aunque se pareciera al padre, aunque tuviera la fantasía del padre, si, era sensata porque alguien en la casa tenía que serlo, y ese alguien era ella. Eugenio Mauri no puso reparos a la boda. Desprenderse de sus hijas había sido una de tantas preocupaciones de su vida. Las enviaba a colegios, a internados..., a España con la abuela.

—Enviaremos un cable a tus padres, Dominica.

Asintió y dio las gracias al padre de Antonio. Así se hizo en cuanto se recibieron las primeras noticias, pues el abogado creía que todos los padres eran como él. Creía que Eugenio Mauri debía forzosamente estar pendiente del cable anunciador de la llegada del prisionero.

—Tu padre estará loco de contento.

Recordaba al padre vagabundo que necesitaba viajes, inspirarse y seguir su vocación. Una vaga afición musical que nunca le proporcionó fama, pero que le había servido de pretexto para no hacer más que correr mundo. Con la madre, con Asunción. Asunción le seguía concienzudamente. ¿Y Martina? ¿Y ella...? Se quedaban a cargo de Flores, en Santo Domingo. Aquella casa fue una breve etapa en su vida familiar. Aquella había sido su casa durante algunos años y la recordaría siempre. Era la última de las propiedades del abuelo. Entremezclados con ella venían los recuerdos del internado, los viajes a España, las breves visitas de sus padres. Regalos, muchos regalos... Eugenio Mauri debía de creer que los regalos suplían la falta de amor. Y lo mismo Asunción. ¡Qué hermosa era su madre! Las niñas del colegio se asomaban para verla y respirar la estela de perfume que dejaba tras sí. «Una verdadera mujer de artista.» Creía, en el fondo de su inconsciencia, que dejar a sus hijas encerradas le partía el alma; pero que su deber estaba al lado del marido viajero. Y se iba. La verdad es que Martina y ella no hacían la menor falta en aquel matrimonio. Los llantos de Martina. Los consuelos de Martina. Lloraba mucho cuando la madre iba a verlas al colegio y se consolaba cuando —para calmar las lágrimas— los regalos eran importantes. Pero ella, Dominica...

—Dominica, ¿has pensado en...?

Muchas veces había contestado con un sí aproximado a las preguntas de la madre. Durante todo el día había estado preguntando cosas. Detalles que Mercedes creía haber olvidado con los años y quería, en los últimos momentos de espera, recordar enteramente. Los gustos de Antonio. Las costumbres de Antonio. «Todo ha de ser como antes, Dominica, ¿comprendes?»

—Está todo perfectamente, mamá. Todo.

Mercedes Silva volvía a murmurar palabras raras entrecortadas por un nombre. El

del hijo que regresaba.

Necesitó conocer a Antonio.

Tan rápidamente. Poco después de terminada la guerra. Allí, en casa de la abuela. En Palafrugell. Y luego las cartas. Y luego Barcelona. Los paseos por la calle de San Gervasio. «Entra, ¿quieres?» El abeto que sobresalía del muro macizo y la sombra aromática de los eucaliptos. «¿Quieres?» Lo deseaba. Hubiera tenido una alegría enorme si dentro de aquellos muros hubiera visto una charca con lotos. «Tenemos lotos en Santo Domingo.» Pero no los había. Aún no los había.

La casa y la familia formando un bloque indestructible. El padre en el jardín, la madre reponiendo los estragos que la guerra había causado en los armarios. Anita, la hermana un poco mayor, todavía soltera, ayudando a la madre. Y el pequeño... «Enrique vino al cabo de diecinueve años, cuando ya nadie le esperaba.» Antonio lo explicaba y reía: «Mamá no sabía cómo decírnoslo. Imagínate. Anita tenía veinticuatro años y yo diecinueve. Lloró al ponernos al corriente. Papá parecía sorprendido. Tuvimos que consolarla, decirle que no nos importaba, que la casa se estaba volviendo aburrida. Le parecía tan ridículo hacer prendas de recién nacido, que las encargó a las monjas de aquí al lado. '¿Su hija espera?' La pobre tuvo que decir que no, que la que esperaba era ella. Las monjitas le hablaron de la voluntad de Dios. De niños y de angelitos. Un verdadero lío... Total, ahí tienes a Enrique.»

Se habían casado antes de que Antonio terminara la carrera. Ni Enrique Rogers ni Mercedes Silva pusieron reparos. Todo el mundo estaba hastiado de guerra y una boda en la casa parecía de feliz presagio. Antonio trabajaría con el padre, en el bufete del padre, y en la casa había sitio de sobra. El piso de arriba se acondicionaría para ellos. Le aseguraron una independencia que no deseaba. Intentó llevar la casa durante unas semanas y luego lo dejó todo en manos de la suegra.

—¿Crees que nos encontrará muy cambiados? ¿Le encontraremos distinto?

Era Anita la que hacía esa clase de preguntas. Y su marido se encargaba de contestarla. Aunque Anita no parecía esperar ninguna respuesta. Preguntaba. Todos tenían ganas de decir algo, de acortar los minutos de la terrible espera.

Antonio era distinto de todos. Antonio era la vida misma. Sabía comunicar vida a todo cuanto caía entre sus manos, y ella reía al lado del marido. ¿Marido? Antonio, el loco que arrastraba en su locura a cuantos tenía alrededor. Antonio, idealista e impetuoso.

Julio de 1941. En esa fecha empezaron los primeros síntomas de su impaciencia. Pero entonces todavía ella guardaba parte de su incógnita. Les quedaban muchas, muchísimas cosas que decir y adivinar. Un año más. Julio de 1942. Ella dormía. Él había salido aquella noche. Desde hacía algún tiempo salía de cuando en cuando sin ella. Un grupo de amigos. «Sí.» Volvía alegre. Se inclinó sobre ella. Dormían en dos camas gemelas, sin pasillo central. Le gustaba tenerle la mano al acostarse. Siempre.

Le dijo: «¡Domi! ¡Dominica!» Y ella tenía mucho sueño. Era igual que una niña pequeña para el sueño. No le contestó. «Me voy a Rusia, Dominica.» Y ella no le oía apenas. Creía estar soñando. Antonio le decía a menudo cosas tan raras. «¡Cállate! Tengo sueño.» Eso le respondió. Pero él se había arrodillado y reclinaba su cabeza sobre ella. «Nada más que unos meses, Dominica. Es cosa de meses.» Y ella: «¿Qué dices?»

Así había sido.

—Doce años.

—¿Qué dices?

Enrique se inclinaba hacia ella. Su estatura, su juventud, su carácter fácilmente martirizable, le hacían parecer frágil, bamboleante. ¿Habría estado divagando en voz alta? No lo sabía. No tenía la menor importancia. Las conversaciones en la Estación Marítima eran trozos fugaces de pensamientos, y los pensamientos eran densos como conversaciones. También hablaba la madre, Mercedes. Ella, al menos, creía oírla, pero no les contestaba. Algo decía la madre sobre los trajes de Antonio, que habían sido cuidados, conservados, aireados durante los doce años. Y al mismo tiempo veía al padre consultar el reloj y asegurar —alzaba la voz— que no creía en la posibilidad de un retraso, aunque fuera posible. No creía, pero creía.

—¡Ah! Si algo sucede...

—No decía nada.

—Creía que habías dicho algo.

—Papá está diciendo...

Se volvió hacia el padre.

—Si algo sucede... No sé cómo organizarán esto. Por si acaso...

Se lo había oído decir al padre lo menos cinco veces y cada vez que le escuchaba por si acaso añadía algo nuevo. «A lo mejor Antonio no podría unirse a ellos en seguida. Entonces, lo mejor era salir despacio, nada de prisas. Florencio aguardaría en...» Florencio, el chófer, no había podido aparcar el coche, pero estaría al tanto. «Aunque bien pensado, también podía ocurrir —¡había tanta gente!— que no encontraran a Florencio. Entonces, por si acaso, lo mejor era quedar de acuerdo en algún sitio. En el Bar Rosa, del Paseo de Gracia. De allí, Florencio los llevaría donde procediera. En el Bar Rosa... Aunque lo mejor era no separarse. Nunca se sabe. Temo que el desorden sea grande.»

—¡Ese barco, Dios mío!

Primero se recibieron las cartas. Antonio era simple soldado. Como la mayoría. «Natural.» En ellas, una auténtica euforia. Términos nuevos. Palabras que entre ellos nunca se habían utilizado. Todo era maravilloso. ¡Lástima de guerra! El país... magnífico. En Alemania, durante el breve período de instrucción, los españoles se habían hecho querer. Tenía muchos amigos, camaradas. «Cosa de meses.» Y se

acordaba de ella. Un leve tinte de melancolía. «Las noches de luna recuerdo nuestros paseos de novios alrededor de la calle. Los dos faroles, los árboles saliendo por encima de los muros y el denso aroma del jazmín.»

Las cartas que no podía guardar para ella sola, pues toda la familia estaba al acecho y la lectura se hacía en común, como un acto religioso. Y ella lo aceptaba, si, pero le dolía. Sentía pudor de las frases tiernas que se evaporaban al ser dichas en voz alta y que ella sabía escasas, voluntariamente escasas.

«... tus cartas se leen en familia. Por Dios, inclúyeme un pliego, un pequeño papel aparte, para mi sola. Unas líneas donde no hables de país, ni de camaradas, ni de guerra, ni de lo bien que te van los jerseys que te enviamos. Antonio..., háblame de ti y de mí.»

Recibió un empujón y a su vez, sin quererlo, empujó a la madre de Antonio. La mujer debía de estar esperando un motivo, algo que permitiera de nuevo decir la frase:

—Está llegando, Dominica.

¡Ah, sí! Ahora era cierto. Ahora estaba cerca, muy cerca de ella, y no había por qué inquietarse. La otra vez...

También creyó que estaba cerca. La guerra no terminaba..., pero Antonio volvía. La División Azul regresaba y era cuestión de poco tiempo.

«... me quedo. Es cosa de unos meses más.»

Un hormigueo recorrió su cuerpo en aquella ocasión. Toda su voluntad, su fuerza y su entendimiento se hallaban tensos y había logrado llegar casi al término de la aventura. Había aguardado unos meses interminables y estaba exhausta. Había creído en un regreso y Antonio no regresaba.

Otra vez le hablaba Mercedes.

—¿Crees que...?

Asintió. No sabía si estaba cansada o bien si sus pies habían dejado de pertenecerle. Unos con otros, los que aguardaban en la Estación Marítima se sostenían y si mutuo era el cansancio, mutua también era la ayuda. Se preguntó cómo se mantenían los de primera fila, al borde del muelle. Si ella hubiera estado allí y hubiera caído al agua, se habría dejado ahogar, no le cabía la menor duda. No tenía fuerzas. «Igual que entonces.» Y le era imposible pensar si sus piernas obedecerían a las órdenes de su cerebro por la sencilla razón de que su cerebro no estaba allí. Estaba más allá del horizonte nebuloso donde no se veía barco todavía, o atrás, muy atrás, en esa segunda etapa de reenganche.

Las cartas siguieron llegando. No se sabía nunca el lugar, el nombre del poblado. «En alguna parte de Rusia.» Y miraba en el mapa el frente establecido. Aquella extensión monstruosa... Allí, en alguna parte de esa extensión, había un hombre, el suyo. ¡Oh! Ya sabía que también había otros. Ya pensaba un poco en todos los

demás..., pero solamente un poco. Todo el frente, el monstruoso frente, lo veía animado por la presencia de un solo hombre, el suyo. Las cartas seguían llegando y, en algunas, escritas muy aprisa, faltaba el pliego amoroso. Era una gran decepción. Como si no hubiera habido carta. Un día no hubo carta. «Tal vez esté herido.» No, no estaba entre las listas de los heridos que se recibían de Alemania. «¿Entonces?» Fue el padre, al cabo del tiempo. Quizá lo supiera algunas semanas antes de decidirse a hablar, puesto que perdió súbitamente el gusto por sus distracciones, por la lectura, por el jardín. «Antonio Rogers y Silva, desaparecido.»

¿Desaparecido? ¿Qué podía significar esa palabra? ¿Podía un hombre desaparecer así como así? ¿Un hombre a quien se ama, a quien se ha estado esperando? ¿Era tan vulnerable ese hombre como otro desgraciado del montón? El hombre que estaba presente en un lugar ignorado del frente de Rusia, había desaparecido. Desaparecido el hombre, pero se sabía el lugar donde había estado y donde se le consideraba desaparecido. Era un pequeño pueblo de Rusia y allí muchos españoles dejaron su piel, piel española escondida bajo el uniforme de los alemanes. El nombre de un pueblecito había surgido en el frente. Y el hombre había desaparecido.

Miró al padre. Por centésima vez le vio consultar el reloj. Luego, sacarse los lentes y pasarse el pañuelo por los ojos.

También ella había llorado en aquella ocasión.

Su llanto fue silencioso porque no podía llorar del todo a un hombre tal vez vivo. Si dentro de ella vivía, no podía estar muerto. ¡Antonio! Antonio, que durante el corto noviazgo, cuando ella preguntaba ansiosa: «Dime, ¿qué hora es?», respondía enfurecido: «No me preguntes la hora. Hora de vivir, Dominica. Hora de pasear y de amarnos. Ésa es la única hora que tengo cuando estoy contigo.»

Se agazapó. Lloraba silenciosamente por las noches, como cuando era pequeña y su madre las dejaba en el internado. No podía estar echada. Se sentaba en el lecho, abrazaba sus rodillas y la cara contra ellas, lloraba..., no por él. Por sí misma, por la felicidad perdida, por no haber sido lo bastante mujer para retener a su lado al hombre. «Tu culpa, Dominica. Tu culpa.»

Los otros también sufrían. Mercedes, que de pronto empezó a vestir siempre de oscuro, prescindiendo de las joyas. Mercedes, que iba a misa todas las mañanas y adelgazó, por aquel entonces, peligrosamente.

Hasta que el padre impuso la presencia de Antonio en la casa y los había sacado a todos del infierno. «Mi hijo no ha muerto. Antonio vive y regresará. No me preguntéis más, porque no lo sé. Pero cuando un hijo se muere, el padre lo siente. Algo inconfundible debe de sentir entonces un padre y yo... no lo he sentido.» Y luego resumió el futuro y lo que ese tiempo imponía diciendo: «Mientras él esté allí, nosotros, aquí, le esperaremos.»

Habían ido con tiempo de sobra y hacía por lo menos una hora que estaban



aguardando. O lo creía ella. El padre continuaba consultando el reloj, sacudiéndolo, acercándose al oído. ¿Estaría parado? En medio de tanto barullo no debía oír absolutamente nada. El tic-tac de un reloj de muñeca quedaba enteramente ahogado. Preguntó a Enrique:

—¿Qué hora tienes?

Hubo de repetirlo dos veces, pues Enrique estaba distraído. Como ella: pensativo, distante.

—Enrique, papá te pregunta qué hora tienes.

Coincidían.

—Algo más de una hora todavía. Han dicho a las cinco y media a no ser que...

Enrique Rogers empezaba otra vez sus digresiones. Parecía como si tuviera miedo. Y ella también. Allí, en aquel momento, no dudaba del regreso nadie. Pero nadie lo asimilaba. La presencia de los repatriados era tangible y huidiza. «Verlos desembarcar.»

—No tardarán. Es una hora la que falta. Va a parecer eterna..., pero es la última.

Había unas cuantas últimas horas en su vida. De algunas no se dio cuenta. Así era. Se casó antes de darse cuenta de que pasaba la última temporada, la última hora al lado de sus padres y de Martina. Fue una última hora intrascendente. En cambio, le sorprendió ver a Antonio echando un vistazo al reloj, justo el día antes de la boda. «¿Es tarde, Antonio?» Y él la había atraído. «Tenemos una hora. Dentro de una hora nos separaremos y volveremos a encontrarnos en la iglesia. La próxima hora nuestra ya será una hora de casados. Pero ésta, Dominica, es nuestra última hora de solteros. Quisiera saber decirte cosas que nunca olvidarás. Algo que, cuando estemos contrariados, enfadados, nos haga volver a este momento. ¿Te das cuenta, Domi, de la importancia que puede tener una última hora de algo?»

Y no encontraban absolutamente nada que decirse. Nada especial ni asombroso. Volvían a las frases de todos los días y a los gestos rituales. Decía él: «Hubiera querido darte una hora aparte. Y ya ves: ha sido igual que todas. Soy un gran tonto. Domi. Tendrás que ayudarme».

El tiempo transcurrido con Antonio fue siempre aparte. Era imposible superarlo. Ella misma, con toda su fantasía, siempre se veía rebasada por Antonio. Él tenía el poder asombroso de adivinarla, de estar siempre al otro lado, un poco más allá. No hacía más que tenderle la mano. Entonces ella le alcanzaba y podían marchar juntos. Pero siempre él, Antonio, iba delante.

Volvió la madre a sus preguntas. Enrique se hacía el distraído y Anita y su marido hablaban. El padre contestó algo. Pudo oír la última frase.

—... después de tantos años de separación.

Los primeros años de separación fueron los más difíciles. Se retrajo de tal modo,

que las amistades terminaron por desentenderse de ella. No las culpaba. Ni guardaba rencor. La culpa fue suya. No encontraba el menor consuelo o alivio al lado de la gente. Se impacientaba al oír frases vacuas, mezquinos lamentos de otras mujeres.

No podían comprenderla. «¡Claro!» ¿Cómo iban a comprenderla? Ella no tuvo tiempo para la menor decepción. Y no sabía de rencores ni de estúpidos celos. Ella y Antonio se amaron y no cupo entre ellos desconfianzas ni reproches. Quizás hubieran venido al pasar los años. Callaba por la sencilla razón de que siempre fue demasiado orgullosa para contar tristezas.

Poco a poco fue ensanchándose su soledad. Le dolía menos que las chácharas insulsas en las cuales siempre tenía la impresión de estar perdiendo algo de sí misma. «La gente empobrece mis recuerdos.» La gente, al hablar de Antonio, le ceñía en una personalidad inmanente. Para los otros, Antonio era igual que antes. Para ella, Antonio iba creciendo. El recuerdo del ausente había llenado todos los momentos de espera. Nadie supo hacerle compañía. La compañía duró una temporada, la primera. Luego todos —ella más que nadie— empezaron a cansarse.

—¿Crees que me reconocerá?

Era la segunda vez que oía la pregunta. Con la primera hizo como si no hubiera oído. Enrique la estaba distraendo de los propios pensamientos con los suyos. Levantó el rostro hacia él, para decirle:

—Aquí entre nosotros, ¿quién quieres ser?

Y sonrió sabiendo que su cuñado no buscaba esa contestación. Hubiera querido algo especial. Algo que fijara la atención en él. No eran aquéllos ni el lugar ni el momento precisos para hacerle reflexiones y volvió a decirle:

—Estás igual que cuando tenías siete años.

—Salvo que he crecido. Convén, al menos, que mi estatura es distinta.

—Sí. Pero tu cara... Yo te veo igual que entonces. Siempre serás el pequeño. ¿Y tú? ¿Reconocerías a Antonio?

Enrique ya no la escuchaba y Mercedes, al oír el nombre del hijo volvió a insistir:

—¡Pensar que está vivo! ¡Pensar que le vamos a tener dentro de un momento! Hija, ¿recuerdas el día que supimos a ciencia cierta que vivía?

La noticia vino por correo. Una carta de Alemania dirigida al padre. Una de tantas que el abogado recibía. Esperó hasta el mediodía, entre prospectos, avisos de facturas y otras cartas. En la bandeja de la entrada. El nombre del remitente era desconocido por todos y no se le prestó atención. Y el abogado la tomó sin ninguna impaciencia. Primero fue al jardín y al palomar. Enrique Rogers estaba deseando terminar su trabajo para cuidarse del jardín y de sus palomas. Gusto que ella compartía y que desesperaba a Mercedes. Tenían que nacer dos pichones aquel día, lo recordaba perfectamente y en aquellas circunstancias el padre velaba por sus animales. Luego de ver que, en efecto, los pichones habían roto el cascarón, entró en la casa y rasgó el

sobre.

Ella estaba en su cuarto y la madre dando instrucciones al servicio. En aquella ocasión la voz del padre atronó la casa y todos acudieron, pues el padre nunca voceaba. Estaba trastornado. Leía en alemán sin darse cuenta de que ni Mercedes ni ella comprendían una sola palabra. Pero al pronto sonó un nombre que comprendieron todos: Antonio Rogers. Y el abogado daba palmadas a la carta y decía: «¿Lo veis? ¿Lo veis? Lo sabía. Está vivo y lo sabía. No he dudado ni un solo momento.» Los ojos le resplandecían y miraba a todos con aire profético. «Pero... por favor, ¿qué dice?» Ni Mercedes ni ella comprendían del todo. Ella presentía. Y el padre, en aquella ocasión, lanzó una mirada a su mujer. Una mirada llena de palabras. «¿No comprendes? Cuando un hijo vive, uno está obligado a saber muchas cosas además del alemán.» Leyó la carta. Era la de un ex prisionero repatriado. Decía que había conocido a Antonio en uno de los campos de concentración de Rusia y que estaba bien. Que seguramente, ya que ellos volvían a sus hogares, también volverían los españoles. Daba la dirección del campo.

Y se escribieron cartas febriles al alemán desconocido y al hijo, al marido, al hermano que continuaba en Rusia. De Alemania vino la respuesta con detalles. De Rusia no vino nada.

«Tal vez lo hayan cambiado de campo», dijo el padre. «Tal vez el alemán sea un mentiroso», sugirió Enrique. Y ella pensó: «Tal vez, ¿quién sabe?, haya muerto. Quizás haya vivido hasta ahora, y ahora esté muerto. Uno puede morir tan fácilmente. Quizás esta carta sea su último signo de vida».

La llaga había sido hurgada y dolía otra vez. Otra vez la noticia desparramada tuvo actualidad y los amigos, la gente, inquiría. La gente que ya había olvidado, aburrida, volvía a interesarse. Y ella volvía a sus noches de vela, soñando con el Antonio de antes; el de la fotografía; el marido de veintiséis años que comunicaba vida a cuanto le cercaba. Unas veces era ese Antonio, en el cual le bastaba pensar para atraer el recuerdo vivo de su cuerpo, de su fuerza, de su espíritu... y otras veía un esqueleto vestido; sin ojos, sin cara, sin cabellos, sin dientes. Y unas manos huesudas se tendían hacia ella, por encima de la colcha, y el contacto la llenaba de horror, la repelía. Se despertaba gritando: «¡No! ¡No!» No sabía quién era aquel fantasma que deseaba recobrarla. No era su marido en todo caso. No podía ser Antonio. Antonio tenía sólo veintiséis años; era fuerte, alegre y transmitía vida. Aquel muerto lo rechazaba ella. No lo había amado nunca, nunca, nunca.

Sonó en el aire un silbo de sirena y luego otro y otro... Amplificándose como la angustia que en ella crecía. No pudo contenerse. Del cuerpo macizo y compacto que llenaba la Estación Marítima brotó un solo grito y luego le pareció que ella había gritado también. Enrique la había cogido del brazo. ¿Qué decían? «¡EL BARCO! ¡EL BARCO!»

El Semíramis estaba llegando y las sirenas sonaban mientras ella se echaba a temblar. No había modo ni posibilidad de contenerse. Quería desasirse del contacto de Enrique, pero era imposible. Todo el cuerpo de la Estación Marítima, que hasta entonces había sido un solo cuerpo, empezaba a animarse, a individualizarse, a adquirir vida propia. Distinto era el movimiento y distintas las reacciones. Volvía Mercedes a sus aullidos y el padre, las gafas guardadas dentro del bolsillo, volvía a su pañuelo. Ella, después de su único grito tornaba a su mudez mientras su cuerpo temblaba. Temblaba contra el cuerpo bamboleante de Enrique, que se roía las uñas, igual, exactamente igual que cuando tenía siete años.

Ya estaba llegando al término de su aventura. Sin aquellas sirenas... El sonido de las sirenas siempre la sorprendía. Era nostálgico. Las sirenas también sonaban cuando ella se despedía de Eugenio Mauri y de Asunción. Martina y ella, confiadas al capitán del barco, hacían la travesía del océano. Al otro lado del mar les esperaba la abuela. Y también gritaban las sirenas al pedir tierra. Era tan doloroso despedirse de unos como acercarse a quien no se había visto durante algún tiempo. Siempre la abuela las miraba y cabeceaba de un modo raro. Nunca estaba conforme con los modales de los primeros días. «Aquí estamos en Palafrugell —solía decir— y esos modernismos de América no pegan.» En casa de la abuela pegaba una vida sencilla, apacible. Era un contacto con lo inamovible. Lo que ella no logró nunca discernir, era quién estaba en lo cierto: si la abuela, estática, o Martina y ella en perpetua migración. Hubiera querido preguntar a alguien esa diferencia e intentó hacerlo. Le preguntó a Martina: «¿Quién es diferente, nosotras o la abuela?» Pero Martina no vio el alcance de su pregunta. Martina se sentía de raza viajera y la tranquilidad de la abuela se le antojaba seguramente cosa de años, imposibilidad, quizá tara congénita. «La abuela es vegetal. Igual que sus plantas. Quítala de su tierra y se secará. No dudes que la abuela moriría. Nosotros, los de casa, somos pájaros. Los pájaros tienen aire en los huesos, ¿comprendes?»

Estaba en plena edad de la fantasía y la idea de tener huesos llenos de aire la fascinaba. Pero hubiera querido, al mismo tiempo, participar de la vida vegetal de la abuela: saber lo que pegaba y lo que no pegaba. Tanto podía ser un traje, como un peinado, como una palabra o simplemente un gesto. De todos modos, Martina no había acertado. Su explicación era demasiado simple. La abuela y ellas hubieran hecho migas como las plantas y los pájaros de haber convivido. Lo que hacía que la abuela viera al punto lo que no pegaba, era fruto de las separaciones. Del mismo modo que ellas se daban cuenta de las arrugas, de las mil manías de vieja que con la distancia habían quedado olvidadas.

Sintió casi vergüenza de evocar en aquellos momentos la imagen de esos años tan ajenos a lo que la rodeaba y no supo a qué achacar la reminiscencia. A lo lejos, el Semíramis venía hacia tierra. La gente se alzaba sobre la punta de los pies y los

cuellos se tendían. El cuello de Enrique salía muy blanco de su camisa. Y tragaba a menudo saliva. La nuez, prominente, subía y bajaba, tan aguda que parecía querer rasgar la piel. «En este momento nos parecemos.» Volvió a mirarle y sabía que él estaba pendiente de su ansia, pero que, voluntariamente, mantenía la cabeza erguida, fija en el barco que se acercaba. Sintió pena por Enrique. ¿En qué estaría pensando el pequeño?

—¡Enrique!

Un breve intento de rechazo y luego:

—¿Qué quieres?

La voz era baja, impaciente. ¿Qué quería? Nada. Tal vez decirle que, en aquel momento, en aquel preciso momento, ella estaba leyendo sus pensamientos y le comprendía.

—Él debe de sentir lo mismo, ¿no crees?

Le dijo aquello por decir algo. Era una tontería. Enrique no podía saber, no podía sentir con la sensibilidad de Antonio ni con la suya. Escuchó la voz del cuñado, que le respondía:

—¿Qué se siente en estos casos?

Un empujón le cortó la respuesta. Mercedes habló de la cena de aquella noche, mientras Enrique, con aquella expresión tan suya de descender, como si los otros fueran mucho más bajos que él y anduvieran a rastras por el suelo, prosiguió:

—Ante lo que desconozco, ante lo que no sé, experimento angustia. Supongo que eso te choca. Ahora, para decir lo que todos, debiera decirte que estoy loco de alegría. Pero no puedo medir mi alegría y como no puedo hacerlo siento una extraña impotencia. La palabra es ésa: impotencia. Deseo que ese bendito o maldito barco, como quieras llamarlo, amarre de una vez. Estoy muerto. Deseo estar en casa, que haya pasado una semana, un mes, un año... Que todos hayamos recobrado el juicio.

Ella no le escuchaba ya. Enrique hablaba ahora hacia arriba. Sus palabras ascendían solas y nadie hacía caso de ellas. Era el barco. Como por instinto, los cuerpos, la masa que llenaba la Estación Marítima estaba tensa. Los ojos fijos en el barquito gris que se acercaba sin prisas.

Empezó a latirle el corazón desordenadamente. Así fue siempre en las grandes ocasiones. Podía ver los latidos de su corazón y más aún sentirlos. Era igual que si de pronto hubiera crecido, ocupado más lugar dentro del pecho y se lanzara con doloroso ímpetu. Lo notaba en el cuello, en las sienes, en los pulsos. Hubiera querido hablar, decir cualquier cosa a Mercedes Silva, que la miraba con orgullo. Una mirada que quería decir: «¿Ves Dominica? Él no podía fallarte. Es mi hijo, ¿comprendes? Prometió que volvería y...» La misma mirada, sí, que aquel día, el de la boda. Antonio la esperaba al pie del altar y era ella la que se acercaba lentamente a él. Y tanto le latía el corazón, tanto le temblaban los pulsos, que el pasillo central que

terminaba en altar mayor le pareció el camino más largo del mundo. Y cuando al lado de él, arrodillada, quiso responder a sus preguntas, la boca se había abierto, pero no había palabras. El corazón enviaba toda su sangre contra las paredes de su cuerpo y ella, de rodillas, muda, exhausta, se preguntó si sobreviviría. Veía el altar entre una nebulosa y por último sus ojos se prendieron en la madre de Antonio. Ella estaba sonriendo. Y en aquella sonrisa de Mercedes le pareció oír la frase del primer día cuando Mercedes la recibió en su casa: «No hay mejor que él, Dominica. Ya sé que puedo parecer tonta o injusta, pero es así. Mejor que Antonio no puede haber».

No lloraba, pero debía tener los ojos brillantados por la emoción. Todo parecía difuso. Era la eterna neblina del puerto. El barco era gris y grises las sombras que se dibujaban sobre cubierta. Los hombres estaban repartidos a babor y estribor. Unos saludaban a los de la escollera; otros tenían la mirada fija en el muelle. Pero todos eran exactos. Hombres. Hombres de un mismo color que no parecían apresurarse. Estaban sobre cubierta y no se oían sus voces. No hubieran podido oírse. En el dilatado espacio, los gritos se perdían y hasta la voz de las sirenas sonaba amortiguada. El padre había llevado unos prismáticos «para ver a Antonio lo más pronto posible». Se los pasó a su mujer, luego a Anita, la hermana mayor, que impaciente aguardaba al lado del marido. Y a Enrique. Enrique se los pasó a ella.

Trataba de graduarlos. Los cristales estaban empañados por otras lágrimas. Los enfocó y gradualmente fue recorriendo el barco.

Los hombres estaban acodados a la borda. Agitaban manos y pañuelos. Quizá gritaban, pero no se oía absolutamente nada. No distinguía a Antonio. Todos los hombres eran uniformes, pardos. Antonio sería uno de ellos, pero todavía no había dado con él. Era inútil tratar de encontrarle. Los prismáticos le daban una parcela de lo que ella hubiera querido abarcar. Igual que en un mal sueño. Igual que en una pesadilla, el enfoque era siempre erróneo. Y los hombres se movían. Y alrededor de ella la gente se agitaba. Los prismáticos nunca acertaban con el hombre que buscaba ella.

Se los devolvió al padre, que los tomó ávidamente.

Y entonces se le ocurrió que tal vez Antonio hubiera cambiado lo suficiente para que no le reconociese. Nunca pensó en ello. Para ella y para Antonio habían transcurrido doce años cronológicos, pero no doce años en el recuerdo. Antonio era una fotografía, una frase, una risa, un impulso. Todo ello tenía forma concreta, perfil, tono, murmullo o sensación. Lo que ya no tenía nada era el hombre que ciertamente se hallaba sobre cubierta, mezclado entre otros hombres y para quien los años habían pasado. Por eso, ella no podía distinguirlo ni reconocerle. Tal vez el ojo redondo del prismático había pasado una y otra vez sobre ese nuevo Antonio, y no se había detenido. ¿En dónde estaba la falta? ¿Quién era el distinto? ¿Quién de los dos se había transformado? ¿Antonio, que regresaba, o ella, que había permanecido estática,

vegetal? «Los pájaros tienen aire en los huesos.» Dentro de Antonio, ¿qué habría? ¿Qué había dentro de ella?

Doce años cronológicos dentro de los cuales ella no creía haber cambiado. Pero... entre la mujer que había despedido al marido «Es cosa de meses» y la mujer que esperaba el regreso del hombre después de doce años de ausencia, mediaban no doce años. Un tiempo fuera del tiempo. Un lapso sin medida. Una eternidad que ahora parecía ridícula si se la quería encasillar dentro de doce años. Y si ella, Dominica, no era la misma, Antonio venía hacia ella con años y lejanías.

—¡Lo tengo! ¡Ya lo tengo!

La voz del abogado Rogers la sacó de dudas. Alguien de la casa ya había recobrado a Antonio y la madre, Mercedes, gritaba como si lo estuviera estrechando:

—¡Mi hijo! ¡Mi Antonio! —Para luego exigir impaciente—: Déjame los prismáticos. Pásamelos, Enrique.

Y el padre explicaba:

—Si divides la proa en tres grupos, el central. Están amontonados... ¿Lo ves ya?

El grupo central. Un montón de hombres, y cualquiera de ellos, Antonio.

—¡Déjaselos a Dominica!

Le pasaban los prismáticos y de nuevo buscaba a Antonio. ¡Cielos! Cada vez le parecía más confuso todo. Como si estuviera mirando a través del otro lado del lente.

—No veo nada —dijo con desaliento.

Prefería no mirar. Seguir aguantando y reservar sus fuerzas para el momento preciso. Estaba exhausta. Cuando pequeña, nadaba alejándose de la playa más de lo debido. ¡Qué esfuerzo representaba regresar! Luchaba por mantenerse a flote y su angustia le hacía ver la playa siempre a la misma e inalcanzable distancia. Mejor, mucho mejor era no mirar. Seguir nadando. No pensar en si tocaba o no tocaba pie. Cuando alguna vez lo intentaba prematuramente, se hundía y el esfuerzo por recuperarse era enorme. Recobrase y volver a tomar respiración. El corazón que enviaba su sangre contra todas las paredes del cuerpo. El corazón, que quería escaparse por la boca. El peso enorme de una víscera que se ensancha. Era mejor cerrar los ojos, nadar hasta la orilla y probar pie cuando la arena le rozaba el vientre. Entonces no había desilusión ni fatiga. Entonces podía uno abandonarse, dejarse llevar a la playa como el resto de un naufragio y, tendida en la arena, el cuerpo en íntima unión con la arena, abrir poco a poco los ojos.

Seguramente era eso. Tantas veces había estado pensando en el regreso de Antonio. Tantas veces creyó tener pie, que ya no se aguantaba. La orilla huía. La cercana orilla que recibiría su cuerpo, aparecía desdibujada, confusa. Estaba agotada. Se le escaparon los prismáticos de la mano y, después de rebotar contenidos por los otros cuerpos, debieron de caer al suelo.

—¡Dominica! ¿Los has dejado caer?

—Se me han caído.

Era inútil buscarlos. Quizás estuvieran bajo unos pies. Serían un estorbo para los pies bajo los cuales estuvieran, y esos pies los irían empujando. Era imposible agacharse. Los cuerpos cabían dada su proyección vertical. No podía, ni por un momento, agacharse. Y era mucho mejor así. El barco vendría ciego. El barco venía y la tierra le estaba esperando. El barco adelantaba y la tierra no se movía.

El Semíramis había dejado atrás la punta de la escollera y avanzaba entre las pequeñas embarcaciones que habían salido a recibirle. La plancha aceitosa cobraba vida. El mar estaba habitado en su superficie y el quebrarse de las aguas producía mil refulgentes luces. El sol venía de Montjuich.

Cerró los ojos deslumbrada. Encima de ella oyó unos cantos. Alguien, muchos cantaban sobre ella. No podía cerrar los oídos. Mercedes le preguntó algo, la mano de la madre la oprimió pidiéndole algo. Pero ella cerró los labios. Apretó los labios. Cerró todo su cuerpo a los demás y dentro de su cuerpo cerrado evocó a Antonio.

Mentira que hubieran pasado doce años. Antonio era el hombre que ella había esperado mucho tiempo y encontró una noche. Lo reconoció al momento. Diecinueve años había tardado en llegar Antonio a ella; pero cuando le vio, no le costó nada comprender que aquel tiempo había sido necesario para encontrarle. Y más tarde, en las breves esperas: cuando por la mañana se levantaba pensando que iba a verle, que le vería... El tiempo de espera le resultaba satisfactorio. Mientras le estaba esperando, parte de él estaba ya con ella. Y parte de ella le pertenecía. Breves separaciones anteriores durante las cuales creyó sufrir más que nadie. «Dos días sin verle, Martina.» Martina se reía y en dos días no veía más que dos veces veinticuatro horas. Pero ella... Ella vivía pendiente de esos dos días. Sufriendo la separación y gozando el encuentro. Los encuentros eran siempre maravillosos y salvajes. También Antonio parecía estar sediento del encuentro. Tomaba sus labios y bebía en ellos. Largo rato permanecían mudos, cambiando nada más que el soplo vital, como si algo de ellos hubiera muerto y fuera necesario reanimarlo. Avivarlo. Luego, cuando la sed se saciaba, venían las palabras. «Dos días sin vernos, Dominica. Dos años, dos siglos para mi impaciencia.» Y cuando ella inquiría, preguntaba: «¿Qué has hecho? ¿En qué has pensado?», él respondió: «Gestos, ademanes. Pero mis pensamientos estaban contigo. Parte de mí mismo desaparece cuando no estoy a tu lado. Y estás presente en mí». Ademanes, gestos se hacían sin que en ellos interviniera el pensamiento. El pensamiento estaba allá con él, con ella. Y por lo mismo, al recuperarse necesitaban ese salvaje encuentro en donde sus soplos se confundían, volvían a recuperarse.

—¿Lo ves? ¿Lo ves ahora, Dominica?

—¡Doce años! ¡Doce años, hijo mío!

No podía cerrar los oídos. Allí estaban los otros, las otras voces que le iban contando. Igual que Martina. «Dos veces veinticuatro horas.» «Doce años.» Y en ese



lapso entre él y ella no había habido ese cambio necesario, la posesión en donde los dos cobraban las fuerzas perdidas. El soplo vital que sorbían el uno en el otro.

—¡Tanto tiempo, hija! ¡Tanto tiempo!

Las voces de los otros, los cantos de los otros, llegaban a ella. El barco gris presentaba su banda estribor.

—¡Antonio, hijo! ¡Tanto tiempo!

Pero no el que los otros creían, sino ese tiempo tan sólo conocido por el que ama, por el que sufre, por el que aguarda. Ese tiempo durante cuyo transcurso ella había ido perdiendo parte de su propia existencia. Durante el cual ella no había sido enteramente, sino parcialmente. Nadie podría devolvérselo salvo Antonio. Y quizás Antonio, durante ese tiempo sin medida, había aguardado más que ella... o menos. Nunca lo sabría. Tendría que sentirlo. Recobrar su soplo y ver, sentir que le devolvían todos aquellos años.

De sus entreabiertos labios brotó un asentimiento.

—Sí, sí, mamá.

Sus ojos recorrieron el barco de proa a popa. El llanto contenido le deformaba las imágenes y todo parecía borroso.

—¡Dominica! ¿Le ves? ¡Mira, hija, nos está mirando! ¿Le ves ahora? Y para ser como los otros que veían, que recuperaban, que habían llegado al final de la espera, contestó.

—Sí. Sí le veo.

## ... Y ÉL

*... y ni a hombre o mujer, a ninguno, reveles que vienes de regreso de tanta aventura, antes bien, en silencio sufrirás muchos males: soporta la injuria del hombre.*

(LA ODISEA. R. XIII.)

ESTABA SOBRE CUBIERTA e iba al lado de Germán.

Germán iba a su lado igual que la sombra acompaña al cuerpo. La única diferencia era que la sombra podía ir al lado, delante o detrás y Germán era únicamente una sombra lateral. Pero se había acostumbrado a ella desde hacía muchos años y sabía que ningún hombre podía ni debía tratar de separarse de su sombra.

No estaba muy seguro de que aquélla no fuera la última quimera, la Fata Morgana que hacia nacer en la mente del desesperado deliciosos espejismos. La nave era gris, pequeñita, y lo que se dibujaba en el lejano horizonte ¡era España!

—Sí, hombre, sí. España.

Germán le decía, le gritaba que sí. Que era verdad. Que lo que veían sus ojos era España. Pero él no estaba seguro todavía. Se sentía algo mareado. Había pisado tanta tierra en estos últimos años, que el cabeceo del barco le revolvía el exiguo estómago que aún poseía. Volvía a encontrarse mal. Era el desasosiego que le había acompañado durante todo el viaje: la angustia que desde Odesa le mantenía tenso, el cuerpo echado hacia delante, como si su esfuerzo pudiera ayudar a aquel barco, tan pequeño, que no producía la menor sensación de estabilidad.

—Pero ¿no estás contento, Antonio?

Germán le decía y él, acodado en la borda, dolidos los ojos por el largo mirar de todo el día, hubiera querido responderle: «Germán, amigo, no se trata de eso. Se trata de que a veces el contento o el dolor rebasan la capacidad del hombre. Tú siempre fuiste un bruto y por lo mismo puedes alegrarte. Cabe en ti la felicidad de este momento. Pero en mí... Quisiera aclarar un asunto contigo, Germán. Tú, que has sido mi camarada; tú, que has sido mi sombra, has de ayudarme a verter en el mar —para que dentro de mí quepa lo que se nos echa encima—, en este poco rato que nos queda, todo cuanto no sea, cuanto no pertenezca a la tierra que tenemos enfrente. No, Germán, no es el traje —la gorra ya la echamos, ¿recuerdas?—, es algo que ocupa mucho sitio, que nos costará mucho, algo de que es absolutamente preciso librarse. Desearía echar al agua todas las imágenes que han circulado por esa parte del hombre llamada pensamiento. Quisiera lavar esa parte del hombre. ¡Muy lavada, querido Germán! ¿Crees, Germán, que el mar será suficiente para lavar el recuerdo?»

Dijo:

—Estoy demasiado contento, chico. No sé si me comprendes.

—Vaya por los malos tragos.

Al despertar el día en que debía encontrar su tierra, mientras Germán se aseaba haciendo muchas salpicaduras al restregarse, él se le acercó y le dijo: «Tú eres mi sombra».

Y también él empezó a lavarse a conciencia. Se arrancaba la piel creyendo percibir siempre el olor nauseabundo de los prisioneros. «Lázaro olía así después de resucitado. Y la gente huía de él.» Se secaba y aproximaba el olfato a sus brazos, a los sobacos. Había perdido el olfato a fuerza de oler podredumbre durante años y años. Presentía que en él debía de haber olor, mal olor, y que le costaría siglos arrancar de su piel aquel estigma.

Germán le daba codazos, se alegraba recordando la escena de la mañana, decía:

—No sé quién es la sombra del otro. Yo estoy más gordo.

Pero no era eso lo que quería significar él, Antonio. Y no podía explicarlo porque le quedaba muy poco tiempo y ese tiempo deseaba agotarlo, vaciarlo por completo dentro del trozo de mar que le separaba de la costa visible. No valía la pena discutir porque Germán era muy bruto y no le comprendería nunca. Germán era bueno. Absoluta y rematadamente bueno. Nada más. De haber sido inteligente, no habría sido su sombra. Podría decirle ahora: «Todo cuerpo tiene una sombra y tú eres la mía, Germán. Como todo hombre tiene una conciencia y mi conciencia se llama Gabriel Ariza. Te extraña, ¿no es eso? Las conciencias, en general, no tienen nombre y muchas veces, incluso, el hombre no tiene conciencia. Pero yo tengo una conciencia que se llama Gabriel Ariza igual que tú, mi sombra, la sombra de mi cuerpo, te llamas Germán Expósito».

Sonreía un poco. Le tiraba la piel al sonreír y le dolían los labios. Germán estaba allí y le hablaba en aquel momento del primer contacto con la gente de la patria. ¿Gritaban siempre así los españoles?

—¿Crees que la voz también enflaquece, Antonio?

Siempre, siempre le estaba preguntando cosas y él debía contestarle. Muchas veces le habló, le enseñó durante los largos años pasados. Otras le envió al cuerno. En general le daba pena y le explicaba. Pero antes no era lo mismo; antes tenía tiempo de sobra. Ahora no. Le contestó:

—Claro. La voz enflaquece. Es una de tantas cosas que enflaquecen cuando se acostumbra uno a hablar en voz queda.

—¿Y crees que antes nosotros gesticulábamos tanto?

Le repuso para que le dejara en paz:

—Ya no lo recuerdo, hombre.

Y pensó en los suyos. En los que habían hablado por la mañana y estaban esperando en el muelle. Estarían todos y dentro de poco los habría estrechado, abrazado a todos. ¿Faltaría alguno a la cita?

Pensaba en Gabriel, que no estaría allí. Que nunca pudo estar allí —bien lo sabía él—. Pensaba en los suyos, que estarían aguardándole, y en Gabriel, que fue su conciencia, la sombra de su alma, como Germán era la sombra de su cuerpo.

Gabriel Ariza había muerto. De ello hacía muchos años. Cuando Gabriel Ariza murió, casi no tenía necesidad aún de afeitarse. Murió sin arrugas, joven, puro... Por eso se había convertido en su conciencia.

Lo conoció en Lasalle, el colegio de los hermanos de la Bonanova. Él era uno de tantos, pero Gabriel era siempre el primero. No sabía por qué. Si por inteligencia o por voluntad. Seguramente por ambas cosas. Gabriel era siempre el primero de la clase y él estaba entre el montón. Pero, en cambio, era el mejor jugador del colegio. A la hora de los recreos él era el primero mientras Gabriel no pasaba de ser una mediocridad.

Y también era mediocre en cuestión de inventiva. Él, en cambio, estaba siempre en el ajo de todas las trapisonderías del colegio. Sus calificaciones no eran famosas, pero él, Antonio Rogers y Silva, lo era.

Su casa no estaba lejos del colegio. La torre. Años después Gabriel Ariza dijo de ella: «Majestuosamente fea». Pero de niño no tuvo conciencia de su fealdad por la sencilla razón de que no tenía conciencia alguna. Era feliz. Vivía, atropellaba y, si alguna vez pensaba —la cosa no ocurría con frecuencia—, sus pensamientos adquirían forma concreta. Un vaso. Un bote de confitura. Una artista de cine. Una moto... «Tus pensamientos tienen forma —le hizo notar Gabriel años después—; los míos no la tienen.» En aquella ocasión se rascó la cabeza. Le gustaba rascarse la cabeza, que siempre llevaba limpia. Tenía el cabello oscuro, rizado y la madre, Mercedes, le compraba colonia Atkinson's. Luego olía sus dedos y éstos despedían un aroma fresco.

Todo esto ocurrió después. Gabriel Ariza se convirtió en su mejor amigo el día de la cartera. Fue a la salida del colegio y no recordaba exactamente los motivos. La cosa era que él, después de haber dado con la suya a alguien tomó la de Gabriel y había pegado con ella. La de Gabriel era barata, de cartón, y se había despanzurrado. Gabriel recogió del suelo los libros mientras él se reía y seguía dando golpes otra vez con la cartera propia. Se dispersó el grupo ante la súbita aparición de un hermano y quedaron Gabriel y él frente a frente. Gabriel no decía nada. La cartera rota estaba en el suelo y el hermano entre los dos. Tenían entonces unos diez años. A esa edad le era imposible comprender ciertas cosas. Por ejemplo, que una cartera rota fuera para un colegial motivo de disgusto. El hermano despachó a Gabriel y le hizo entrar a él otra vez en el colegio. Le contó lo suficiente para que de golpe supiera muchas cosas. Que Gabriel no tenía padre. Que era hijo único de viuda... Se sintió mortificado al ver en lo sucesivo a Gabriel con los libros bajo el brazo y durante algunas noches le costó dormirse pensando en el modo de reparar el daño. A hurtadillas contemplaba el rostro

de su compañero de clase y le parecía tan perfecto, tan duro, que se sintió amedrentado. Estaba seguro de que Gabriel le miraría, le miraría a él, y se marcharía hacia la parada del tranvía sin despegar los labios.

Fueron días de lucha. La vista del compañero con los libros en la mano le dolía. Intentó pedirle perdón. «No vale la pena.» Y él insistió: «Sí. Te aseguro que lo hice sin querer...» La mirada oscura le habla hecho sentirse muy ruin. No pudo compensarle con nada, pero le hizo dentro de él lo mejor de si mismo: la sombra de su alma.

Germán estaba a su lado e insistía:

—¿Puedes creer que ya no pienso en lo pasado? Mira, Antonio. Mira cómo la tierra, la nuestra, se nos echa encima.

Cierto. Iba estrechándose el mar que los separaba de la costa e iba ensanchándose la tierra. ¿Cómo iba a pensar, a recordar Germán? Germán tan sólo recordaba los buenos momentos de la vida, y por eso quizá durante tantos años había sido su amigo. Coincidieron en Oranque cuando ya el uno y el otro llevaban unos años de cautiverio. Los dos eran soldados. Era difícil procurarse papel y lápiz; pero cuando lo conseguía se ponía a escribir: «¿A quién escribes?» Él repuso: «A nadie». Germán se le quedó mirando. No había posibilidad de correo para los prisioneros españoles. No comprendía. Y él no iba a contarle todo de golpe. Añadió: «Es mi manía.»

Y Germán le puso la mano en frente, le miró con su cara de payaso de Wateau. Dijo: «Tú no estás bueno. Pero en fin... Te prefiero a esos tipos que sólo cuentan heroicidades o desgracias. No sé qué puedes poner en tus escritos. Si cuentas lo de aquí, está pronto dicho. Esto es un campo. Campo quiere decir: hombres, hacinamiento, suciedad y hambre. Creo que es suficiente. Dime: ¿qué pones?»

Hasta aquel momento no se confió a nadie. Pero quizás había llegado al tope de su resistencia, pues dijo: «Todo. Muy concentrado, pero todo. No quiero olvidarlo.» Y Germán meneó la cabeza. «Haces mal. En nuestro caso no digo que podamos olvidar, ya que estamos viviendo en el presente. Pero es mejor recordar cosas agradables.»

Germán tenía razón, pero él experimentaba la necesidad de ceñir acontecimientos en letras sobre papel. Así era más ecuánime que en pensamiento. Germán volvía a decirle: «¿Sabes cómo me llamo?»

¿Qué importancia podía tener su nombre? «No, aquí no cuenta ni el nombre ni el hombre. Aquí somos todos. Un bloque. Un montón.»

Pero Germán se lo dijo. Era su único punto amargo. «Germán Expósito.» Le dijo y luego preguntó: «¿Te gusta mi nombre?»

¿Qué podía importarle? Él, Antonio Rogers y Silva, estaba tan hambriento, tan sucio y aún más desesperado que Germán. Contestó: «Como cualquier otro».

Germán fue su amigo desde aquel día y él tuvo la obligación de escucharle, de

saber que: «Harto de hospicios me alisté voluntario con los rojos a los dieciocho años. Hice toda la guerra, hui a Francia cuando la derrota, fui internado en Argelés — no te pierdas en Argelés, amigo. En esa playa murieron tipos bien fuertes—, volví a España en cuanto empezaron a despachar salvoconductos militares y me ofrecí voluntario para Rusia».

No le parecía muy lógico y se lo hizo notar. Y Germán aclaró: «Estaba despechado. A los dieciocho años creí de buena fe hacer algo... Algo que justificara mi existencia. Ya que incluso mi madre se avergonzaba de mi, yo debía dar la cara por algo. ¿No te parece? Y me equivoqué. Cuando perdieron los de mi lado, quise alistarme al lado de los otros, a ver si esta vez ganaba. Pero me creo gafe. En cuanto me alisto a un bando, seguro que pierdo».

El relato de Germán no fue muy extenso. Cuatro trazos para dibujar una vida. Deseaba justificar la poca oportunidad de su nacimiento con una voluntaria muerte gloriosa. Tampoco lo había conseguido. Se esforzaba por morir y: «Nada. ¿Comprendes? Nada».

Con ese nada Germán significaba las dos señales blanquecinas que llevaba en el antebrazo. La piel era allí más delgada. Dos cicatrices sin gran importancia. Él preguntó: «¿Metralla?» Y Germán dijo: «¡Qué metralla ni qué cuernos! Dos forúnculos como una casa. Desde los dieciocho años peleando para no tener más referencias que las huellas de dos forúnculos.»

Y al decirlo, al mostrar el brazo, ponía cara de payaso triste. Por eso le hizo reír y se quedó a su lado. Desde Oranque habían estado siempre el uno al lado del otro.

—Dentro de unos meses, quizás antes, todo lo pasado no será más que un sueño desagradable.

Germán hablaba y agitaba los brazos saludando a la tierra que se acercaba.

Desagradable. La palabra le sacudió una vez al oírla en labios de un prisionero alemán. Era todo un tipo. Paracaidista, Cruz de Hierro y todas esas cosas. Seguramente se lo merecía. Cuando le preguntó: «¿Qué? ¿Cuál es la impresión que uno experimenta al saltar del aparato?», el otro dijo escuetamente: «Desagradable». Nada más. Sabía por otros que el alemán había saltado varias veces; le habían condecorado por ello y era respetado por todos. Pero él resumía sus actos de servicio con una sola palabra: Desagradable.

—Contesta al menos, hombre. Te digo que todo lo pasado...

Convino. Lo mejor que podía hacer era darle la razón. Le resultaba tanto más fácil cuanto que ya estaba acostumbrado a ello. Continuaba la conversación; daba respuestas a las preguntas sin dejar de pensar en lo suyo. Preguntas y respuestas en voz alta eran siempre de una intrascendencia feroz. Aun en los peores momentos, preguntas y respuestas no pudieron ser más llanas, más elementales, más sencillas. Todo era sencillo con Germán.

—Nada, chico. Desagradable y nada más.

Germán entonces quedó pensativo. Dijo:

—Tú, a tu casa...

También oyó en imperativo aquella misma frase. «¡Tú, a tu casa!» y fue...

Gabriel Ariza fue su mejor amigo a partir del día de la cartera, pero él debía tener sumo cuidado para manejar esa amistad. ¡Gabriel era tan susceptible! Juntos terminaron el bachillerato y juntos empezaron la carrera. Gabriel más estudioso, probablemente más listo, la terminó en junio del 36. Y poco después... Lo comprendía. Lo hizo comprender a los suyos. El que Gabriel fuera un exaltado, un rebelde, era normal. Se echó a la calle el día del asalto a los cuarteles de Atarazanas, con ellos, con los otros. Y murió como tantos. Como un valiente. Él lo estuvo buscando durante horas y horas. Empapado de sudor iba aquel pegajoso día de julio. En mangas de camisa. No le encontró. Miraba a los que yacían boca arriba y volvía a los que habían muerto boca abajo. Tenía las manos llenas de sangre de todos. «¡Tú, a tu casa!» Subió despacio por las Ramblas, por el Paseo de Gracia. Nadie le dijo nada. Estuvo pensando en los últimos deseos que hubieran podido asaltar al amigo. Miró sus manos. Y no fue a su casa, sino a casa de la madre de Gabriel.

Y aquel día supo.

Aquel día comprendió que hay momentos en que el hombre no puede pronunciar una palabra. Se sentía lleno, a punto de rebasar sus propios bordes. Igual que ahora al sentir la proximidad de la tierra, de su tierra, España, Barcelona, y pensó que no todos aquellos que con él regresaban tendrían la misma completa emoción. En muchos momentos de su vida y por muy varias razones se sintió así: «como una uva madura». A punto de gotear. Los otros, esos camaradas que pronto se dispersarían, que le olvidarían tal vez próximamente, ellos y las acuciantes preguntas de Germán le hacían daño. Hubiera querido ser uno de tantos: hacer planes antes de haber hollado la patria. Pero no podía. Estaba demasiado henchido y tenía miedo de echarse a llorar; él, que siempre creyó que un hombre no debía hacerlo.

También aquel lejano día, cuando él y la madre del amigo se encontraron. No pudo pronunciar ni una sola palabra de consuelo. Se quedó junto a ella en silencio, sin atreverse a mirarla. Pidiéndole únicamente permiso para permanecer hasta el fin. Dejándola después. Admitiendo que su presencia, el hecho de que él viviera mientras el único hijo de aquella mujer había muerto, era de por sí una injuria. Aquel lejano día también sintió que su cuerpo se liquidaba por dentro. Y comprendió cuando ella dijo: «El sufrimiento no es igual para todos. Aunque para todos sea el mismo».

¡Cuán cierto! Germán y él no habían sufrido de la misma manera. La guerra, para Germán y para él, no tenía la misma significación. Y había los otros... centenares, miles, millones de otros que compartían la vida del campo. Prisioneros del mundo que llenaban unos espacios cercados por alambradas; vigilados por torres;

custodiados por guardianes; guardianes hombres, guardianes perros. No sentía el mismo frío un prusiano que un español o un griego. No se quejaba lo mismo un estómago delicado que un estómago rudo. No padecían lo mismo los pies acostumbrados al fino cuero que los hechos a zuecos. No repugnaba tanto la promiscuidad a quien había dormido siempre amontonado como a aquel que sólo yacía en sábanas de hilo. No herían tanto los hedores a la nariz del campesino como a la del chico que se rascaba la cabeza para luego encontrar el aroma fresco de Atkinson's. La mugre parecía acumularse más rápidamente sobre la piel cuidada con esmero que sobre aquella que «se mojaba cuando llovía». Y luego había la otra piel. La piel del alma que se rajaba y sangraba y no tenía el mismo grosor en todo el mundo. Pobre piel estropeada, zurcida, llena de costurones. No, incluso la piel era distinta en cada caso, en cada hombre.

Se vio sorprendido por la pregunta de Germán:

—Antonio, ¿te acuerdas de Rewda?

—Por poco te quedas.

—Hubiera sido una mala suerte de las mayores.

En Rewda, Germán había estado enfermo. Habían pasado por otros campos y siempre fue Germán el más sólido. Ahora era él quien debía cuidarle. «No quiero morir, Antonio. Dime que no voy a morir.» Sintió tristeza por él en aquella ocasión y ganas de decirle: «No eres consecuente, Germán. Dijiste un día que buscabas la muerte, el modo de morir, ¿y ahora tienes miedo?» La nariz afilada proyectaba sombra sobre el pelado muro. «No quiero morir tan tontamente. Antes, era distinto. Ahora sería perder mi propia patria.» Volvió a mirarle. Le dio de beber y le dijo: «Calla». Sabía que Germán no moriría.

—¿Y qué? ¿No querías morir? ¿No decías que buscabas en la muerte la justificación de tu vida? ¿La has encontrado desde Rewda, Germán?

Germán no le miraba. Germán seguía con los ojos clavados en la tierra que se acercaba. Cada vez se hacía más grande la tierra y más estrecha la franja de mar. Germán contestó al fin:

—Cuando pienso que estuve en un tris de palmarla, me entran escalofríos. Seguramente la justificación es eso. Lo que estoy viendo ahora. Quién sabe si he nacido para esto. Para saber lo que siente un hombre cuando regresa a su patria.

Encendió un cigarrillo y soltó una carcajada.

—¿A santo de qué te ríes?

—Tampoco lo sé. Pero tengo ganas.

Él sí. Lo sabía. Sabía que Germán no moriría en Rewda porque Germán, con su cara de payaso, había nacido para vivir.

Y no le extrañaban sus risas, sus carcajadas. Gabriel había nacido con el signo de la muerte y nunca reía del todo.



El mar, el mar que seguía menguando. Los muelles ya visibles, Montjuich a la vista.

—A ti te esperan todos, ¿no es eso?

—Claro.

No quería dar explicaciones. A él le esperaban y a Germán, al amigo, no le esperaba nadie.

—Al fin los conoceré. ¡Hemos hablado tanto de ellos! Casi los imagino, Antonio. Me acuerdo muy bien de la primera vez que hablamos de los tuyos. De tu mujer... Dominica.

¡Dominica! Su solo nombre le producía el mismo efecto que una mano gigantesca que agarrándole todos los músculos del cuerpo los estirara, los soltara de nuevo, dejando en el aire una vibración. Dulce o dolorosa, no lo sabía. Había dejado de ser algo puramente físico. No era su piel externa la que se estremecía, sino la otra piel, la que se desgarraba a veces, la que llevaba hecha trizas, la que podía sangrar sin que nadie percibiera la herida. ¡Dominica!

Llegó a él suavemente. Quizá la presentía. La fue formando él mismo a través de múltiples imágenes.

En el verano de 1939 fueron a Palafrugell. La torre de San Gervasio curaba sus heridas, limpiaba sus muros y se desprendía de las últimas taras de la guerra. Tuvo bastante suerte la torre. No quedó abandonada del todo. En ella permaneció Regina. No quería pensar en Regina. Regina había sido la niñera de Enrique, el pequeño, y tuvo su época heroica durante la guerra..., como muchas mujeres.

Fueron a Palafrugell adelantando el veraneo. Él sabía de aquella casa aunque nunca la hubiera habitado. Era vieja, la tenían siempre alquilada, estaba en la parte antigua del pueblo y la fachada delantera no tenía aspecto acogedor. La calle estaba llena de comercios, de cafés; pocos árboles y un sol achicharrante al mediodía. Al atardecer se levantaba la brisa y la temperatura se atenuaba. La casa de al lado, siendo de la misma factura, ofrecía un gran contraste. Estaba cuidada y parecía grata.

Dentro de la casa, todo era distinto. El suelo, de ladrillos rojos, era alegre. Los muros, hasta la altura de los hombros, eran de azulejos catalanes, probablemente de La Bisbal. Los colores de los frescos en las paredes se mantenían maravillosamente íntegros. Un patio trasero muy grande, formado por tres planos en ascensión. Las plantas del patio estaban muertas, reseca la tierra. El patio vecino estaba cuidado, lleno de verdor, húmedo como recién regado.

¿Quién era el vecino? Una viuda, decían. Una señora de edad que vivía casi siempre sola, pues el único hijo viajaba constantemente. La viuda Mauri. Antes de la guerra pasaban con ella los veranos sus dos nietas. También ahora estaban allí. Él no las había visto aún.

Aquella primera noche se retiraron relativamente pronto; el viaje había sido malo.

Aún no estaba reparado el coche y las comunicaciones con Palafrugell desde Barcelona eran pésimas. A él le tocó una de las habitaciones en la parte de atrás. Tenía terraza y se asomó a ella antes de acostarse. Le pareció que el tiempo no andaba seguro.

Hacia las dos de la madrugada había estallado la tormenta. Llovía en junio como si fuera fines de agosto. Las tejas repicaban y el canalón de recogida de aguas, roto a trechos, escupía lo mismo que una gárgola. El ruido era infernal.

Se echó la gabardina y salió a la terraza. Siempre le habían gustado la lluvia y los truenos. Los espacios brevemente iluminados por los relámpagos tenían algo de fantástico. Sus pies, descalzos, encontraron placer en la terraza medio inundada por el agua. «La salida debe de estar obstruida por las hojas secas», pensó. Y entonces la vio. Una sombra blanca. Un camisón amplio que en dos segundos quedó pegado al cuerpo de la sombra. La luz de un rayo le permitió distinguir unos cabellos negros, muy lacios, tal vez lacios porque estaban empapados de agua. ¿Qué hacía allí aquella criatura? La llamó, pero no debió de oírle. Se apresuraba. La vio meter las manos dentro de un agujero que seguramente había en el muro de la casa y al cabo de un segundo un gran chorro de agua surgió del agujero. Él contemplaba como si fuera una escena irreal. No sabía quién era la chica del camisón ni tampoco sabía a qué extraña maniobra se estaba dedicando. Pero iba a coger una pulmonía. Le gritó otra vez. Tampoco creyó haber sido oído. La chica del camisón, la chica de la noche, la chica de la lluvia, aguantó unos momentos. De cuando en cuando la podía ver al lado del chorro de agua, sus cabellos pegados y la cara medio oculta por las ramas. Aquello era un sueño extraño, pues ninguna mujer aguantaba un chaparrón con tal estoicismo. Volvió a mirarla aprovechando otro momento de luz y otra vez las manos, «los brazos eran cilíndricos, largos, delicados...», desaparecieron dentro del agujero. Oyó el ruido de una ventana y vio una cabeza de vieja asomada a ella. Quedaba aproximadamente a la altura de su terraza y pudo también oír una voz: «¡Dominica!, vamos...»

Se le perdió el resto. La muchacha levantó la vista hacia la ventana. Y un segundo después la sombra blanca había desaparecido.

—Ahora, dentro de un momento, de poco tiempo, vamos, conocerás a todos.

No podía decirle: «Ahora la conocerás, Germán», por la sencilla razón de que nunca pudo explicarle todo lo de Dominica. Dominica no podía ser explicada. Él buscó una expresión, creyó encontrarla, se fue... allá lejos. Dominica volvió a él. Siempre entre sueños. Como un fantasma envuelto en agua de lluvia.

—Chico, este maldito barco parece haberse quedado estancado. Tengo los pies dormidos y algo raro en el estómago.

—Emoción.

—Yo creo que emoción y hambre.

Se rieron. La tierra se acercaba.

No pudo dormir la noche de Palafrugell y le parecía que la alborada, la mañana, no iba a llegar nunca. Se levantó con los primeros rayos de un sol recién lavado y volvió a la terraza. Tuvo que esperar mucho tiempo. Hasta las diez por lo menos.

A las diez oyó el ruido de la puerta trasera y, como si estuviera cometiendo una indiscreción, volvió a su cuarto y atisbo a través de las persianas. Había dos muchachas. Las dos vestían pantalón marinero y blusa blanca. La suya, la de la noche, era la más joven. La otra, más fuerte, más mujer, no le interesaba.

Tenía unas ganas tremendas de bajar al patio y llamar a las dos chicas, pero se sentía, de pronto, cohibido. Sentía miedo del pequeño fantasma que desafiaba la lluvia y las pulmonías, hacía brotar agua de los muros y llevaba el cabello lacio, aún ahora, cuando lo tenía seco. Pero debía bajar y hablarle. No podría vivir hasta que no hubiera hablado con ella.

Y se sentía estúpidamente torpe. Él, que tenía fama de audaz con las mujeres. Había conocido muchas y se sabía amado de ellas. Sí, sí. Estúpidamente torpe ante una mujer chorreante de agua, blanca en la noche.

Y cuando al fin bajó, la primera en interpelar fue ella:

—Buenos días. Fue una suerte la lluvia de anoche. Supongo que ustedes también andaban escasos de agua en la cisterna.

¿De qué le estaba hablando?

—Aunque tienen el canalón de recogida de aguas muy estropeado. Una pena. Solamente la lluvia del tejadillo habrá ido por buen camino. Y ni aún. No será aprovechable. Si no han tenido la precaución de desviar las primeras aguas, se les perderá todo. Se estropea.

¡Oh, Dios! Él no sabía nada de tejadillos, de canalones de recogida de aguas, ni de cisternas. Él abría un grifo y de allí manaba o no manaba líquido. Para colmo de complicaciones, le decían que la primera agua podía estropearse. ¡Qué jaleo! Y todo estaba dicho con acento arrastrado, despacio.

Supo entonces que el fantasma nocturno no había obrado a tontas y a locas, sino siguiendo los más consecuentes ritos de la región. La abuela vivía con una criada casi tan vieja como ella, llena de reuma. No le convenía el chaparrón.

—¿Chaparrón?

A él le pareció un diluvio, pero Dominica creía que era un chaparrón. «Claro.» Cuando empezaba a llover, los tapones de corcho obstruían las cañerías que iban al exterior o a la cisterna. Menester era tapar las bocas de los conductos de la cisterna y dejar que la primera agua limpiara los tejados. Luego, al cabo de un momento, se cambiaban los tapones, se obstruían las salidas y el agua limpia se recogía en la cisterna.

No sabía por qué. Le estaba escuchando igual que hubiera escuchado a un viejo

pescador contar sus peripecias. Era la misma calma. El mismo trascendental interés. «Echar redes. Recoger redes. Arrastrar redes.» «Quitar tapones. Poner tapones. Dejar el agua. Recoger el agua...» ¿Por qué demonios se estropeaba?

Aún no la había visto sonreír. Le hablaba mientras estaba arreglando la vid salvaje desmelenada por la tormenta. No le había mirado a los ojos.

—¿Cómo puede estropearse el agua?

Levantó la cara y le miró. Le miró sorprendida, como si su pregunta fuera un despropósito. Y él quedó suspenso. No era posible tener los ojos tan claros cuando se tenía el cabello negro. No era posible...

—Son los insectos y las larvas que crían en los tejados. Caen a la cisterna y lo estropean todo. Hay que tener mucho cuidado.

Mucho cuidado, sí, había de tenerse con insectos y larvas. Y más todavía con la mujer que decía todo aquello tan recogidamente. Mucho cuidado con las claras pupilas.

Germán le decía:

—La primera vez que te oí hablar de tu mujer fue en sueños. Decías una sarta de disparates. Mezclabas su nombre con no sé qué cuernos de tapones e insectos. No era de extrañar. Los piojos nos comían. Antonio, mira...

Se mantenían todos en cubierta, afilando los ojos, tratando de descubrir entre la muchedumbre, ya visible, los que, a cada uno, les esperaban. No podía hacerse cargo. Se sentía de nuevo flojo, débil. Le temblaban las rodillas y mientras el barco avanzaba, avanzaba... entraba rozando muy cerca la punta de la escollera. La gente parecía frenética, histérica. La escollera estaba llena de gente y el ondear de los pañuelos le daba vértigo. Le dolían los ojos con el sol que venía de Montjuich y ver la montaña también llena de gente le producía dolor. Una dolorosa alegría.

—No te alejes, Germán. Son los últimos momentos y hemos de estar juntos.

Le necesitaba, como le necesitó allá lejos.

Sobre cubierta los hombres reaccionaban a su manera. Unos apretando las mandíbulas. Otros abriendo la boca, aledados.

Se hizo amigo de las dos chicas y bajaba con ellas a las playas. «Odio la vulgaridad.» Las dos chicas le parecieron distintas de las conocidas hasta entonces. Dominica...

¿Por qué ese nombre? Cuando sonreía lo hacía a medias, con mesura. Eso le daba miedo. Siempre había temido a las personas que no se sonreían del todo. Pero Dominica tenía dos hoyitos en las mejillas y los hoyos si, se afilaban de tal modo que todo el rostro era una sonrisa. Y los ojos se estiraban hacia las sienes, quedando la nariz muy pequeña, pegada al rostro. «Rostro calmuco.»

Se llamaba Dominica —dijo— por haber nacido en Santo Domingo. Y Martina llevaba su nombre porque nació en La Martinica.

«Odio la vulgaridad.» El día que la besó se dio cuenta de que no sabía besar. Estuvo a punto de gritar de alegría. Le acariciaba los lacios mechones del cabello. Ni una inclinación, ni un rizo. Una madeja suave...

—¿Nunca te has rizado? Veamos...

Ella le apartaba las manos.

—Mi tata Flores, de Santo Domingo, dice que es lo mejor que tengo. Liso sobre liso (decía Flores). Nunca me puso un torcido. Ella lo tenía pasa. ¿Sabes?

Liso sobre liso. No quería decir nada aquella definición, pero nadie hubiera encontrado otra mejor.

¡Y el verano se escurría tan rápido! Conversaciones de terraza en terraza. Atardecer en el patio. El de ella, cuidado. Vid salvaje y tamarindos. Cactus gigantes y arbustos de adelfa que el primer día le rozaban la cara.

—Escóndete entre las flores, Dominica.

Se escondía y asomaba la cabeza entre las flores. Las flores le rozaban los hombros desnudos, el pecho; le enmarcaban el extraño rostro asiático, y los ojos se abrían claros, claros como una pregunta. No sonreía del todo, pero los hoyuelos sonreían.

En septiembre se habían separado.

—¿Vendrás a Barcelona?

Unos días nada más, en noviembre. Luego se marchaba a América con su hermana, para reunirse con Eugenio Mauri, con su madre.

«Odio la vulgaridad.» Aquellos dos meses de separación le parecieron interminables. Escribía frenéticamente y maldecía el correo, que tardaba más en llegar a Palafrugell que al Polo Norte.

Por fin recibió la esperada noticia. Estaría en Barcelona el seis de noviembre.

Aquel día le pidió que se casara con él. Le dijo que sí. Parecía como si toda la vida hubiera estado pendiente de esa respuesta.

Dejaron atrás la escollera. La Estación Marítima les estaba esperando. Aquella masa de gente de la Estación Marítima les gritaba mientras sonaban las sirenas. El barco atracaba por la banda de estribor, casi rozando la masa única y humana. Un momento se preguntó si el barco no iba a penetrar dentro del gentío y sintió un estremecimiento. Veía todo borroso. Los gritos le ensordecían. Los gritos de todos formaban un tumultuoso bordoneo. Germán estaba a su lado. Le miró. Le agarró del hombro.

—Tendremos que separarnos.

Le hablaba el amigo con una voz distinta. O quizás él oyera mal. La voz de Germán gritaba demasiado. Fue como un chirrido, metálico y desafinado. Tendría que separarse de su sombra y sentía un desgarró casi físico, pues el cuerpo necesitaba de su sombra como el hombre necesitaba la conciencia.

Gritó él también:

—No hables de eso, Germán.

Quiso sonreírle.

Le salió una mueca y Germán hizo como si no viera.

Entonces empezó la búsqueda angustiada. Buscaba a los suyos y trataba de captar sus voces. Pero era imposible reconocer una voz en aquel único grito. Ver una persona en aquel único cuerpo.

Por encima de todos los demás gritos, los de tierra, los del barco, el monótono y desesperado de los altavoces:

¡Apártense! ¡Hagan el favor!

—No podremos desembarcar nunca si la gente no se aparta.

Decían ellos, los del barco. No veían la posibilidad, el hueco necesario para la pasarela.

¡Apártense! ¡Hagan el favor!

Entonces había descubierto al padre.

—Germán. Mira. Allí, Germán.

Germán parecía buscar sin resultado y no daba con el grupo. Germán no conocía. No podía, por consiguiente, recordar. Él veía a su padre idéntico en su cambio. Un poco más blanco el cabello, un poco más enjuto el rostro, un poco más cansado... Pero siempre el mismo...

—Mírale, Germán. Allí, a la izquierda. Ahora...

Ahora se estaba secando los ojos y él también sintió el gusto salado subírsele a la boca. Hubo de callarse. Porque nunca había visto llorar al padre. Y pensar que lloraba por él, le dolía. Le dolía de pronto todo el dolor causado durante aquellos largos años. Conociendo al padre, identificado con él, podía suponer la tortura de aquellos años. Olvidaba su propio sufrimiento para dolerse ahora con el de los que habían aguardado y las lágrimas del padre (tal vez todavía no le había reconocido) se vertían dentro de él amargas. Muy amargas.

—No veo, chico. Es decir, veo montones de gente.

—Aquél que se está sonando. El del pañuelo blanco...

—Pero, Antonio; ¡por Dios! ¿Cómo quieres que distinga un hombre con pañuelo blanco? Todos, hombres y mujeres, llevan pañuelos blancos.

—Calla.

Era verdad. Todos llevaban pañuelos. Todos se secaban el rostro, los ojos, se sonaban. Pero él veía al padre. Y no podía gritarle porque sentía dentro de su voz un murmullo sordo. El mar de lágrimas que bronco le impedía gritar.

¡Apártense! ¡Hagan el favor!

Saltar por la borda y caer encima de todas las apiñadas cabezas. Eso hubiera hecho él a los veinte años. Pero ahora ya no podía. Se sentía flojo, angustiado. Tan

cerca de ellos. Tan separado aún.

—¡Mírale, Germán! ¡Míralos! Aquel grupo. La señora con el pelo blanco es mi madre. A su lado, Dominica. Se ha cortado el pelo. La del traje gris, al lado de aquel chico tan alto. Ése es mi hermano Enrique. No ha cambiado. Quiero decir que sí; es totalmente distinto, pero la cara es la misma.

—¿Al lado de aquel gordo?

Al fin Germán había acertado. El gordo —como decía— era Escrivá, Manuel Escrivá, el marido de Anita. Los dos estaban allí también. Casi había olvidado la existencia del cuñado.

—Sí. Ése que tú dices es el marido de Anita. ¿Ves a Anita?

—Veo cien mujeres que podrían ser Anita.

—La que está al lado del hombre gordo. La del traje azul marino.

—El hombre gordo tiene más periferia, como tú dirías. ¿Cuál de las tantas que le rodean es tu hermana?

—Calla.

No importaba. Hacía señas a Dominica. Agitó el pañuelo en su dirección. Pero todos los de cubierta gritaban y agitaban sus pañuelos. Todos iban vestidos de un modo parecido, todos tenían el mismo aspecto —salvo los que se habían dejado la barba— y Dominica no parecía verle. La madre sí. La madre le estaba viendo.

¡Apártense! ¡Hagan el favor!

Pero bien se veía que nadie quería apartarse. Se dejarían aplastar antes que ceder un centímetro del terreno conquistado. La masa indivisible de la Estación Marítima estaba allí para cada uno de ellos y si, individualmente, los pensamientos o los deseos no coincidían, unánimemente ninguno deseaba ser apartado. Retrasado... Recordó el temor de su madre por las aglomeraciones. Ella nunca iba a misa de doce «porque aquello no era misa». «Tanta gente le impedía pensar, rezar, rezar...» En voz alta se le escapó:

—¿En qué estará pensando mi madre en estos momentos?

Germán, que pensaba muy de cuando en cuando, le respondió:

—En estos momentos nadie piensa. En estos momentos se está viviendo. ¿Qué quieres que piense una madre? Tendrá ganas de abrazarte, como todas.

¿Quién podía saberlo? Quizá Germán se equivocara. Mercedes Silva estaba pensando en él y en todo cuanto a él se refería. Conocía demasiado a su madre para dudarle. No pasarían muchos días sin que la madre, ya repuesta, volviera a su impertérrita estabilidad. «Hijo, el jueves que viene es mi día de recibo y me gustaría...» Y ese mundo indestructible y refinado de Mercedes, ese mundo perdido y lejano, volvería a él. Su madre, seguramente seguía pensando en todas esas mil cosas. Y volverían a ser pequeñeces por las cuales él habría de pasar porque la quería demasiado. Un tributo a la libertad. Un pequeño vasallaje al mundo por el cual él,

Antonio, había luchado. El occidente, los ideales, la religión y los tés de su madre. Todo, todo ello le había ayudado a partir en junio del 42. No pudo antes porque Dominica estaba por medio.

—Es necesario que existan mujeres como mi madre. No creas, Germán. Ella debe de estar pensando en mi... y en todo.

¡Apártense, por favor!

Y por algo también que no deseaba recordar, cuyo recuerdo le obsesionó allá lejos. El occidente, los ideales, la religión... Y ese hartazgo, ese demasiado que llegó a producirle verdaderas náuseas.

«Odiaba la vulgaridad.» Y los primeros tiempos de matrimonio fueron unas vacaciones bien merecidas después de los tres años de guerra en España. Tres años durante los cuales él tuvo siempre una suerte casi providencial.

Dominica y él vivieron unas felices vacaciones. Salían, bailaban, se amaban... El trabajo en los primeros años de posguerra venía al bufete del padre de un modo insospechado, indecente. Las fábricas empezaban a trabajar con afán desesperado y los industriales catalanes se especializaban en el mercado negro. El dinero llegaba a manos llenas.

El padre decía: «El mundo está loco». Veía a los amigos, a los compañeros. Algunos se habían hundido irremediablemente con la guerra y otros, tal vez mediocres, inferiores, flotaban en la abundancia, como la espumilla flota en aguas sucias.

Y Dominica le amaba. «Sus brazos eran largos, cilíndricos, delicados.» El amor de Dominica empezaba a abotagarle. «Odiaba la vulgaridad.»

Y su mujer, su esposa, comenzaba a tornarse vulgar. El amor le hacía parecerse a las demás mujeres. Aquello que él había amado, se estaba estandarizando, volviéndose típicamente burgués. Dentro de poco vería a Dominica reclamarle las clásicas pulseras de oro con que todas las mujeres de sus amigos estraperlistas se adornaban los brazos. Eran brazos gordezuelos en donde las pulseras de oro hincaban su marca, su sello. Los brazos de Dominica eran demasiado finos, cilíndricos y delicados para soportar el vasallaje. Pero estaban siempre abiertos. Se estaban volviendo empachosos. Y no reaccionaba como mujer. Cuanto le había divertido en Dominica como chiquilla, le irritaba como mujer. «Escóndete entre las flores, Dominica.» Ella se sometía a cualquier cosa y él se rebelaba ante esa sumisión. La mirada anhelante, extática... El letargo feliz y demoledor de aquellos primeros años. «Terminaré teniendo curva en el vientre y volviéndome calvo.» La grosería, la canallería de aquellos años de la posguerra. Y la impiedad. El mundo en guerra y él allí, después de tres años de lucha, acerándose entre los brazos de una Dominica empalagosa. En medio de unos compañeros mediocres, que de la noche a la mañana habían hecho su agosto y cubrían de pulseras de oro los antebrazos de sus queridas o



de sus esposas. ¡Qué asco! Pero Dominica era buena. Era joven. Amar no era pecado, aunque fuera en demasía. Pero él estaba harto. Harto. Terriblemente harto de repetir insulsas frases de amor a una adolescente tonta. Las mejillas redondas, orientales, le inspiraban deseos de bofetones. Pero ella era buena. Querer no era pecado. Era muy joven y no tenía culpa. Repetía todas sus caricias como un loro repite la lección. Estaba desesperado. El mundo estaba en guerra. Eso era. Todo lo demás eran cuentos. Él, Antonio Rogers y Silva, sentía el peso de la tragedia de Europa, y todo lo demás eran excusas que se daba. Debía irse. El occidente, los ideales, la religión... y esa pesadumbre; la extraña impotencia del hombre que tiene demasiado y que está harto de todo. «Cosa de meses.» En cuanto pudiera liberarse de lo que fuera, sus pequeños problemas íntimos no tendrían importancia.

Lo decidió una noche, después de una juerga estúpida en que odió más que nunca la vulgaridad de aquellos primeros años de paz. Bebió para aclarar sus ideas y cuando se inclinó sobre ella y le dijo «Me voy, Dominica. A Rusia», entonces... Y cuando al día siguiente contempló las mejillas que de pronto parecían estragadas, lisas, chupadas por la pena, repitió: «Cosa de meses». Los suficientes para hacer la guerra de verdad y ganar su paz. Dominica se había enfadado. Por primera vez se le negó y él encontró en la posesión un placer nuevo, salvaje. Podría amarla al regreso. Cuando él y ella hubieran madurado un poco. Pero debía marcharse para no estropearlo todo. Debía hacer daño, herir, ser herido... Debía marcharse. Él sabía que debía marcharse y cerró sus oídos a los gritos y a las súplicas. Se fue.

Quizá por esa única razón.

Ahora sí: le veían y se sentía reconocido. El padre agitaba los brazos. Reaccionaba de un modo imprevisto.

—¡Mírale, Germán! Ahora sí me ha visto.

Le hablaba al amigo pero no esperaba la menor respuesta. Hablaba por el único motivo de oír su voz. Tenía que decir algo a alguien, pues los otros, los suyos, no le oían. «¡Pobre padre! Veo tus labios prietos y seguramente quisieras también poder decir algo, gritar como todos. Pero tú sólo hablas cuando te obligan. El silencio es tu refugio. No valen ahora las palabras y por eso tus labios se mantienen cerrados. Y te quitas los lentes. Secas tus ojos. ¡Qué vergüenza para un hijo ver llorar al padre! Es un resto de dolor el que brota a tu superficie. No lo niegues. La alegría, con ser grande, nunca pudo haberte trastornado de este modo.»

¡Apártense! ¡Hagan el favor!

—¿Tu hermana es aquella que se ríe?

Ahora caía Germán. Salió de sí mismo para contestarle:

—Sí, chico. La misma.

—Tiene aspecto de mujer contenta.

También le había reconocido Anita, pues sus miradas se encontraron y le sonreía.

No le extrañaba en absoluto. Era natural en Anita sonreír en los momentos felices y saber llorar en los trágicos. Para ella, obviamente, todo había terminado y bien. Acabado para ella el cautiverio del hermano. «Claro.» Desde el momento que estaban todos allí, los del barco y los del muelle, que el barquito gris había llegado y pronto tendería la pasarela, no había motivo alguno para sentir amargura. Llegaba el momento de la sonrisa y Anita sonreía apretando el brazo del marido. También reía Manuel Escrivá. Y se hablaban, él y ella. Los dos cabeceaban y parecían estar de acuerdo. «Ya está aquí —parecían decir—. Ya han terminado los malos momentos.» Eso era, sin duda. Las campanas voltean el Domingo de Resurrección sin acordarse ya del Viernes Santo. Anita era sucesivamente campana o matraca. Se sonrió contagiado. Muchas veces la llamó matraca cuando de soltera se ponía insoportable queriendo hacerle partícipe de sus pequeñas ansias o de sus incomprensibles temores. Seguro. Anita estaba ahora matraqueando a Manuel Escrivá, el marido. «Apacible. Sin grandes preocupaciones.» Tenía aspecto de mujer feliz, y lo era. Pausadamente. Sin expresar de la vida ni sufrimiento ni goce. Era mujer capaz de contentar a cualquier hombre vulgar y de estar contenta con cualquier hombre vulgar. Supuso que tendría hijos con el hombre a quien él había conocido tan poco como cuñado y pensó también en esos sobrinos suyos que no conocía. ¿La quería? ¡Qué pregunta! ¿Quería a su hermana? Francamente nunca sufrió por ella, ni en recuerdo. Pero en aquel preciso momento, al verla sonreír, la quería. Ella sonreía. Ella le daba una muestra del futuro con la sonrisa...

¡Apártense! ¡Hagan el favor!

—Y aquel muchacho tan alto es Enrique. El pequeño.

Estaba, lo veía, al lado de Dominica.

Él, un día, hacía años de eso, siglos de eso, tuvo diecinueve años. Pero había sido en otro mundo. En el mundo de antes de la guerra, donde los estudiantes levantaban los adoquines de la calzada frente a la Universidad y volcaban los tranvías. Presentía que Enrique no había arrancado un adoquín en su vida. Su actitud era de espera. Pensó en los muchachos de antes y se dijo que la juventud de los años precedentes al 36 no hubiera esperado tan bien. A los diecinueve años, él hubiera trepado sobre las cabezas de los otros; subido al barco por las amarras.

Germán insistió:

—Chico, no se te parece en nada.

—No sé...

Físicamente no podía saberlo. Pero estaba seguro de ser distinto por dentro, anímicamente. Ni él, ni Enrique, tenían la culpa de ello.

La pasarela estaba tendida. Muchos del muelle subieron al barco forcejeando, luchando contra los que querían bajar. Era como un embudo por donde los hombres iban a llegar a la Patria, uno a uno, individualmente.

—No me dejes, Germán —dijo.

Y empezó el descenso.

Le flaqueaban las rodillas y la frente se le cubrió de sudor. Sintió vértigo en cuanto encontró tierra bajo sus pies. Hubiera querido arrodillarse, besar la tierra. No había espacio para ponerse de rodillas. Era bueno que los hombres supieran mantenerse en pie. Y entonces se olvidó del amigo.

A empujones se abría paso hacia los suyos. Era penetrar en la masa y dirigirse a bulto hacia el lugar. Los oídos le zumbaban y no podía decir si era un propio zumbido o el resultado de todos los gritos.

—¡Hijo! ¡Hijo!

Bien podía ser él. U otro. Era uno de tantos gritos y ya no sabía cuál le pertenecía.

—¡Hijo! ¡Hijo!

Era él. Su madre le estaba besando. Le palpaba las mejillas, los brazos. Lo recordaba. Reconstruía al hijo que un día nació; fue niño, adolescente, hombre. Se cercioraba de que aquéllas eran las mejillas tantas veces acariciadas y en tan distintas épocas. Era el mismo hijo por quien había sufrido en mil momentos y por diferentes causas.

Y le besó los cabellos como siempre hacia cuando quería mimarla o hacerse perdonar algún desafuero. Tenía ganas de pedirle perdón —en aquel momento— por algo. Ver de antemano, en los ojos de la madre, el perdón concedido. Pero no tenía voz. Era el contacto. La voz llegaría luego, tal vez, pero en aquel momento su madre y él necesitaban tocarse, besarse, saberse lo más cercanos posible.

—¡Hijo!

Otros brazos le estrechaban y contra él percibía el ronco murmullo de unos sollozos. Desbordose al fin. Sintió sus ojos llenos de lágrimas. No podía soportar a su padre llorando. Las mejillas pegadas, incrustadas la una en la otra, no podían separarse. Las dos mandíbulas se herían y no deseaban alejarse hasta haber calmado el bronco murmullo. Las manos en los brazos parecían garfios que desearan recuperar en un solo momento todos los años perdidos. No veía nada. Pero contra su pecho escuchaba el latir de otro pecho. Tuvo miedo de que las rodillas le fallaran en aquel momento.

Luego, los otros. Anita, Manuel Escrivá, Enrique. Recordaba el abrazo al hermano. La cabeza empezaba a desperezarse. Besó las mejillas de Enrique, casi imberbes. Sintió ternura hacia el hermano pequeño.

—¡Antonio!

A ella la quiso en último lugar. Hundió su boca en el hueco tibio del cuello. Allí donde escuchaba vivir el corazón. Allí sus labios, sin remordimientos, las frases contenidas. Sus años de recuerdo. Allí un solo nombre.

¡Dominica!

Y más tarde, no podría decir cómo, se encontró otra vez junto a Germán. Sentado a su lado en el autobús que debía conducirlos a la Merced. Levantó el rostro hacia el amigo y se sintió culpable. Le había olvidado. Mientras él estaba con los suyos, Germán le estuvo esperando. Germán, a quien nadie esperaba, también le esperó a él, a Antonio, al camarada. Y no le hacía ningún reproche, pero los ojos estaban tristes.

—Perdona, chico.

No se hablaron. Era aquélla la última etapa y hubieran sido demasiadas las cosas de qué hablar. Optaron por callar. La muchedumbre, Barcelona entera, seguía acompañándolos, gritando.

Dichosos ellos, que podían gritar únicamente de alegría.

Y ahora tenía que despedirse de Germán. Lo esperaban los suyos y él debía decir adiós, aunque sólo fuera por una noche.

Adiós a Germán.

Se miraban.

Los dos parecían muy cansados. Los dos cohibidos.

—Somos libres, Antonio. ¿Te das cuenta?

Le abrazó muy fuerte. No lo había hecho nunca. Germán y él tenían su pudor. Se abrazaron en silencio. Debía de marcharse lo antes posible, acortar el lapso. Era definitivo. Se estaban perdiendo.

Aunque mañana se encontraran ya no serían los camaradas. Serían amigos.

Y pensó en las palabras de Germán. No eran ciertas. Ningún hombre sería jamás perfectamente libre. De ser perfectamente libre, él habría dicho a Germán: «Ven conmigo. Cenaremos en casa. Más tarde, en plena noche, cuando el cuerpo no proyecte sombras sobre la tierra, entonces te irás.»

No era factible. No podía explicárselo a Germán ni tampoco a los suyos. Le hacía falta más tiempo. Mejor dicho: nunca podría explicarlo todo. Era demasiado largo y las palabras pobres. Muy pobres las palabras cuando querían expresar sentimiento.

Se despegó del amigo, del camarada. Se deshizo del abrazo.

Y respondió para no contrariarlo:

—Si, Germán.

Entonces le dejó.

## **Libro segundo**

## ÉL

*Y ella estaba callada, con el corazón sorprendido. Y, al mirarlo, unas veces veía que aquél era Ulises y otras no, porque estaba vestido con tristes andrajos.*

(LA ODISEA. R. XXIII.)

CUANDO DESPERTÓ el sol entraba en el cuarto y tuvo la impresión de que había dormido años. Se volvió en la cama. Dominica no estaba a su lado. Pasó los dedos entre sus cabellos, estiró sus miembros. Por el balcón del cuarto, y a través de las persianas, sus ojos se prendieron en las ramas del abeto. Volvió a cerrar los ojos.

Había sido mucho mejor no invitar a Germán.

Le parecían extraños a él los actos de la víspera. Se sentía atrozmente débil. Incapaz de discernir. Todo lo deformaba. Igual que las sombras alargaban a veces un objeto, todos sus años de cautiverio agrandaban ahora sus apreciaciones. No podía juzgar.

Era imposible hacerlo después de tanta ausencia. Ni él, ni ellos, podían acostumbrarse a ser como antes en unas pocas horas. Lo sabía de antemano. Pero, ¿por qué le estaba doliendo?

La casa había sufrido modificaciones y era como si todo se hubiera achicado con el tiempo. Lo único que le pareció inmenso fue el dormitorio. Y su cama, ¡Dios!, era demasiado blanda.

Cuando fueron a buscarle al Hospital del Generalísimo, la noche se iniciaba. Era plácida. En el coche iba al lado de Dominica.

—¿Crees que es verdad todo esto, Dominica?

Y ella, con una voz que ya no recordaba, repuso:

—Hemos de creer que esto es la verdad.

Cuando el coche penetró en la casa, la verja abierta de par en par, el crujir de la gravilla bajo los neumáticos, la puerta de la casa dejando salir el resplandor de las encendidas luces... todo fue un brutal acceso a la realidad. Quizá no hubiera tenido que penetrar en la casa tan pronto, sin preparación. «La Fealdad Majestuosa» llegó otra vez a él, a él solo Los otros no sabían de esa fealdad ni del amor que a ella le unía. Todas las luces habían sido encendidas y los castaños de la entrada daban la frondosidad verde de sus hojas. Las flores despedían un olor denso y él volvía a estar mareado.

La madre daba órdenes, disponía:

—Acompaña a tu marido, Domi. En cuanto estéis...

Y a Enrique:

—Vístete, Enrique.

Como si fuera desnudo. Y al padre:

—Vamos, Enrique.

Había sido mucho mejor no invitar a Germán. Germán no hubiera sabido qué decir ni qué hacer durante el lapso en que todos fueron preparándose para la primera cena.

Subieron a la habitación. Allí estrechó a Dominica furiosamente. Permanecieron unidos tiempo y tiempo. No sabía qué decirle. Se limitaba a pasar torpemente sus manos sobre las mejillas. A mirarla. Había en ella un patetismo indefinible. Los años le habían afinado el rostro. Los ojos ganaban en profundidad. Le estiraba los cortos mechones de cabello. La tomó por los hombros, encontrando bajo sus manos su olvidada suavidad.

—Nos esperan, Antonio. Ya sabes...

—Sí, Dominica.

Y volvió a comprobar la delgadez de las muñecas, ciñéndolas. La hizo sentar sobre sus rodillas y se apretó contra ella. La quería. Todo en ella le emocionaba. Su peso, el contorno adivinado de los muslos, los tobillos elásticos...

—Hemos de prepararnos, Antonio.

Deshizo el abrazo y ella se levantó.

—Me arreglo primero mientras te preparo el baño.

Se sintió aturdido. Dominica le decía que abajo los estaban esperando. ¿Los esperaban? Pero él no deseaba ir. A él le importaba un bledo la cena de etiqueta, con todos los demás. Él estaba demasiado lejos todavía para recrearse con manjares sólidos. No le importaba su estómago. Tenía otra sed y otra hambre.

—Ya tienes el baño, Antonio.

Salía del cuarto con una bata sedosa bajo la cual la supuso desnuda.

El espejo de la habitación le devolvió su propia imagen. Llevaba aún el traje de repatriado. No tenía valor para moverse.

—Mientras tú te bañas, yo me vestiré.

Entonces la besó otra vez. Perdió el equilibrio y rodaron encima de la cama. El lecho era blando y Dominica tenía los ojos abiertos. Hubo una pregunta o una súplica en aquellos ojos, pero él se sentía incapaz de pensar o responder en aquel momento.

Y cuando la volvió a mirar le recordó algo muy lejano allá en su memoria. No había alegría en aquel rostro. Se sintió ruin.

—Perdona, Dominica.

Sonreía a medias. Siempre tuvo miedo de esa sonrisa. Los hoyos de las mejillas habían desaparecido.

—Antonio, eres mi marido.

Se dirigió al baño. Cerró la puerta. Cierto. Era su marido, pero él sabía que no era suficiente.

Y cuando volvió a salir, cuando estuvo vestido y se contempló otra vez como un extraño en el espejo, cuando tomó a Dominica del brazo para bajar juntos la escalera,

le murmuró al oído:

—Perdóname. He sido un bruto.

La puerta de la habitación se abría cuidadosamente. Vio entrar a su mujer.

—No duermo, querida. Ven acércate. ¿Por qué me dejaste solo? Le contestó que estaba despierta desde hacía tiempo. No había querido despertarle.

—¿Has descansado bien?

—Todos mis años de cansancio.

Le hizo sentar a su lado, encima de la colcha. Por el balcón, entreabierto, entraba el aire de la mañana. Dominica se inclinó y se besaron. Era, como el del aire, un aroma fresco, nuevo. Tendría que aprender a disfrutar de su olfato. A servirse de él. Durante años y años había respirado lo menos posible para evitar los agrios olores de sus compañeros, los que él mismo exhalaba. Le vino a la memoria cierta huelga de basureros allá por el año 34. Mercedes Silva y él iban por la calle. Las calles de Barcelona estaban sucias aquellos días porque los basureros, como otros transportistas, se declararon en huelga. La madre dijo: «No respires, Antonio». Se aguantó un buen trecho mientras contemplaba a su madre, las narices ocultas dentro del perfumado pañuelo. Se aguantó hasta que no pudo más y justo le faltó la respiración frente a uno de los montones de basura. Allí había inspirado de nuevo y le pareció que el aire penetraba en sus pulmones podrido, envenenado. Escupió de asco. «¿Qué te pasa, Antonio?» Negó con la cabeza. Los pulmones estaban vacíos otra vez y no sabía si podía o no respirar. Esperaría un momento entre montón y montón.

Lo mismo en los campos. Poco a poco el olfato había ido perdiendo sensibilidad y los pulmones necesitaban llenarse de lo que fuera.

—Hueles bien, Dominica.

—Es un nuevo perfume.

Llamaban a la puerta. Él deseaba estar solo con ella.

—Te traen el desayuno. ¿Tomarás lo de siempre?

Asintió.

Entró la camarera. Era joven y la sintió curiosa. Le tendía los periódicos mientras Dominica acomodaba la bandeja del desayuno.

Tomó los periódicos. Los aromas mezclados del café y la tinta fresca fueron la consolidación de aquel primer día de libertad.

—Se te va a enfriar el desayuno.

Bebía sin prisas, contestaba a Dominica y pasaba las páginas. Barcelona, 3 de abril de 1954. Toda la información que él había vivido. Fotos de la llegada. Anécdotas. Leyó como si él no hubiera estado presente en aquel momento. Ocho páginas de los periódicos destinados al regreso de los prisioneros y luego una visión de los sucesos actuales. «Difícil situación de la fortaleza de Dien-Bien-Fu.» «Los comunistas, a menos de mil metros.» «Los occidentales rechazan una propuesta para



ingresar Rusia en la N.A.T.O.» «Rusia trabaja con la bomba de nitrógeno...»

—No has tomado apenas nada.

—No tengo gran apetito, Domi.

Y tenía doce años de retraso sobre las noticias del mundo. Él había regresado y otros partían. Francia perdía sus mejores colonias mientras la copa europea de rugby se disputaba, en Madrid, entre España y Portugal. El precio del capullo de seda fresco era de veintiocho pesetas el kilo, mientras se revisaba en Burdeos el proceso de Marie Besnard, la envenenadora. Merle Oberon llevaba tres semanas en el Coliseum y la casa Libel ofrecía mil premios... Millones de hombres quedaban prisioneros en los campos de Rusia mientras a él le traían el desayuno a la cama.

Cerró los ojos un momento mientras Dominica le retiraba la bandeja. Era todavía el vértigo desacostumbrado de la libertad. Darse cuenta de que mientras él había estado semimuerto, el mundo seguía rodando. La gente declarando nuevas guerras, las industrias ganando dinero a base de propagandas, los cines, teatros y campos de deportes ofreciendo al público distracción.

Tenía en el estómago la cena de la víspera. Y el vino. Seguramente se le había subido a la cabeza, pues apenas si recordaba la conversación de la cena. Siempre la misma frase repetida:

—Cuenta, Antonio. Cuenta.

Los otros debían contarle. ¿Qué había sido de todos los años perdidos?

—¿Y de Rusia, Antonio? Cuenta de Rusia. Tendría que contar de Rusia. Era tan difícil como guardar una sábana en el bolsillo.

—No comes nada. Regina se va a ofender.

—Una nueva vida. Todo olvidado. Hijos...

Los murmullos de los otros le llegaban a él semejantes al ruido del mar aquella primera noche en Odesa. Manuel Escrivá hablaba de una nueva vida y él asentía. No quería discutir, y menos sobre cosas venideras.

—Cuenta de Rusia, tío.

Los niños que le llamaban tío, también eran nuevos. Tampoco los conocía. Para ellos él era tío Antonio. El de Rusia.

—¡Cuántas cosas, Domi!

No se le ocurría nada más. Hubiera querido preguntarle: «Cuéntamelo tú. Dime en pocas palabras lo sucedido en estos años. Me he retrasado en hechos y probablemente he ido muy lejos en pensamientos. Tú y yo podríamos remediar esta desproporción».

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

Se levantó del lecho. Abrió de par en par las persianas del balcón. En el jardín, el padre y Florencio (Florencio, chófer, marido de Regina y medio jardinero) discutían al lado de las jaulas. Los árboles daban sombra y la gravilla crujía bajo los pies con

ruido de panecillo tierno.

—Antes que nada, telefonar a Germán.

La vio extrañada. Un nombre nuevo surgía entre ellos, y le debía una explicación. «Claro.» Ella no sabía de Germán y no sabría nunca de muchísimas cosas. Algunas debería de callarlas siempre. Otras podía aclararlas. Dijo:

—Germán era mi amigo...

Rectificó:

—Germán es hoy mi mejor amigo. Un camarada de Rusia. No tiene familia y se quedó, en el Hospital del Generalísimo. Debe de echarme de menos.

Leía el profundo asombro. La protesta.

—¿Y por qué no lo trajiste? En esta casa hay sitio de sobra, Antonio; tú lo sabes. Anoche hubiera cenado con nosotros.

Era sincera. Y empezaba a comprender el cambio sufrido. No era la misma. La voz anterior de Dominica era siempre un asentimiento. Ahora era una afirmación. Era la misma voz en otro tono. Debía explicarle que Germán no podía adaptarse a ciertas costumbres de la noche a la mañana. A él le estaba costando demasiado. Allá, durante los largos años de cautiverio, habían olvidado muchas cosas que de nuevo tendrían que aprender. A vivir, por ejemplo. A considerar normales los actos elementales. A embellecer los actos elementales transformándolos en sociales.

—No, Domi. Fue mucho mejor no invitar a Germán. No puedo ahora, de repente, explicarte mis razones. Pero las irás comprendiendo. Lo comprenderás todo cuando conozcas a Germán.

Estaban los dos acodados en la barandilla del balcón. Se volvió el padre y los vio desde la lejanía de las jaulas.

—¡Eh! ¡Chico! ¿Qué tal se ha dormido?

—A tu padre no hay quien le haga ir al despacho estos días —dijo Dominica sonriendo.

—Bien. Muy bien —gritó al padre.

—Baja en cuanto estés arreglado. No has visto nada todavía. El jardín, los lotos, el palomar nuevo...

Minutos más tarde el padre le mostraba los cambios.

—El día de la carta —decía— debían nacer dos pichones, y yo (se excusaba) con la carta del alemán por abrir. Aquí, como un solemne tonto, esperando a que los dos bichos salieran del cascarón.

Hubiera querido aunar aquel episodio con el correspondiente suyo, en el campo. ¿Qué hacía él mientras padre, con la carta en la mano, aguardaba el nacimiento de dos pichones? ¿Podía existir al mismo tiempo el mundo del abogado Rogers y el mundo de los prisioneros?

¿Por qué no le era dado olvidarse de todo? Se alejó. Dominica le reclamaba desde

la casa. Dejó al padre con Florencio y todavía pudo pescar un trozo de conversación. Hablaban de cosas sucedidas ayer, anteayer, cuando él... no estaba. La charla entre el padre y Florencio tendría una natural ligazón y por lo mismo le parecía agradable y fluida. Todo lo suyo sería durante algún tiempo difícil e improvisado.

Dominica decía:

—Han llamado los amigos.

—¿Quiénes?

Estuvo a punto de preguntarle: «¿Quiénes quedan? ¿Quién se acuerda todavía de mí? ¿A quién puedo llamar amigo, después de tantos años?» Gabriel había muerto. Muerto también muchos de los camaradas de Rusia. ¿Estaban aún vivos los amigos de Barcelona? ¿Quiénes eran?

—Todos, Antonio. Los del grupo. Todos se han interesado por ti. Preguntaban siempre. Desean verte... Si quieres, les diré que vengan esta tarde; o mejor, podríamos citarlos en cualquier sitio...

Y Dominica pronunciaba nombres que él suponía nuevos bares, nuevos restaurantes, sitios de reunión para él desconocidos. Sintió temor por todo lo nuevo surgido durante su ausencia.

—No... Déjalo para otro día.

Él tenía que ir a buscar a Germán. Eso era lo importante. Salir con él del brazo y enseñarle Barcelona. Por mucho que hubiera cambiado la ciudad, el suelo era siempre el mismo. Allá hicieron muchos propósitos. Además, Germán debía de sentirse mucho más solo que los otros repatriados.

—Pero, Antonio, no puedes rehusar una muestra de afecto.

También era cierto. Los que le habían aguardado también merecían parte de su presencia. «Claro.»

—Tienes razón. Quería decir... aplazarlo para esta noche; donde tú digas. Lo dejo en tus manos, Domi. Has de pensar por mí durante un poco de tiempo, el necesario para aprender de memoria los nombres nuevos.

Al penetrar en la biblioteca para llamar a Germán se preguntó qué le había extrañado la noche anterior. Con las dos manos abiertas palpó el lomo de los libros.

—Aquí están, Dominica, como siempre los hemos visto; ya no pueden emocionarnos. Aquí un libro es algo más perteneciente a la casa...

Ella no decía nada.

Y él contestó a su silencio con una silenciosa réplica:

No hay

Sobre la chimenea se hallaba la fotografía de soldado por él enviada desde Alemania. Allí estaba aquella foto que él había olvidado. La tomó entre sus manos.

—Diré a mamá que quite de aquí este recuerdo. Ya no es necesario.

—Sabes que mamá...

Se rio.

—Más que tú. Afortunadamente, tú llegaste a esta casa después de la guerra. Voy a hacerte una confesión. Durante muchos años, sobre esta chimenea, mamá tuvo mi retrato y el de Anita con los trajes de Primera Comunión.

—No llegué a verlos.

—Necesitamos una guerra para que los dichosos retratos desaparecieran. Anita llevaba una corona de rosas que abultaba más que su cabeza. Los ojos, fijos en alguna visión celestial, parecían desviados. Yo, con mi trajecito marinero y un lazo muy hermoso en mi manga izquierda, no llegué a tener expresión devota. Me dolían los zapatos de charol. Pero nuestros retratos se mantuvieron sobre la chimenea pese a las múltiples súplicas de Anita y mías.

—¿Qué sucedió con ellos?

—Al regresar a Barcelona en 1939 oímos el grito de mamá. Algún refugiado (uno de tantos que habitó esta casa) pintó unos preciosos bigotes a Anita y puso pendientes al niño vestido con marinera. Ya ves. Necesitamos una guerra civil para liberarnos de los famosos retratos.

Iba a tomar el teléfono cuando entró Mercedes.

—No se me olvide, Antonio. Pasado mañana es mi día de recibo y si pudieras...

—Contaba con eso antes de desembarcar.

—¡Hijo!

Le entraron unas tremendas ganas de reír. Unas incontenibles ganas. Sin ninguna clase de rencor ni de amargura. Hubiera querido aunar también los tés de su madre con algún remoto momento en Rusia. Poder verla en aquel momento e imaginarse a Mercedes Silva como una habitante de otro planeta. O que Mercedes Silva, le viera. Le hubiera visto a él, su hijo, mientras ella vertía el líquido ambarino dentro de las tazas de porcelana. Y oír trozos de frases de las amigas. Y ver los sacrificios que hacían para no comer demasiado. No engordar demasiado. Reía franca y sinceramente, sin la menor amargura, pensando que el pequeño planeta llamado Tierra contenía seres tan desproporcionadamente dispares como pueden serlo un prisionero y un invitado. Tanto reía que Mercedes se amoscó al fin:

—Antonio, hijo, no te burles. Ya sabes que éstas son mis únicas distracciones. No lo hago por mí. Me invitan. Estoy obligada a devolver la invitación. Es una costumbre tonta, pero una costumbre. No puedo...

Calmó su risa mientras marcaba el número del Hospital. Germán debía de encontrarse cerca del aparato. Su voz le llegó como si estuviera esperando.

—Y tendrías que pasar por el sastre. Me gustaría que te viera un médico. Y también...

Asintió.

Salió de la casa en busca de Germán.

—¡Hola, viejo!

Llevaba todavía la misma ropa. Le dijo:

—¿Crees que podría encontrar un traje hecho?

—Creo que sí. Seguramente.

Dejaron el taxi en el Paseo de Gracia y bajaron hacia la Plaza de Cataluña.

Durante el trayecto se dio cuenta de los mil cambios sufridos por la ciudad. Nuevas tiendas ofrecían aquellos productos desaparecidos en los primeros años de la posguerra. Cafeterías, término nuevo en el léxico barcelonés. Jardincillos... La fuente del cruce Paseo de Gracia-Avenida de José Antonio (calle de Cortes, Granvía de sus años de estudiante). Era inútil decírselo a Germán porque Germán aceptaba la ciudad entera. No la analizaba como él.

En la Plaza de Cataluña, después de dejar a Germán asustar a las palomas, «En Rusia me las hubiera comido todas. ¿Crees, Antonio, que los pobres de Barcelona no cazan palomas?», le oyó decir:

—Me siento libre, Antonio. No sé explicarme. Algo así como si el cuerpo no ofreciera resistencia al aire. Imagínate un colador espiritual. ¿Me entiendes?

En aquel momento también sentía esa curiosa libertad. Se sentía libre porque estaba libre al lado de quien, como él, había sido prisionero. El hecho de flotar en sus ropas, de ir al lado de Germán y de pasear sin rumbo preciso; el hecho de poder hablar de ayer, de anteayer, con alguien que hubiera vivido ese mismo tiempo le daba una total conciencia de libertad.

—Mira —le dijo al comienzo de las Ramblas—. Aquí encontrarás lo que buscas.

Entraron en una sastrería de ropa hecha. Germán se probó un traje. Le iba bien.

—Tengo talla de maniquí —dijo Germán mientras se miraba en el espejo del probador— o cuerpo de pobre, como quieras llamarle.

El dependiente inquiría:

—¿Se lo lleva puesto? ¿Le hacemos un paquete con sus ropas?

Discutían el precio. A los dos les parecía desorbitado.

—¿Tanto ha encarecido la vida?

—Por este precio antes hubieras tenido un frac.

El dependiente aseguraba que el precio era una verdadera ganga.

—Si usted lo dice...

Le hicieron un paquete con el traje de repatriado. Reían los dos.

—¿Piensas guardar el traje como recuerdo?

—Nada de recuerdos. Lo guardo por temor a tener que ir algún día desnudo. Nunca se sabe.

Salieron otra vez al aire tibio de Barcelona.

—Me siento otro hombre. ¿Te acuerdas de aquel día en que nos reímos tanto?

A veces se habían reído mucho. Parecía mentira que uno pudiera reírse tanto

siendo prisionero, estando tan débil, no teniendo motivo de alegría. Se había reído mucho el día en que Germán, alentado con su amistad, le preguntó:

—¿Eres rico?

Hacía un frío espantoso en Rewda y el estómago, aunque muy reducido, gritaba, clamaba. Le repuso:

—Tengo exactamente lo que tú tienes.

—Ya lo sé, hombre. No soy tan cretino como para creer que has escogido esto como pensión. Quería decir o preguntarte si eras rico.

Aquel día, en Rewda, su pensamiento se aunó a la torre, a todo cuanto podía sugerir imagen de riqueza, de valor. Viajes, estudios, coches, chófer, criados... y colonia Atkinson's.

—¿Qué es para ti ser rico?

—Pues verás. Yo creo que un hombre puede considerarse rico con veinticinco mil pesetas.

Se había reído, ¡ya lo creo!, y mucho aquel día. Veinticinco mil pesetas quería decir para Germán ser rico. Y Germán ignoraba seguramente otra clase de riquezas.

—Sí. Soy, quiero decir, era un poco más rico que eso.

Germán le había mirado con respeto.

—Siempre lo creí así. Se conoce a la legua. No creas que soy tonto, Antonio. Mira, desde que somos amigos, me da a veces por pensar...

No lo dudó en aquel instante. Pero estaba seguro de que los pensamientos de Germán tenían la forma y la solidez de un adoquín. Se acomodó lo más confortablemente posible para escuchar al amigo. Preguntó:

—Cuenta. ¿Qué harías con veinticinco mil pesetas?

Entonces fue cuando Germán le contó parte de su vida. Allá, en los hospicios, soñaba con las vaharadas que salían de los enormes pucheros donde cocían las legumbres. Esas vaharadas le aturdían en recuerdo, como un incienso alimenticio y prosaico. Mientras el estómago se les contraía dolorosamente, Germán evocaba el olor de los bienes perdidos y deseaba violentamente ser propietario de una tienda de comidas.

—Pues nada, chico, tu idea me parece excelente.

—No podré tenerla.

—¿Por qué? Haces mal. Cuenta, cuenta, la imaginación no cuesta nada. Supón, por un momento, que eres libre, que tienes dinero, veinticinco, treinta..., las que te hagan falta. No vamos a discutir por un puñado de miles...

—¿Todavía quieres tu tienda, Germán?

—Claro. Después de haber hablado tanto...

—La encontraremos.

—¿Y los billetes? Porque ahora...

Hacía un ademán gráfico con el índice y el pulgar. Añadió:

—Ahora yo no se trata de imaginar. Y si un traje cuesta un riñón, una tienda...

—Aquel día te dije que no discutiríamos el precio. ¿No fue lo convenido?

—Pero yo... tengo mi orgullo. ¡Qué diablos!

—Eres un animal. No pienso hacerte ningún regalo. Me devolverás hasta el último céntimo.

Sabía que con eso tranquilizaba a Germán.

Un barrendero iba dándole a su escoba, con ademanes solemnes y acompasados, repartiendo las basuras, las hojas, de cloaca en cloaca.

—Mira ese hombre, Antonio. ¿No te parece estupendo?

El barrendero, con gesto desmayado, iba acompañando un montoncito de basura que repartía concienzudamente hasta el vertedero. La escoba estaba afilada. Él había olvidado durante los pasados años a los barrenderos. Aquél le conmovía. Se le quedaron mirando, como dos paletos. El hombre, al fin, se amoscó.

—¿Qué miran?

Germán y él se reían. El hombre no sabía por qué. Era maravilloso pensar que el hombre no sabía nada de ellos.

—Un par de idiotas. Eso es lo que son. ¿Es que nunca han visto un barrendero?

La voz del hombre los volvió a la realidad del acto.

—Sí, claro, Pero de eso hace ya tiempo...

Y Germán intervino:

—Vamos a invitarle. ¿Qué te parece?

—Bueno.

El barrendero tenía tiempo de sobra y un doble de cerveza no le iría mal del todo. Se acodaron en un bar de las Ramblas.

—Cuenta, amigo. Cuenta.

Placer infinito de interrogar al fin. No importaba que el barrendero los tomara por chiflados. El hombre bebía y contaba. Eso era lo único interesante. El oficio no era precisamente lo que él hubiera escogido, pero, «vamos, no estaba encerrado y veía a la gente». Él era de un pueblo de Murcia y no le gustaban las fábricas. ¿Albañil? Ya era viejo. Más descansado era barrer. ¿Su vida? ¡Las cosas que él podría decir!

—Cuenta. Cuenta.

La política, mal. A los toros, que era donde más disfrutaba, no podía ir. Estuvo un tiempo intentando conseguir un empleo en las plazas de toros, pero no era trabajo seguido, y en su casa mujer y tres hijas. Él no contaba. ¿Su mujer? Cansada siempre para el asunto, pero no para el cine. Chiflada por el Gregorio Peck ése. ¿Qué tal les parecía Gregorio? A él no le decía nada. En cambio, la Marilyn Monroe, ésa sí que era una mujer estupenda. Y rubia. Germán y él cambiaron una mirada. ¿Quién sería Gregorio? ¿Y la Marilyn? Los ídolos cambiaban de nombres, pero hasta el último de

los barrenderos conocía el nombre de los nuevos ídolos.

—Y al cine no se puede ir cada día. Mientras lo otro...

Al despedirse le dieron una propina. «Para el cine.»

Y el hombre volvió a agarrarse de la escoba empujando sus montoncitos de basura, meneando la cabeza de un lado a otro. Pensando quizás en su lejana tierra, en política, en la Marilyn ésa.

Anduvieron un poco más hasta una terraza.

—Sentémonos un rato, ¿no te parece? Hablemos de lo nuestro.

Regresó a la hora del almuerzo. Se le hizo tarde y todos le esperaban. Tenía una serie de llamadas telefónicas y Dominica preguntó:

—¿Has estado con Germán?

—¿Quién es Germán?

Ni Enrique ni Mercedes Silva ni el padre sabían de la existencia del amigo.

—Un amigo.

—Pero, hombre, ¿por qué no le has traído a comer? ¿Qué habéis hecho?

—Dar una vuelta.

Le parecía absurdo decir la verdad. Decirles que habían comprado un traje de confección, invitado a un barrendero público y, finalmente, tratado sobre la posible adquisición de una casa de comidas. Por suerte, Enrique exponía sus teorías sobre el ingreso de ingenieros. Estaba seguro de que también aquel año le tumbarían. No tenía la menor esperanza.

El padre intervino:

—Pues, chico, a tu edad Antonio estaba en plena carrera.

—Entonces todo era distinto.

Le pareció que, efectivamente, nada era como antes y que el hermano pequeño vivía descentrado, incomprendido en aquel hogar. El padre empezó a hablar de cosas profesionales y terminó con lo de siempre. Una de las palomas...

Mercedes no podía tragar las palomas.

—¿Qué sucede con la paloma?

—Me trae revuelto el palomar.

—¿Dónde vamos, Dominica?

—Se han decidido por el Ecuestre.

No conocía el nuevo local. Dominica se estaba arreglando y sintió de nuevo hacia su mujer el impulso primitivo que la víspera le empujara a ella. Dominica parecía ajena a él. La combinación blanca le ceñía el cuerpo. Se estaba perfumando. Recordaba la predilección de su mujer por el color blanco y los perfumes.

—Ven, Dominica.

Soñaba con tomarla en sus brazos. Sentarla en sus rodillas y hablar con ella. Le hubiera dicho poco a poco todo cuanto había expiado allá. Si ella le dejaba, le iría



contando todos aquellos años de separación. Le diría que allá lejos había empezado a amarla. Que en el peligro, en la angustia, la había invocado seguro de que su grito iba a ser atendido. Le explicaría cómo en el hacinamiento pudo estar solo con ella. Tenerla para él solo. Le contaría sus noches de fiebre, los pálidos amaneceres, las nieves y los fríos calentados con su recuerdo. Le hablaría del suave canto del agua en el momento del deshielo. Y de la hierba que tímida brotaba sobre la tierra...

—¿Qué quieres?

Continuaba arreglándose sin volver la cabeza. Sin mirarle siquiera.

La hierba brotaba como la pelusilla de una almendra verde. La primera hierba brotada en la tierra, que él recogía con la insensata esperanza de poder enviársela en una carta.

—Estarán deseando verte, Antonio. Se pasaba el peine entre los cabellos.

—Anda, date prisa. ¿Tienes todo cuanto te hace falta?

Una carta en donde un poco de hierba joven le traería su memoria. Y las canciones de sus camaradas, que siempre le hacían pensar en ella...

—¿En qué piensas, Antonio?

La frase de amor de la campesina del sur que él repitió pensando en ella. Parecía el piar de un pájaro. Era una frase muy dulce. También la mujer era dulce y tierna. También tenía miedo y sólo se dejaba amar con frases y besos.

Dijo otra vez:

—Ven, Domi.

Permanecía sentado mientras ella iba y venía por la habitación. Veía sus brazos largos, cilíndricos, más hermosos que antes. Su cuerpo rectilíneo.

—¿Por qué te cortaste el cabello, Domi?

Y no le dijo: «¿Por qué te has convertido en otra mujer? ¿Por qué no me miras con la devoción de antes? Ahora soy capaz de comprenderte...» Había desaparecido la melena negra al mismo tiempo que las mejillas redondas. El rostro se había afinado. Era mucho más hermosa y algo indefinible había huido de ella.

—¡Dominica!

Se estaba pintando los labios ante el espejo.

—Dime.

—¿Me quieres, Domi?

Se levantó. La tenía agarrada por los brazos. El cuerpo de ella estaba tenso. Se inclinó para besarla y notó la protesta. No podía acostumbrarse. Cierto que hubo un momento en que él llegó a hartarse de su falta de resistencia, de su total sumisión...

Ahora él pedía:

—¿No me quieres?

—No seas tonto. Claro que te quiero. Estaba seria y muy tensa. Iba diciendo:

—No sé cómo te quiero, Antonio. Quizá demasiado. Quizá sea eso...

—¿Demasiado?

Demasiado. Intuía vagamente lo que ella podía decirle. El amor, que antes brotaba como una chispa al primer contacto, se había ido hacia el fondo. Si en Palafrugell, si en los primeros años de matrimonio había ganado a Dominica a través de la sensualidad, los años de separación habían creado un fondo de algo que él debía averiguar.

—Puede que tú misma no lo sepas, Domi. No tendría nada de extraño. Me has olvidado.

—No, Antonio.

Entonces debía buscar más lejos; allí donde el amor de Dominica se había ido o refugiado. Porque no podía considerarlo perdido. No perdido, pero ahondado. Ella le decía:

—No he dejado de pensar en ti un solo día. Hubiera podido olvidarte. Tratar de olvidarte. He tenido... ocasiones. Claro. Hace dos años...

La interrumpió. No quería saber nada.

—Pero, ¿qué crees?

Le contaba que cuando dos años antes el alemán había dado la noticia y no pudieron ponerse en contacto, creyó morir de angustia. El padre le hizo marchar. Se había reunido con Eugenio Mauri y con su madre en La Florida. «Mis padres habían descubierto en aquel entonces La Florida.» Allí pasó cinco meses y no pudo soportarlo.

¿Por qué? Todavía no le había preguntado por sus padres, por Martina.

—Tal vez hubieras sido más dichosa al lado de tus padres. Son más libres. Digamos menos convencionales que los míos.

Hizo ella con los hombros un ademán despreocupado.

—Me asfixiaba en su compañía. Comprendo ahora que ciertas cosas deben apaciguarse con los años. Una de ellas es el amor. Cuando veía a mi padre untar el escote de mi madre con el aceite especial para los baños de sol; cuando miraba ese escote y sólo veía huesos y piel; cuando los sorprendía, besándose o paseándose con las manos entrelazadas, comprendí por qué no me necesitaron nunca. También el mundo de mis padres era reducido y yo sobraba. Me volví con los tuyos.

—Y ¿no te sentiste aquí prisionera de las mil otras pequeñeces, del mundo de los míos, Domi, tan absurdo, tan imbécil, tan sumamente organizado que ni por un instante puede una sola rueda dejar de funcionar? ¿No te has sentido presa dentro de esta santa casa, mujer?

Había elevado la voz. No era su costumbre. Le habían salido las palabras que le dolían desde la llegada. Y no era por rencor. Era la evidencia. La necesidad de volver la cabeza hacia atrás y pensar en los millones de seres que se hacinaban en los campos mientras parte del mundo seguía viviendo muellemente, creándose pequeños

conflictos por no herir refinadas susceptibilidades, creyendo todavía en el valor de un compromiso, en la verdad de una visita... Se sentía desesperadamente solo entre los suyos, que le amaban. Deseaba únicamente el contacto brutal de aquella mujer —por lo menos durante aquellos primeros días—, meterse en la cama con ella y no salir de aquella cama durante meses, hasta que harto, vencida ella, pudiera arrojarla de su lado como había hecho con alguna ramera.

La vio abrir los labios para contestar, pero no esperó su respuesta. Bebió en su boca, apretándola contra él, calmando sus protestas por la fuerza. Otros la habrían besado refinadamente mientras él estaba lejos. Quizás ella estuviera acostumbrada a esta clase de refinados besos. Y le molestaban las caricias del hombre, del soldado, del prisionero que volvía con hambre, hambre, hambre...

—¿Nadie te ha besado, Dominica?

Ella titubeó. Parecía exhausta, desesperada.

—Nadie —gritó—. Nadie. Y ahora date prisa si no quieres que lleguemos a la hora del café.

Le había rechazado bruscamente y retocaba sus labios otra vez ante el espejo.

Él le dijo: —Tu padre y tu madre han sido un matrimonio feliz, ¿no crees?

En aquel momento envidiaba a Eugenio Mauri.

—Y tus padres también lo han sido, Antonio. ¿Qué se sabe de eso? En principio, todos los matrimonios parecen felices.

Lo dijo rápidamente y empujándole fuera de la habitación. Habían pasado doce años y no en balde. Se dejó conducir.

Aún estaba demasiado débil. Seguramente no llegaba a acostumbrarse a las bebidas. La charla se le antojaba insustancial y deseaba encontrarse otra vez en casa, a solas con Dominica. Ella también parecía lejana. Muchos abrazos, apretujones y protestas de amistad. ¿Por qué pensaba en los otros? Con los otros nunca se golpeó ni apretujó de aquel modo. La amistad allá tenía otra dimensión. Un apretón de manos. A veces, ni siquiera eso. ¿Germán? Era mejor no pensar en Germán mientras escuchaba la cháchara en torno suyo. Porque «la salsa está menos lograda que de costumbre», el civet de lievre tenía un fallo de acidez.

¿Por qué cada vez que se sentaba a la mesa pensaba en los otros? No debía hacerlo. Debía aniquilar su pensamiento y ordenarle que obedeciera. Él ya pertenecía al montón de acá. Su obligación era interesarse por los problemas de acá. El mundo entrevisto en los periódicos debía ser en el menos tiempo posible su mundo. Aunque él supiera que también ese mundo de los periódicos fuera nada más una parte del mundo. Si los otros pudieran verle, nada le agradecerían aquella bola estropajosa que se le hacía en el cuello ni la profunda decepción que le producían cuantos le rodeaban. Era imposible vivir entre dos mundos, sufriendo por ambos y no contentando a ninguno. Aquellos que le invitaban, ¿qué tal les sentaría aunque sólo

fuera una semana de régimen de campo? Recordaba las porquerías, las vilezas que se llegaron a cometer por algo que tuviera aspecto de comida. Y ahora tenía que escuchar serenamente tonos peyorativos hablando de una salsa alambicada. Ahuyentó sus pensamientos. Muchas veces se hizo la promesa: «Quiera Dios que no sea mezquino. Quiera Dios que esta prueba me afirme y no me destruya. Puedan mis fuerzas, que han bastado para soportar las grandes cosas, ser también suficientes para soportar las pequeñas».

La conversación derivaba sobre temas familiares. Los hijos, los estudios de los hijos. Todos los tenían y hablaban de ellos.

Muchas veces pensó en el hijo que no vino durante los dos primeros años de matrimonio. No lo había deseado desmesuradamente. Fueron dos años de vacaciones, tan cortos para él y Dominica que no se dieron cuenta de que pasaban. Cuando al fin Mercedes Silva, con mucha discreción, había preguntado: «¿Qué pasa?», recordaba perfectamente que él había mirado a Dominica y se había echado a reír. No pasaba nada. No venía, y eso era todo. «Pues será conveniente consultar a un especialista.» Habían dicho que sí. Que irían. Fueron. Nada anormal. Tal vez Dominica era muy joven. Infantil. Un tratamiento. Insuflación. Total, lo habían dejado para más adelante. Y él se había marchado antes de tener tiempo para aquel hijo. Allá lejos había pensado mucho en ello; mucho más que cuando estaba en Barcelona. De haber tenido un hijo, Dominica habría guardado algo suyo. Algo de él.

Contempló a Dominica a través de la mesa. También ella parecía ausente. Dominica vaciaba su copa.

Aquella noche soñó con Florencio.

Le vino a la memoria una antigua conversación, mientras el padre le enseñaba los arreglos que habían hecho en aquella parte del jardín.

Nunca había comprendido del todo a Florencio por la sencilla razón de que era un hombre callado, poco expresivo. En los primeros tiempos creyó que Regina... Pero no. No era eso.

Hacía muchos años de la conversación y veía la carnicería de Florencio y escuchaba su voz de entonces al contarle: «No me gustaba. Siempre fui un cobarde. Cuando veía descargar las reses muertas, a hombros; cuando veía el mandil ensangrentado de mi padre y oía sus golpes descuartizando el buey, la ternera o los corderos recién llegados del matadero; cuando el animal pendía muerto, del gancho, las últimas gotas de sangre goteándole por los morros, se me revolvía el estómago. No podía. Y el tufo a carne. Y los despojos. La madre lavando las tripas. Flotaban dentro del barreño, blancuzcas. Luego se hervían y la casa toda se impregnaba del olor dulzón del cocimiento. No podía».

Florencio tenía entonces veinticinco años. Era en 1936. Servía de chófer desde 1939, cuando le conoció Regina. Era un hombre pacífico que nunca contaba nada.

Salvo aquel día. «Pese a mi repugnancia, tenía que ayudar al padre, despachar carne a la clientela, ensangrentarme las manos. Las manos resbalaban en los trozos blandos de carne. No podía. Desde entonces sólo quise comer huevos o pescado. Pero no carne. El tufo de la carne cruda me pendía de la nariz como pendían las gotas de sangre del morro de las reses muertas. Y en julio...»

El relato se tornaba confuso. El hombre tragaba saliva. «Vinieron a buscarle.» Se calló mientras él preguntaba: «¿A quién?» «Al padre.» Hubiera deseado que Florencio se detuviera allí. Pero las palabras debían de quemarle, pues sordamente prosiguió: «Y lo encontramos días después. Colgado de un gancho. Boca abajo, los cabellos apelmazados por la sangre, igual que una res. Dejé aquello».

Algo tenía que decirle. En casos así, cuando alguien contaba algo, era seguramente para que le dijeran: «¿Por qué te callaste tanto tiempo?»

Y Florencio: «Hay cosas que nadie comprende».

Soñó con Florencio y estuvo gritando hasta que Dominica le despertó. Tenía una sed tremenda.

—¡Antonio! ¡Antonio!

Estaba a su lado. Inclineda sobre él. Olía su perfume.

—Estás soñando, Antonio.

Quería tomarla en sus brazos y dejarse acariciar por ella.

—¿Quieres algo? ¿Quieres que te traiga algo de beber?

Le hablaba como si él fuera un chiquillo y ella la persona mayor.

La tomó en sus brazos. La tuvo. Inmóvil, ajena a él.

La vio luego levantarse y no la oyó volver. Se quedó dormido otra vez, hasta que la luz penetró a través de las persianas entreabiertas.

—¿Cuándo nos traes a Germán?

Debía hacerlo. Lo notaba desamparado en Barcelona y solamente feliz cuando podía salir o charlar con él. Y aquellos primeros días habían sido de mucho ajeteo.

—Cualquier día. Hoy. Hoy mismo.

Tenía que salir con él a primera hora de la tarde y se habían citado en un bar de la Avenida del Tibidabo. Aquel final de la calle de Balmes estaba desconocido. Llegar hasta allí antes era casi una excursión; ahora, un autobús unía en pocos minutos los dos cabos de la ciudad. Recién inauguradas las bocas del metro.

—Si no hubiera sido por las setas...

Mercedes aseguraba que el trozo Plaza Molina-Avenida del Tibidabo destinado al cultivo de setas hubiera podido ser utilizado desde hacía años de no haber intereses de por medio.

—¿Qué setas?

—Pues, hijo, esas blancas, de París.

Miles de metros subterráneos y oscuros llenos de blancas protuberancias. Cultivo

de setas instalado bajo el asfalto de la calle de Balmes. Tan clara ahora en su último tramo. Quizá Mercedes se equivocaba. Cuando se encontró a Germán le dijo:

—¿Sabes de dónde salen esas setas que contemplábamos el otro día?

—Del campo, me imagino.

—En Barcelona nos crecen debajo del asfalto.

Germán le miró. Tuvo que contarle lo del túnel. No se lo quiso creer. Él tampoco estaba muy seguro.

En los anuncios de La Vanguardia había estado buscando la tienda de comidas que traía a Germán a mal traer. Apuntó unas cuantas direcciones. Irían a primera hora de la tarde.

Visitaron tres o cuatro que podían interesar. El precio ponía a Germán de un humor de perros.

—No me desempeño en toda la vida.

Sabía que Germán tenía miedo. Era como si le estuviera diciendo: «Un poco, nada más que un poco. Soy como un chico y necesito aprender». Quien había recibido órdenes durante toda una vida, necesitaba que le enseñaran a vivir. «Haz esto o lo otro.» Unas cuantas órdenes más, antes de andar solo por un mundo libre.

Le empujaba.

—¡Hala, hombre, ésta es la tuya!

Cuanto menos lo pensarán, mejor. La tienda estaba hecha una pura mierda, pero Germán la miraba ya amorosamente. Más allá de su cochambre. La renta no era exagerada. El traspaso... Los traspasos de las tiendas con rentas abordables, siempre eran elevados. La calle, de mucho tránsito.

Se quedaron con la tienda. Estaría libre en cosa de un mes de tiempo. Acaso antes. Cuando salieron de ella, les pareció que habían cumplido una vieja promesa.

—Vamos a casa a celebrarlo.

Lo sabía intranquilo ante la idea de conocer a los suyos. Se lo imaginaba lleno de contestaciones y frases prefabricadas.

—Soy un torpe, Antonio.

—Mira, chico, has de venir a casa. Nos aburriremos los dos, te lo aseguro. Pero es algo que también tiene que hacerse.

—Bueno.

No fue del todo mal la visita.

—¡Vamos! ¡Éste es Germán!

Y allí estaban todos: el padre y Mercedes, Anita con Manuel Escrivá, los sobrinos zanganeando por el jardín. Y también Enrique, el pequeño.

Le preguntaban. Y Germán volvía al relato de siempre. Pero no podía prescindir en dos días del vocabulario del campo. Era un alivio en los momentos de apuro. Con los años, las palabras fuertes se habían deslavazado tanto, que parecían las letanías de

los desesperados.

Mercedes y Anita estaban algo sobresaltadas. Dominica, sonreía a Germán y se interesaba por la tienda.

—Iré a verte, Germán. Has de contarme todo lo vuestro.

Y Germán asentía. Aunque él estaba seguro de que no, de que nunca Germán contaría aquello. Y sintió pena por Dominica, que buscaba la verdad, el empleo del tiempo en todos aquellos años. También ella, de un modo instintivo, quería aunar los dos pasados. Sufrir no ya con ausencias, sino con recuerdos concretos.

Cuando más tarde, a solas con el amigo, le preguntó la opinión que le habían merecido los suyos, Germán le dijo:

—Chico, la verdad es que no te comprendo. Yo en tu lugar nunca me hubiera perdido en Rusia.

Y sintió un nuevo desengaño. El de saberse incomprendido incluso por el camarada. Era como si Germán hubiera nacido el 2 de abril de 1954 y no pudiera coordinar el pasado con el presente. Dijo como Florencio en una lejana conversación:

—Hay cosas que no se comprenden.

Le producía una invencible pereza ponerse al día. La insistencia de su madre para que fuera al sastre y a ver al médico, le exasperaba.

—Antonio, hijo. Estaré más tranquila.

Lo del sastre fue una visita rápida, intrascendente. El médico de la casa, desconocido para él, no le inspiraba ninguna confianza. Él estaba bien. Estaría bien del todo dentro de muy poco tiempo.

—Estaré más tranquila, hijo.

Pedro Casares no era el médico de la casa, pero había sido compañero de estudios y con él habían salido la noche del Ecuestre. Desde aquella velada, otras se sucedieron. De todos los del grupo le pareció el menos distante a él. Pedro se sentaba siempre al lado de Dominica.

Dominica, aquella tarde, no podía quedarse con él. Debía —según ella— ir al peluquero.

Y de golpe recordó que Dominica sentía antes un verdadero horror por las peluquerías. «Anda, Antonio, córtame este rabo de pelo que me asoma.» Él protestaba: «Pero, mujer...» Y ella: «No me gustan los cascos. Tengo la impresión de que me están cocinando los sesos». Se lavaba los cabellos en casa y se los secaba al sol, en el jardín. Sus cabellos, lacios y sedosos, enmarcaban un rostro de mejillas redondas.

—¿Vas al peluquero?

—Tengo que ir.

—Y tú podrías ir al médico —dijo la madre.

Mercedes Silva era dulce y taladrante como una gota de agua.

—Antes... no ibas nunca a la peluquería —le dijo.

—Antes no tenía canas como ahora —repuso ella.

Sintió frío. El cabello corto y negro de Dominica ya no era algo primitivo, natural. Y la voz de Dominica sonaba dura como un reproche. ¿Tenía él la culpa de aquellas canas?

Mercedes Silva se ocupaba en su labor. Dominica seguía diciendo:

—Estoy llena de canas.

Y él:

—Estarás preciosa con el cabello blanco, Domi.

La madre se sobresaltó:

—No digas tonterías, Antonio. Tu mujer hace perfectamente tiñéndose las canas.

Deseaba preguntarle cuándo... «¿Cuándo te salieron canas, Domi? Cuando me marché, ¿no es eso? Y si no me hubiera marchado te hubieran salido de todos modos porque unos cabellos tan negros como los tuyos encanecen fácilmente. Pero yo no podré decírtelo nunca y tus canas serán siempre el fruto de nuestra separación.» Dijo:

—¿A qué hora quieres que nos encontremos?

—No sé, Antonio. Lo mejor será no quedar en nada. Cuando termine, regresaré a casa.

La sentía áspera, enojada. «Por unas canas.» Llamó a Pedro. La madre tenía parte de razón. Debía ver al médico y Pedro era al mismo tiempo un amigo.

La verdad objetiva —según Pedro— era una falta de peso.

—Y eso es todo.

Cosa de semanas para encontrarse perfectamente bien de salud física. Pedro Casares y él sentían pudor de abordar la verdad subjetiva.

—¿Y esos ánimos?

Le entraron ganas de saber exactamente el peso de un ánimo corriente. Acaso el ánimo se había vuelto demasiado fino y le dolía. El ánimo era tan consistente como el hígado o los pulmones, aunque mucho, muchísimo más sensible.

Pedro desviaba la conversación.

—¿Qué piensas de la dimisión de Bevan?

—No estoy demasiado al día. Esas frases de «Gabinete fantasma» hablando de política me asombran un poco. Que al regresar a España me encuentre todavía con problemas de rearme alemán y ayuda al Extremo Oriente... No sé, Pedro, es como si todo se hubiera perdido, achicado durante todos estos años. O como si yo no supiera encontrarle medida.

—Estamos viviendo las secuelas, ¿comprendes? Pongamos por ejemplo el caso Oppenheimer.

—Lo he leído. Ahora me entero de que fue el constructor de la primera bomba atómica y que en Washington... Tendría que estar fabulosamente contento y no lo



estoy. He de ponerme al día —como dice mi madre—... se preguntan si es un riesgo o no para la humanidad.

—Acabas de llegar. Estás forzosamente descentrado.

—Pero terminas de decirme que sólo me faltan unos kilos de peso...

—Por ahora sólo te falta peso. El repatriado goza de buena salud. No dudes que vives gracias a tu voluntad de vivir. En fin, quería preguntarte si estás contento. Si eres feliz.

No hay

Hablaban de la última salida. De las mujeres de los amigos. Del cambio fabuloso entre los años de preguerra, posguerra y actuales.

—¿Qué pensabas allá?

—Como todos. Regresar. Deformé las imágenes.

—¿Con tus padres, bien?

No hay

—¿Es un recuerdo muy fuerte?

No hay

En otro orden de ideas todos tenemos recuerdos lancinantes. El espíritu sano, vital, reacciona y hace de ellos experiencias. Ya sé que es mucho pedir.

Era muy difícil de explicar. El último domingo, en la iglesia, habían pasado media docena de monaguillos pedigüeñando para esto y lo otro. Él pensaba en ellos. No era cosa de religión. Era algo que estaba por encima de toda religión. Ya nunca podría sentir compasión por nada, por nadie. ¿Qué podían importarle las mejoras de un templo, los pobres de la parroquia sabiendo que todos aquellos hombres estaban detrás de las alambradas y nadie, ni una sola voz, clamaba por ellos?

No hay

—¿Con tu mujer bien? Dominica se ha portado como pocas mujeres, Antonio.

Le cogió de sorpresa. El y Dominica continuaban siendo los mismos. Las mismas piezas del mismo puzzle. Había tenido varios de estos terribles rompecabezas cuando niño. Las colocaba sobre una tabla y si no podía terminar en una tarde esperaba a la tarde siguiente. Las figuras eran fáciles, reconocibles. Pero los fondos eran endiabladamente difíciles. El fondo oscuro o el fondo claro, con sus docenas de piezas de idéntico color, le volvían loco. Una vez olvidó la caja en el jardín y las piezas se mojaron. Las puso al sol y luego ya no encajaban. Eran las mismas piezas, el mismo puzzle, pero la madera había hecho juego y ya no entraban las unas dentro de las otras. Al cabo de un tiempo logró que encajaran otra vez. Pero nunca quedaba liso del todo. Veía el puzzle de sus años infantiles abollado, defectuoso para siempre, por haberse quedado a la intemperie.

—Esta separación —dijo sin ganas de dejar que trascendiera nada al amigo— ha sido dolorosa para los dos.

—Pero entre tú y Dominica nada ha cambiado.

Pedro Casares afirmaba. Y él, del mismo modo que había callado la mitad de sus respuestas, no podía explicarle el proceso de su cambio. Su conciencia había ido dando la mano a su sufrimiento. Había calado hondo en sí mismo y era esa profundidad lo que le hacía clarividente para con los demás. Y desdichado. El fondo del puzzle fue siempre lo más difícil de lograr. Y temía que, aun en el caso de lograrlo, quedara siempre defectuoso. Por culpa de nadie. Porque él había nacido para ser eso: un hombre con su conciencia auestas y un cuerpo humano con todas las apetencias de ese cuerpo.

—Seguramente nada.

Estaban sentados en los butacones de la biblioteca. Pedro Casares tenía entre sus manos una de las últimas revistas norteamericanas. Anuncios de cigarrillos, de neveras eléctricas, de lavadoras eléctricas, planos para los clásicos cottages americanos. Mejillas a todo color y hermosas piernas desnudas. Todo ello respiraba vida y normalidad.

Un reportaje sobre el último temporal y tres novelas cortas con las cuales no había podido.

—Estas publicaciones norteamericanas son estupendas. Con sólo mirar los anuncios uno ya se divierte.

Y sin dejarle contestar:

—¿No te agobia el no estar en tu propia casa? ¿No crees que tú y Dominica debierais estar solos? ¿No has pensado en la posibilidad de un viaje?

Coger a Dominica y largarse. Había pensado en ello, pero tenía miedo y pereza. Lejos soñaba con el retorno a aquella casa. Y también en un posible viaje con Dominica. Al regresar la idea del viaje se volvió absurda. Le hubiera gustado volver con Dominica allá lejos. Libres los dos. Poder recorrer los mismos caminos.

—Es algo en que no he pensado todavía. Es pronto. He de tomar contacto con la realidad que me rodea y luego decidir.

—En ese caso lo mejor para ti sería empezar tu trabajo. Vuelvo a repetirte que estás perfectamente bien. Una obligación cotidiana, volver a ejercer tu carrera y más en tu caso, que trabajarías, supongo, con tu padre, sería una de tantas maneras de reanudar tu pasado.

—Pensaba hacerlo. Los míos me han impuesto un lapso de descanso. Ya sabes cómo son todos los padres.

—Tú has tenido mucha suerte en ese aspecto, Antonio.

Cierto. Pedro Casares, en cambio, había tenido que crearse un porvenir —ya presente— a pulso. Seguramente también había sufrido por ese presente actual mil vejaciones. Pero las había superado.

Dejaron el asunto para volver a los temas cotidianos.

—En el Alexandra proyectan una película de Vittorio de Sica.

—¿Italiano?

—El cine italiano es algo grande. Sencillez, realismo. ¿Por qué no os animáis para esta noche?

Se levantaba. Debía marcharse. Decía que telefonaría más tarde para saber si Dominica tenía ganas de salir.

—No os acurruquéis.

—Descuida.

Cuando le acompañó hasta la puerta de la casa, Dominica y Enrique venían de la calle. El atardecer era muy hermoso. Le hubiera gustado dar la vuelta a la manzana y ver el resplandor de los faroles de gas. El día anterior se sorprendió contemplando al hombre que los encendía. El farolero era un hombrecillo de apariencia insignificante que repartía luz por las calles de Barcelona.

—Dominica, ¿quisieras dar una vuelta conmigo?

La vio titubear. Iba a contestar que sí, seguramente. Pero la vio cansada. No se atrevió a proponer lo del cine.

—Me cambiaré de zapatos. Estoy en seguida.

—Es igual.

—Saldré contigo Antonio —dijo Enrique.

Le tomó del brazo. Era un brazo delgado, casi no se encontraba en la manga. Sin calor comunicativo.

Entre los dos la calle, las fachadas, las luces recién encendidas y un hueso de palabras. No sabían qué decirse. Un silencio compacto (quizá la densidad del aire impedía la palabra-aire), quebrado únicamente por el ritmo de los pasos y el crujir de la arenilla bajo los pies. Los dos debían de estar pensando en una primera frase. Y no salía. Salió al fin al unísono:

—Los eucaliptos van a...

Los eucaliptos ocupaban uno de los rincones del jardín de atrás y sus raíces amenazaban el muro. O tenían que desaparecer los árboles, o el muro reventaría. Las ordenanzas municipales no tenían piedad y, pese al dolor que suponía talar un árbol en plena vida, por lo menos dos de los eucaliptos tendrían que ser sacrificados.

En la semioscuridad de la calle era mucho más fácil hablar que en la casa, con todas las luces encendidas. Y era una estupidez pensar que Enrique seguía siendo el Enrique niño. Él sentía una enorme repugnancia por las personas que quedaban atascadas. El Enrique niño había derivado por fuerza y tenía ahora el Enrique hermano. A los diecinueve años...

—¿Te gustan las mujeres?

Le pareció que el ruido gutural quería ser risa. Pero en todo caso no muy espontáneo. A los diecinueve años él hubiera reído franca y sinceramente. Las

mujeres le gustaban mucho y las conocía en su parte física por completo.

—Claro. Sí. Me gustan. Aunque la mayoría sean estúpidas.

—A tu edad yo no pedía inteligencia a la mujer. Me bastaba su cuerpo. Cierto es que yo era muy bruto —añadió.

—O estabas seguro de ti mismo.

—No te comprendo. ¿No estás seguro de ti mismo en ese terreno?

—Ese terreno como tú dices, no es más que un derivado de los otros. Creo que la diferencia fundamental entre tu generación y la mía radica precisamente en la seguridad.

—¿Y nosotros tuvimos seguridad? ¿Nosotros precisamente, que vivimos la época más insegura?

—Vosotros erais seguros. Cada uno de vuestros actos ha sido manifestación de seguridad.

Algo oscuro resumaban sus palabras. Acaso no se atreviera a ir más lejos que las pronunciadas. Y él lo deseaba. Era necesario para todos. Incluso para los otros. Quería saber las razones de una nueva generación desligada por completo de los compromisos contraídos por la anterior.

Continuaba Enrique:

—No lo digo por ti, Antonio. Tú no te limitaste a ser movilizado durante la pasada contienda española. Tú, más tarde, fuiste un voluntario, y eso quiero dejarlo aparte. Pero los otros... ¿Tú sabes lo que representa oír constantemente a los de la otra generación (fuiste de los más jóvenes, Antonio) oír constantemente aquello de: «Nosotros que hicimos la guerra...»?

—Nos tocó hacerla. Es distinto.

—Pero la hicisteis. Y nosotros hemos de soportar eso de ser los que no la hicimos, los pequeños, los que nacieron temblando por algo que no quisieron ni pudieron aliviar. Somos los inseguros, los que escuchamos parte de guerra en lugar de cuentos. Los que aprendimos los términos racionamiento y cartilla al balbucear las primeras palabras. ¿No comprendes?

No había caído en ello. Aunque no veía la relación que pudiera tener con que Enrique amara o no a las mujeres. Tal vez todo era como un cesto de cerezas. Lo uno derivaba de lo otro. En el afán de vivir anticipadamente tan propio de los de su generación, había ya el presentimiento del peligro. El anuncio de la posible muerte.

—Ya sé por dónde vas. Ha sido un cúmulo de coincidencias. Nuestra guerra fue seguida de la contienda mundial y de los resultados de esa contienda ya lo ves, entre el treinta y seis y el cincuenta y cuatro median dieciocho años. Toma cualquier periódico y te convencerás de que para mí han sido siempre tiempo presente. Comprendo que vosotros empecéis a estar un poco hartos. Es lógico, enteramente lógico.

No era lo mismo, aunque ahora pensaba en el inefable monsieur Dutour. Era un amigo del padre, un hombre encantador, ameno, instruido. Y lo malo era que siempre terminaba hablando de política. Había sido movilizado en 1914 y por nada del mundo renunciaba a su guerra. En 1935 seguía contando su guerra obstinadamente. Bien pensado era algo abusivo. Los recuerdos era mejor guardarlos para uno mismo. Eran algo inevitable. Pero querer encasquetárselos al prójimo resultaba contraproducente y ridículo. Y monsieur Dutour era más culpable que los del actual presente. La posguerra dutouriana había sido alegre. Salvo Alemania y sus aliados, Europa había conocido una ficticia euforia. La vida parecía la botadura de un barco. Con botella de champaña y todo.

—En fin, Antonio, venía a decirte lo siguiente: yo podría ser el nieto de mis padres o, si prefieres, el hijo de Anita. He llegado demasiado tarde para todo.

Habían dado una vuelta completa a la manzana. La luz de la casa invitaba a entrar.

—No haré como otros. Procuraré no machacar mis recuerdos —dijo a Enrique.

Se detuvieron un instante. Sonrieron. Penetraron en la casa.

—Será peor —contestó el pequeño—. Creo que todo cuanto decimos está ya medio olvidado. Se transforma seguramente en aire y vuelve al aire.

«Y vuelve al aire.» Es decir, que cuanto le llegaba o le había llegado de afuera, se había depositado en él y de no decirlo quedaba estancado, corría el riesgo de pudrirse. ¿Y el aire? ¿No se corrompería el aire si se llenara de lamentos? ¿Y si lo que uno guardaba era demasiado importante para convertirse otra vez en aire? ¿Si a él no lo quería? Acaso amara el sufrimiento y prefiriera guardarlo para él antes de dejarlo diluirse entre todos. Quizá fuera eso.

Al entrar en la casa llegó hasta él el sonido de las voces de Anita, la hermana mayor, y de Manuel Escrivá. Anita hablaba, hablaba. Sus vacuidades llenaban en aquel momento la biblioteca. Eran naderías acompañadas de risas. Y también llegó a él la tos del cuñado. ¡Se sentía tan ajeno a él! Sus toses le crispaban y le molestaba más el hecho de crisparse por una sencilla tos (¡cuántas cosas peores había tenido que aguantar!) que la tos misma. Y su risa. La risa del cuñado era ambigua. Nunca pudo saber si era arranque de tos o acceso de alegría. Risa no contagiosa, pero sí infecciosa. Manuel Escrivá y Anita echaban sus palabras, sus risas y sus toses al aire. ¡Eran tan vulgarmente felices!

Ya en la biblioteca buscó los ojos de Dominica y por encima de las demás voces deseó la suya. Se acercó a ella. Ella le señalaba el brazo del sillón donde estaba sentada.

—Ven —dijo Dominica.

Se sentó a su lado y tomó entre sus dedos la nuca desnuda.

Durante el cuarto de hora que precedió a la cena, permanecieron así, en silencio.

Ajenos a los otros. Rodeados de los otros. Solos él y ella, unidos por una sola palabra.

Las noches le traían desasosiego. El día le unía a ella y las noches le separaban. Ignoraba aún por qué. No quería saberlo. Pero temblaba ante la noche, la soledad con ella, la lucha y la derrota, lo incomprensible, la mujer que se cerraba y su temor a ofenderla. Sus deseos frenéticos de ella, tanto más exacerbados cuanto más huidiza ella se tornaba. La duda. El no saber. El temor a esa sabiduría, la voluntaria oscuridad, la oscuridad deseable. El goce sin palabras, cuando en su recuerdo (¿sería únicamente en su memoria?) existían palabras anteriormente oídas. Recuerdos de una voz arrastrada que en aquellos momentos era particularmente lenta. Temor de la noche y promesa incumplida de no ceder ante la noche. «Seré uno de tantos maridos que se aburren con su esposa.» Ya no lo era. «Le daré las buenas noches y la dejaré tranquila.» No podía. «Quizás un día...» Mil propósitos durante el día, y la capitulación nocturna. «Y estoy perdiendo, haciendo precisamente lo contrario de cuanto debo hacer. Pero lo hago.» Las promesas firmes de cada mañana: «Antonio, Antonio, no es así. Estás haciendo precisamente lo contrario» y a medida que el día iba creciendo, la esperanza crecía. Y luego, mediado el día, la fuerza iba mediando. La noche cegadora de su mente. «No, hoy no.» Y la mujer que parecía avergonzada ante él, como si no fuera suya. «No es mía.» Y esa extrañeza entre ambos que penetraba en él y le arrastraba, pese a él, contrariamente a él. Cada noche llegaba medio vencido y aún rebelde hasta el momento que, él y ella solos, la veía. «Mi mujer. Dominica», y todo en ella le enternecía. Sus brazos, largos y cilíndricos; las canas, nacidas en su ausencia, disimuladas, los ojos suplicantes y la boca muda. El cuerpo consciente y no consistente. El indómito cuerpo que, sin posible retención (¡cómo le dolía!), se crispaba. El cuerpo dependiente de una voluntad, y esa voluntad rebelde. Dominar el cuerpo aplastando al mismo tiempo la rebeldía que estaba, residía, allá dentro del cuerpo.

Y luego la vaciedad de todo. ¿Qué había conseguido? Absolutamente nada. Dominica apagaba la luz. Antes no lo hacía. Le gustaba la luz y que él la mirara. Creía recordarlo (¿eran exactamente las palabras retenidas por su memoria?) «Mírame, Antonio.» No podía olvidarlo y recordaba también sus rasgos. La piel tirante de los párpados, la nariz como afinada y los labios entreabiertos (muy poco) hablando lentamente.

Ahora no hablaba. Apagaba la luz. Era el final de un día. Todavía sentía suficiente cansancio para no pensar demasiado. Se dormía insatisfecho, pero se dormía. A veces despertaba y ella no estaba a su lado. Volvía a dormirse incapaz de saber dónde se había marchado Dominica. ¿Dónde estaba? Incluso cuando estaba con él, íntimamente, con él, ¿dónde estaba? «¿Dónde pueden estar las mujeres en ese momento?» ¡Oh, Dios! Los hombres eran mucho más sencillos. Los hombres estaban o no estaban. Pero las mujeres, Dominica al menos, podía no estar estando.

—¿Dónde estuviste anoche?

Sabía de antemano que le diría su verdad física y circunstancias. No la que él pedía. Pero, al menos, sabría algo más de ella.

—No podía dormir. Bajé al jardín un momento. A veces respirar un poco de aire fresco me trae sueño. Me apacigua.

Y no se atrevía a preguntarle más. Tenía miedo por ella. Se le imaginaba sola, violentada, insatisfecha.

Era otra vez de día y deseaba nada más que besar sus manos y respirar su perfume. Dominica, diurna, ya no era el fantasma que oscurecía su cerebro. Dominica, diurna, le decía: «Ven», y él venía, tomaba la nuca entre sus dedos y entonces sí, parte de ella le pertenecía por entero.

Y a veces huía de ella para retrasar el encuentro de esas horas. Salía después de cenar. Se reunía con Germán y, en lugar de hablar de su presente, hablaban de allá, igual que si allá fuera algo agradable. Acaso fuera su destino el tener la cabeza siempre vuelta hacia atrás, mientras lo que tenía enfrente se escapaba, no podía asirlo. Germán le dejaba hablar, pero cuando llegaba su turno se desligaba por completo de lo antedicho, le hablaba de sus cosas, de la tienda, de la chica que había conocido en el Metro. Germán había conocido a una chica de pelo largo en el Metro y se había hecho novio de ella. Se lo decía y él preguntaba extrañado:

—¿Tan pronto quieres atarte?

Le hubiera gustado poder reír con Germán, que le contaba su aventura. «Tú no eres de aquí; ¿de donde vienes?» Eso en el Metro, entre mil apretujones. «De Rusia.»

—Me siento solo. Ella y yo nos caímos en gracia desde el día del Metro. Me costó mucho convencerla de que volvía de Rusia. De ningún modo quería creer en aquello.

Él, en cambio, tenía quien le aguardaba. Y sabían que era verdad. No podría nunca borrar del pensamiento esos años. Todo. Todo le aguardaba: mujer, casa y familia. Muchos años entre medio, pero al regreso perceptiblemente todo intacto, como si se hubiera ausentado por una tarde al cine.

—Pues aquello es. No fue, Germán. Sigue siendo. Yo no puedo olvidarlo. No somos los únicos hombres del mundo. Pienso en los que quedan, los nuestros que todavía quedan y los que no son nuestros. Los otros, que fueron igual que nosotros.

—No quiero pensar. Estoy harto de guerras. Yo quiero hablarte de Juana, la chica del Metro. Juana es una buena chica y me trae frito. Tú tienes más experiencia. Estás casado hace años y conoces a la clase de mujeres honradas. Son precisamente (ahora me doy cuenta) las que más hacen sufrir a los hombres.

Mes y medio había sido suficiente para que él y Germán tuvieran problemas distintos, enfocaran la vida desde dos ángulos opuestos. Germán, lanzado hacia un porvenir, abocado a la vida, proyectado a la vida, desligado de cuanto fue y deseando

desligarse. Y él tratando de recuperar no el pasado inmediato, sino el pasado lejano. Ya que él era un hombre y una conciencia. La que fue creciendo allá en la soledad. Esa soledad poblada de soledades. Esa masa plena de individualidades. Y él sabía ahora que allá su conciencia estaba perfectamente al día, casi tranquila. Si el cuerpo sufría, la conciencia del hombre sufriente era limpia. Otros, no él, cometían injusticia. Llegó su piedad incluso a esos otros. No se refería a los otros cautivos. Todos ellos, pese a la diferencia de nacionalidad, eran hermanos de penas. Hermanos. Sintió piedad por los que le custodiaban. Los guardianes, presos de su papel de guardián. Desapareció el rencor hacia ellos y su conciencia quedó en paz. Un día, tal vez, él fuera un hombre libre.

Y ese día había llegado. Y en cuanto llegó a él, empezó a sentir esa extraña angustia. La angustia que atribuyó al cambio. «Todo cambio angustia.» Luego creyó en una falta de encaje; en esas diferencias del día y de la noche, la forma y el fondo del puzzle, los cambios surgidos durante esos doce años, la mujer luminosa y oscura, palpable y ausente. Más allá de la mujer el recuerdo, la memoria próxima de todos esos otros que incluso le impedía gozar de lo poco que tenía. ¿Poco? Ni más ni menos que un hombre afortunado cualquiera (pero él sabía que no) con la única y terrible diferencia de que los otros hombres no pensaban, no tenían tanto en que pensar.

Hacer algo. Olvidarse de todo. No. Él no quería olvidar. Ni contar. Tendría tal vez que gritar.

—¿Te acuerdas, Germán?

E incluso el camarada, el único que podía recordar, se sacudía los angustiosos recuerdos. Su rostro, recuperando mejillas, había perdido la expresión afilada de payaso triste. Ya era un hombre. Un hombre vulgar. Vulgarmente feliz. Se maldijo a sí mismo por pertenecer a la raza maldita de los que se mortificaban. Se maldijo a sí mismo por pensar, por sufrir, por ser impotente ante la satisfacción. Dejó a Germán con la palabra en la boca. «Pintaré de color verde las ventanas de la tienda.»

Se fue. Siempre acababa huyendo.

Las palabras de Pedro Casares tomaban consistencia. «Trabaja. Estás en las mejores condiciones. No te acurruques.» No tenía más que decirle al padre: «Iré contigo al despacho». Y el abogado ya no saldría solo con Florencio por las mañanas. Volvería él a ocupar su mesa en el bufete de Enrique Rogers y poco a poco entraría en lo que aquellos doce años hubieran podido traer de nuevo. Verdaderamente no podía quejarse. El padre estaba deseando aquel día y era absurdo demorarlo.

—Mañana iré al despacho.

—Bien.

No le haría la menor pregunta. Conocía al padre. Bien si deseaba ir al despacho para ponerse nuevamente en contacto con su profesión. Bien si sólo deseaba tener en el despacho una conversación más íntima que las de casa. La falta de locuacidad del



padre siempre fue compensada por el tono de voz. Por la comprensión de una mirada que parecía haberlo visto todo.

El despacho olía a cuero y a madera encerada. Recordaba el antiguo despacho, frío, hosco, confesional. El padre habría sentido la necesidad de fluir a través de los años y su bufete se abría en el ensanche de Barcelona. Agradecía el cambio. No quiso preguntar los motivos, pero los suponía. Los años de la posguerra habían sido una verdadera ganga para los abogados, y el padre era uno de los mejores. Resolver los líos y los tapujos del mercado negro, consecuencia inmediata de la industrialización después de un colapso de tres años, fue el destino de las grandes figuras. Eso los industriales lo pagaban al contado, con dinero, con acciones, con nombramientos de consejero... Debía de dolerle al padre ganar tanto mientras él, el hijo, carecía de todo. Debió de pensar en el hijo mientras remozaba el bufete.

—Nunca pensé en mí, hijo. Traté de recordar cuanto podía agradarte. Durante aquellos años locos, compraba, compraba.

Durante aquellos años él sabía cuánto había comprado el padre. Era una defensa contra lo que le carcomía.

—Adquirir lo mejor de una biblioteca o quedarme con cuadros, muebles y objetos, en los casos de indivisos o de liquidación, me parecía un modo como cualquier otro de creer en el futuro. Pedir un paquete de acciones, aceptar tutelas o consejos era adquirir al mismo tiempo obligaciones, trabajo que un día sería tuyo. Cuando tú volvieras, podría descansar. Mientras tanto...

Se mantenían los dos un poco expectantes, los dos en el nuevo despacho.

—Siéntate, hijo.

Iba a hacerlo en uno de los butacones frente a la mesa. El padre se lo impidió. Le tomó del brazo y le llevó hasta el sillón que él había ocupado tantos años.

—Siéntate, hijo.

Le temblaban las manos al tocar la gran carpeta de cuero. Abrió al azar un legajo. Empezó a leer.

—Son los nuevos estatutos de la C.L.A.I.

—Ignoro a qué empresa te refieres.

—Verás.

Era sencillo. Una antigua empresa familiar cuya mayoría de acciones había pasado a manos de otro grupo. Siguió con la lectura. Términos que volvían a él, viejos términos legales para los nuevos estatutos de una industria que pasaba por la clásica transfusión de sangre.

—Cuando quieras —dijo el padre—. No hay prisa. Aunque yo deseo verte ahí, sentado, en cuanto sea posible. Pensar en los otros, ayuda, a veces, a no pensar... en nosotros mismos.

¿Qué otros? Indivisos y liquidaciones, había dicho el padre. Dos o más hermanos

peleándose por un mismo trozo de tierra. «Yo quiero vender. Necesito el dinero.» «Yo no quiero vender. La tierra es oro.»

—En fin —iba diciendo el padre—, si empezaras a ponerte al corriente, te centrarías. El trabajo, en cierto modo, es un recurso. Mira, poco antes de que llegaras (ya puedes suponer mi estado de ánimo) logré distraerme gracias a uno de los pillos más inconscientes encontrados en mi larga vida de abogado.

Encendió un pitillo. Siguió volviendo páginas sin prestar atención. Mirando los papeles y escuchando al padre.

—Al hombre se le suponía culpable del asesinato de su mujer.

Y él había asumido una defensa que parecía desesperada. Del tipo no pudo nunca sacar una frase medio sensata: tan escurridizo y falso era.

—No se fiaba ni de su abogado. ¿Me entiendes? Y después de seis meses de cárcel estaba hecho un pingajo, sucio, embrutecido...

Siguió fumando tranquilamente. Y escuchando a medias. No le importaba la historia del tipo, pero en aquel momento le agradaba oír las palabras del padre. Se recostó en el sillón y dejó los documentos.

—Tenía ganas de salvarle y me pregunto si no sería para sobreponerme a la repulsión que me inspiraba. Estudié mi alegato y estudié al individuo. Era repugnante.

El padre hablaba sin pasión. Al decir la última palabra le había mirado y sonreído. Sus manos se abrieron en un ademán de impotencia. El padre decía: «Era repugnante», con el mismo tono de voz que hubiera dicho del mejor de sus amigos: «Es un gran hombre».

—Crimen y físico de criminal.

—Exacto —continuó el padre—. El día que podía ser decisivo para él, llegué a la cárcel y encargué al barbero que lo aseara. Luego le hice vestir con ropas decentes. El aspecto del hombre se hizo más humano. Le defendí tan conscientemente, tan elaborada fue mi defensa, que el hombre quedó absuelto.

—Y tú, ¿conforme?

—Espera. Mi protegido... Yo no sé qué clase de hombre era aquél ni cuál su conciencia. Mi defensa le convenció totalmente. En lugar de darme las gracias, vino hacia mí. Se acercó, con acento firme, desconocido hasta entonces. Exigía: «¿Y ahora, quién me pagará daños y perjuicios?»

Reían ambos por la inesperada reacción del acusado. Convencerse uno mismo a través de las palabras de otro, era realmente lo mejor que podía sucederle a un criminal.

—Así fue. Su pregunta me dejó estupefacto. Yo temía la escena de agradecimiento. El hombre... no sé si me debía la vida, pero en todo caso sí la libertad. Yo le había convencido. Y él reclamaba, clamaba contra la injusticia humana

que le había retenido seis meses en la cárcel, privándole de la libertad y de ganarse malamente la vida.

Tenía razón el padre. Aceptar lo imprevisible del prójimo.

—Cuando me sentía impaciente, angustiado, me bastaba recordar la voz engallada, preguntando: «Y ahora...»

Aun en lo malo imprevisible encontraría la evasión de sí mismo. Dijo:

—Empezaré cuanto antes. No hay ningún motivo para retrasar la normalidad.

Dominica había irrumpido. Sabía que, a menudo, si se encontraba en Barcelona (la torre quedaba siempre en San Gervasio; todavía decían los Rogers, como en el tiempo del abuelo, bajar a Barcelona), sorprendía al padre en su despacho y preparaba unas bebidas. Si tenía consulta, aguardaba en la habitación que el padre había arreglado para sí. Leía, aguardaba pacientemente. «Aquí he pasado muchas horas estos años.» Y él se la imaginaba en invierno al lado de la chimenea, sentada sobre la alfombra, mirando pensativa, mirando al fuego. Y leyendo otras veces. Dejando de leer para continuar sus pensamientos, porque Dominica era pensativa y le gustaba perderse en sus pensamientos. O bien se la figuraba como ahora, sacando las copas y preparando bebidas.

—¿De dónde vienes, Dominica?

—De compras, recados...

Él hubiera querido saber exactamente cuándo salió de la casa, cuál fue su itinerario, a quiénes encontró, para quién fue la compra. Saberlo todo de ella —como antes, cuando le contaba hasta la saciedad—, hasta las caras que puso o le pusieron.

—Un poco más de hielo, Dominica —pidió el padre.

Dominica se levantó a servirle lo pedido. Y él lo vio todo. El ademán pronto. Las faldas que revoloteaban acompasando el movimiento. El aire en torno de ella. Las manos que servían. Las muñecas frágiles y la nuca inclinada, que él tenía siempre deseos de besar.

Se sintió aquella noche seguro de sí. Cuando ella le preguntó si subían ya a retirarse, contestó:

—No me esperes, Domi. Subiré más tarde. He de hablar con papá.

La notó vacilante, temerosa.

—Acuéstate. No me esperes. Anda...

Dominica le tendió la mejilla. Sintió unos locos deseos de tomarle los labios y decirle que estaba sufriendo otra vez, cada vez que las sombras le envolvían y ella se tornaba espectral. Apenas si rozó las mejillas... Respiró hondamente. Le costaba no correr tras ella. Dejó de respirar unos segundos. Se levantó. Fue a servirse una copa de coñac. Su madre estaba tejiendo una tapicería y su padre fumaba. Tomó un libro y no leyó. La lectura huía bajo sus ojos, incapaz su mente de la menor retención. Se despidieron los padres y miró el reloj. Era muy temprano aún. Ella no estaría

dormida. Le costaba muchísimo dormirse y entonces él perdía sus propósitos. Dejó vagar su pensamiento mientras el cenicero se llenaba de colillas y el reloj de la biblioteca desgranaba un sonido agudo penetrante como agujas de hielo. La voz del reloj de la biblioteca era infantil —la recordaba— y no había enronquecido con los años.

Debió de dormirse un momento y le sorprendió la entrada de Enrique. Miró la hora. Cerca de las tres de la madrugada. ¿Qué buscaba Enrique en la biblioteca?

—¿Qué haces aquí?

—Estuve leyendo y debí de quedarme dormido.

Enrique se servía coñac. Se sentó pasando una de las piernas sobre el brazo del sillón.

No sabía qué decirle. Preguntó:

—¿Te has divertido?

¡Diecinueve años! Y las mejillas casi imberbes. Entre él y el hermano siempre ese inicial silencio. ¡Cuánto le hubiera gustado encontrarse con el Antonio que fue, el perdido! O tal vez no. Acaso el silencio de Enrique era más conveniente que las estúpidas chácharas de los diecinueve años.

—¿Te divertías tú a mi edad?

¿A su edad? ¿A los diecinueve años? «Ya lo creo.» Dentro de él brotaba la vida. A veces, llegaba a reprochárselo. No podía impedirlo. Su ansia de vivir era demasiado grande. Algo vertiginoso le empujaba, se estaba fraguando, se anunciaba. Los años anteriores al 36 los había vivido tan intensamente, que en su ansia de vivirlos podría haberse encontrado su explicación. La lenta muerte que allá lejos le aguardaba.

—Sí, chico. Demasiado. No te extrañe. Ya te hablé de ello hace unos días. Fuimos una mala generación. Frívolos, insensatos..., lo estábamos oliendo y apurábamos el goce.

—¡Qué suerte!

—¿Los diecinueve años no son lo mismo para todos?

—Para algunos. A otros nos ha faltado la ocasión.

—¿Qué ocasión?

Enrique sonreía dentro de la copa. Debía de estar harto de la palabra, tenerla muy aprendida. Dijo luego de beber:

—La de ser héroe.

Eso era. El pobre Enrique se había encontrado siempre ante palabras que seguramente habían sido mencionadas a menudo en la casa. Le hubiera gustado poder preguntar: «¿Qué entiendes tú por heroicidad? ¿Ser movilizad? El soldado puede ser o no ser un héroe. ¿Ser voluntario? El voluntario puede ser o no ser un héroe. ¿Ser prisionero? El prisionero es un mártir, pero puede ser o no ser un héroe. El héroe vive tan inmerso en su destino, que actúa como un hombre cualquiera. Al cabo de los

años...»

—¿Qué es un héroe para ti, Enrique?

—No lo sé.

—Tampoco ellos. Yo creo haber visto héroes o por lo menos, he sido testigo de actos heroicos. ¿Obraba conscientemente quien los realizó?

—¿En la guerra?

No hay

—Vuestra época se prestó a ello.

No hay

—Ya.

No hay

—Cada cual habla de lo suyo. Los colegiales, del colegio. La mecanógrafa, de sus compañeras o del jefe. La mujer casada, del marido o de los chiquillos. El obrero, de las facturas del gas.

No hay

—Claro.

No hay

—¿Y quieres decir que entonces se darán cuenta de que han estado obrando heroicamente?

No hay

—Así, según tu opinión, cualquier hombre de la calle cumpliendo un acto de cada día puede...

No hay

Sintió la necesidad de vaciar su copa. Dijo:

—¿Entiendes?

La luz de la lámpara de pie dibujaba sombras de cansancio en el rostro del hermano. Enrique contestó:

—Según tu explicación no puede ser más sencillo. Un héroe es un hombre cualquiera. Cualquier bruto que nos pisa los pies en el tranvía.

Hubo un silencio. Contempló las pálidas mejillas del hermano y le pareció muy joven. Como si nunca pudiera llegar a la verdadera edad del hombre. Repitió:

—Cualquier bruto, Enrique. Cualquier hombre.

Al entrar en la habitación se dio cuenta de que Dominica no dormía. Estaba sentada en la cama con la cabeza apoyada en las rodillas.

Ausente de ella misma. Se estremeció al oírle.

—¿No duermes?

Dominica levantó la cabeza. Tenía los ojos turbios de insomnio. Llenos de lágrimas. Se acercó a ella con ternura y al poner su mano sobre el hombro desnudo notó su estremecimiento. Su temblor.

No quería nada de ella. Nada. Para eso había aguantado, se había mortificado y vencido. Y ella no sabía. Le estaba ofendiendo con su temblor.

—¿Me quieres, Dominica?

Sí o no: quería saberlo. No era una súplica. Era una orden. Le agarró del pelo y buscó en el fondo de las pupilas la respuesta. Los labios le temblaban, pero la voz dijo resuelta:

—No te quiero, Antonio.

La soltó. Esperaba la respuesta aunque no quería oírla. Cuando Dominica intentó hablar, él le dijo: —Calla, Domi.

## ... Y ELLA

*¡Desdichada! ¿Por qué tanto insistes en que te lo diga?  
Pero voy a contártelo sin omitir cosa alguna. Mas no habrá gozo en tu corazón,  
como yo no lo tengo.*

(LA ODISEA, R. XXIII.)

LE DOLÍA EL SILENCIO de Antonio. Hubiera preferido una protesta, algo, una explicación que llegara a convencerla. Preguntas. Poco a poco se iría desenredando la madeja. Porque ella ya no comprendía nada. No podía ser. No quería que fuera. Era imposible que, después de haber estado esperando a un hombre durante más de doce años, después de haber amado la memoria, una fotografía, gestos, palabras que guardaban sonido y acento, ahora, cuando el hombre estaba de regreso, presente, ella no le amara.

Buscaba una explicación. Deseaba saber cuándo. ¿Cuándo moría el amor? Podía decir perfectamente cuándo había nacido. El origen fue tan brusco, el pasar del no ser al ser tan evidente, que nada le costaba decir: «Te amé desde el primer día, ¿recuerdas? Aquella mañana empecé a amarte». Sabía cuándo había nacido su amor; en cambio, su mente naufragaba al preguntarse el momento en que había dejado de quererle. Y retrocedía.

No. No era cuando él la había dejado. Le estaba doliendo aún. Le pareció siempre una enorme injusticia. Cuando Antonio le dijo: «Me voy, Domi. A Rusia», ella había clamado, discutido. Antonio, sordo a sus razones, parecía poseído por algo (una tenebrosa conciencia o memoria) más fuerte, más profunda que cualquier argumento. Y lo probó todo. Caricias, gritos, lágrimas. Antonio, cerrando los ojos a su pena, seguía diciendo: «He de irme». ¿Por qué? ¿Por qué?

Recordaba haberle dicho: «Nada significo para ti, Antonio. Si algo significara, no te irías». Se sintió ofendida, humillada. Pero ahora sabía que la más grave ofensa no podía contra el amor. El amor sobrevivía. Superaba las ofensas.

Y moría, en cambio, sin saber cómo. Porque sí. ¿Cuándo había muerto?

En la soledad murió el que ella hubiera debido sentir por sus padres. Se fue poco a poco de su vida, gastado, usado a solas durante muchos años, hasta el día en que se dio cuenta de que ya no sentía pena. Le era igual. Todo le daba igual. Dejó de sufrir por Eugenio Mauri, su padre, y por Asunción. A veces se reprochó esa indiferencia hacia los suyos, pero no se sentía culpable. El amor había muerto poco a poco, por abandono, por inanición, y ella ya no lo deseaba, ya no sufría. Se estaba preparando para el amor que iba a venir. Conoció entonces a Antonio.

Y creyó poseerlo por completo. Llenó el vacío y calmó en el hombre toda su sed. La memoria de aquellos años (pocos) no era clara. No le quedaba ni un solo momento para pensar en su amor. Amaba. No podía ver claro, desmenuzar, pues vivía inmersa

en un todo ansiado. Ya no se sentiría nunca sola.

Se equivocó de nuevo. Antonio se marchó. «Me voy, Domi, a Rusia.» Ella dormía. Las palabras eran una pesadilla. «Me voy a Rusia. Cosa de meses.» Y cuando despertó, Antonio estaba lejos. Había gritado, llorado y discutido en vano. Se sintió ofendida, humillada. Y atrozmente sola. Todavía le amaba.

Regresaría pronto y eso la ayudaba a esperar. Pero no volvió. Dejó su promesa incumplida y ella empezó a perder pie. Las noches interminables, sin el marido, las pasaba en un ir y venir entre el cuarto (se instaló en el cuarto de soltera, el de Anita) y la biblioteca. Tampoco podía leer. Se acostaba con el libro; volvía las páginas, ausente de ellas, en la estrecha cama. Pensaba en el ausente. Cada pensamiento, cada ida y venida suya eran una ofrenda al que estaba lejos. Todavía le amaba.

Cuando le supo desaparecido, sintió el dolor que sienten los que llevan dentro de sí la memoria del que se fue. Los años no habían borrado la imagen viva. Cerraba los ojos y veía a Antonio. Pensaba en él y sentía erizársele su piel toda, deseándole. Cuando otros le hablaron de amor; cuando, en medio de todos, ella se sintió más sola que nunca... Todavía le amaba.

Cuando partió para América en busca de olvido. Cuando en la compañía de sus padres sintió nada más que irritación y la terrible necesidad de volver a la casa de piedra. Cuando a su regreso experimentó la alegría de recuperar todo cuanto le unía a él: padres, casa, objetos e imágenes. Cuando incluso en la estrecha cama de soltera se sintió algo más cercana a él, por la sencilla razón de hallarse al menos entre los suyos. Todavía le amaba.

Al recibir las primeras noticias. Cuando la angustia y las dudas volvieron a hacer presa de su ánimo. Al leer las primeras noticias y al escuchar las primeras palabras. Cuando su corazón le dolía y su boca permanecía muda. Todavía le amaba.

En el muelle. Las dos interminables horas que duró la espera. Mientras recorrió sus recuerdos y el cuerpo se anulaba, dentro de ella se hizo el vacío... dentro de ella algo macizo y compacto la insensibilizaba para otra función que no fueran sus pensamientos. Sí. Todavía le amaba.

Durante el breve recorrido en coche, desde el hospital hasta la casa, cuando Antonio le había preguntado: «¿Es verdad todo esto, Domi?» Y ella: «Sí. Esto es la verdad». Verdad, ¿qué? Verdad el regreso, la presencia. Mentira el pasado. ¿Mentira tal vez el amor del pasado? ¿Verdad el desamor del presente? Cuando ella pensó en «mentira», creyó referirse a la ausencia. Todavía le amaba.

Cuando en el cuarto, a solas, se encontró con el hombre. Cuando el hombre vestido la había tomado a ella desnuda. ¿Entonces? Quizás entonces. Aunque no podía asegurarlo. Porque aquél ya no era Antonio. Antonio era un muchacho de veinticinco años que derrochaba vida. El hombre vestido que se había inclinado sobre ella, olía a prisionero, no sabía decirle palabras nuevas, no le había inspirado más que



extrañeza, sobresalto e íntima confusión. Aquel hombre no era Antonio. Era su desconocido.

Quedaba intacto su amor por Antonio. El que regresaba no era Antonio. Era un hombre que venía de lejos e imponía su engañosa imagen. Pero no era Antonio. Algo le faltaba. Y era ese algo lo que precisamente ella había amado. No era el mismo Antonio.

No había muerto el amor. El amor por Antonio quedaba intacto, igual que las fotografías. No necesitaba siquiera de ellas. Le bastaba cerrar los ojos y recordar. Siempre encontraría el Antonio de antes. El que había regresado no era el mismo hombre. Lo que había muerto no podía llamarse amor. Algo de Antonio había muerto. Precisamente algo que ella había amado. En algún lugar, no sabía dónde, había un extraño cadáver. No tenía nombre ni forma. Al lado de esa muerte, quedaba su amor.

Eran mil choques constantes. El perpetuo desacorde. El deseo de evitar esos roces y la tensión creada por ese deseo.

—Nada puede ser como antes, Domi. Pero hemos de superar esa diferencia. Has de olvidar el antes. En el hoy presente todo es distinto y no existe motivo para un alejamiento. ¿Hay algún motivo? Di.

—No te comprendo.

—¿Has amado a alguien durante estos años de ausencia?

Siempre suponer que el amor estaba en el principio de todo. ¿Por qué no la ausencia, la inanición, el cambio?

—Bien sabes que no.

—¿Entonces?

No había por qué atormentarse. ¿Era eso? Muy sencillo. Un hombre y una mujer por el hecho de estar casados se amaban para siempre. ¡Qué fácil! Nada importaba la deserción del hombre. Que durante la ausencia hubieran pasado años, los mejores años, su despreocupación por vivirlos. Nada importaba que la mujer hubiera renunciado a esos años, a todo cuanto hubiera podido formar parte de ese tiempo. ¿Borrar el pasado como una alejaba los malos pensamientos? Ella no sabía hacerlo. Ignoraba esa clase de amor, tan sólido, tan resistente. Debía de ser un amor tosco y primitivo que ella era incapaz de sentir o concebir. Su amor era precioso, delicado. Podía morir. Lo malo era haberlo dicho.

—Olvídate, Antonio. No pienses en mi respuesta. La otra noche no estaba en mí. Me cogiste en un momento de descuido y a veces no nos expresamos exactamente. O no sabemos expresarnos.

Luego, traduciendo algo que le atenazaba desde mucho tiempo, añadió:

—No es la primera vez... He deseado la muerte.

Sobre sus manos, la de Antonio. Y escuchó su voz. Era fría cuando dijo:

—No digas simplezas. Esa frase, Dominica, no puede emocionarme. Serviría... para otro hombre. Sé por experiencia lo fácil que resulta ansiar la muerte. Sé el valor que necesitamos para resistir la vida. Lo que no sé es tu razón. ¿Qué te aleja de mí?

Y ella no se lo diría nunca. Era todo. Cosas sórdidas que le irritaban, ademanes, gestos y palabras que ya no servían de nada. No podía reprocharle el haber cambiado con los años. Seguramente a ella le sucedía lo mismo. Ella no era tampoco la misma de antes. Dijo cansada:

—Nada.

Era ya muy tarde. Una noche como tantas noches en que discutían en vano tratando de encontrar el resquicio, la ventana por donde penetrara una nueva luz. Sobre la mesilla de noche tenía un libro interesante y deseaba el fin del vago interrogatorio para volver a encontrarse en las páginas. Acariciaba la cubierta del libro.

Los labios de Antonio se posaron sobre su mano. Ascendieron por el brazo. Buscaban su boca. Hubiera querido decirle: «Déjame. No me obligues. Ése ha sido tu gran error. Yo no estaba preparada, ¿comprendes?, es decir: estaba aguardando al otro, al que se fue. No al desconocido. Un hombre viene después de una larga ausencia y, al mismo tiempo que de su casa, toma posesión de su mujer. Pero una mujer no es de piedra, Antonio. Esa mujer ha pensado años y años, y en el transcurso de ellos ha ido desenfocando sus pensamientos. No es tan fácil como tú crees. Antes de poseer mi cuerpo hubieras tenido que reconquistar los años perdidos. No sé cómo explicártelo. Tú mismo dices que nada puede ser como antes. Entonces hubieras tenido que empezar otra vez por el principio. Ganarme en tu nueva forma. Lo malo ha sido eso: tomar posesión de una mujer como si esa mujer, por el único hecho de pertenecerte, hubiera permanecido inmóvil como las piedras de tu casa».

—También tú has cambiado, Dominica.

—Seguramente. Y también puedo haberte decepcionado en mi cambio.

—Nunca sentí hacia ti lo que siento ahora.

Impotencia ante la incomprensión. Podrían dialogar durante horas y horas y sucederse el día a la noche. Nunca podría hacerse comprender. No le diría la verdad. Se la dijo por inadvertencia y luego se había desmentido. Por pura piedad. No por amor. Y él tomaba por amor la menor frase, el menor ademán de convivencia.

Era ya muy tarde. Vio la mirada del hombre posarse sobre ella. Cerró los ojos. Cerró la luz. Y dentro de ella su alma empezó a gritar y sus puños se cerraron para alejar las negras imágenes.

Antes de casarse le hizo la confesión. Gustaba de pasearse alrededor de la casa, del brazo. Entre farol y farol, la oscuridad. Allí se besaban. Durante el corto lapso que duraron sus relaciones, no quisieron perder uno solo de los goces reservados a las parejas enamoradas. Caminaban juntos por la calle. ¡Quién sabe si el hecho de mirar

hacia delante, de no mirarse, les daba valor para decírselo todo!

—¿Cuántos pecados has cometido, Dominica?

Antonio reía al preguntarlo. Debía de creerla tan boba, tan inocente, que le hizo esa pregunta con el único fin de mortificarla un poco.

—A buen seguro que no tienes ni un pecado gordo en tu cuenta.

Y ella quedó suspensa. ¿Habría de decírselo? Era mejor. Entre él y ella nada podía quedar oculto. Era mejor aclarar aquello desde el principio y que Antonio la aceptara en bloque, con sus cualidades y sus fallos.

—No digas eso, Antonio. Tengo los míos.

Pasaban bajo un farol. La miró.

—¿Tú?

Era difícil porque significaba una mala inclinación. Debía decírselo.

—Cuando acompañaba a Flores, por el barrio del puerto, en Santo Domingo...

Allí, en Santo Domingo, cuando los padres se marchaban y ella y Martina quedaban al cuidado de los criados. Santo Domingo le venía a la mente con su zona residencial y en esa zona las propiedades de los Mauri. De otras familias como los Mauri. Se vivía espléndidamente. La isla era rica. Y resultaba difícil imaginar que también la habitaban otra clase de personas. Gente miserable. Ciertos barrios del puerto, por ejemplo, eran inmundos.

A ella y a Martina les hacía gracia acompañar a Flores por los barrios donde la negra tenía su familia. Les daba un repelucón de emoción salir de la residencia y adentrarse en las callejuelas donde Flores tenía a los suyos. Allí abundaban las tabernas y los hombres se embriagaban con el ron del país. Ron blanco que ardía y quemaba como el fuego. Mestizos, negros y blancos también, se emborrachaban fácilmente y salían de los tugurios dando tumbos, diciendo obscenidades y blasfemando.

—Oía blasfemias terribles, Antonio.

Le notó impaciente.

—Bien, pequeña, pero eso no es pecado. Flores no hubiera tenido que llevaros por allí; seguro. Y no tienes por qué apropiarte las blasfemias de los otros.

No la comprendía.

—No es todo, Antonio. Esas obscenidades, esas tremendas palabrotas, se me quedaban pegadas, igual que el tufo del ron, igual que el sudor de los hombres y sus caras... Y luego...

Antonio le tapó la boca con su mano.

—No seas tonta, Domi.

—Quiero que lo sepas. También se lo dije a Flores. Cuando estaba sola, las palabras maldicientes venían a mis labios y yo las gritaba... con delectación casi. Las gritaba todas y odiaba a los hombres de quienes las aprendí. Pero no podía hacer otra

cosa que gritarlas, gritarlas... ¿Entiendes?

Antonio la miró. Le dijo:

—Eres una criatura.

—Durante años y años grité esas palabrotas y terminaba siempre llorando. Me confesaba de ellas y el padre me decía que al no ser voluntario... Después de cada palabra debía decir una jaculatoria. «Para desagraviar.» Así lo hice. Me pasaba las horas muertas murmurando blasfemias y jaculatorias.

—Déjalo ya, Domi.

No podía dejarlo.

—Al fin se me pasaron las ganas. No pensé más en ello.

Anduvieron en silencio un buen trozo. Hacía un viento muy frío y dentro de la casa hubieran encontrado calor, comodidad. Pero en la calle estaban solos y podían contarse todo.

—¿Y tú, Antonio?

—Cada uno de nosotros tiene un poso y si nos decidiéramos a removerlo, a sacarlo a flote... no estaríamos muy orgullosos de nosotros mismos. No debemos temer ni avergonzarnos de ese poso. Hemos de aceptarlo como parte de nuestro ser. Eso nos permite ser generosos con los demás.

No le contó nada de él aquella noche.

Anita le estaba hablando y ella —no podía decir por qué— recordaba una por una las palabras pronunciadas muchos años antes, cuando ella y Antonio podían decírselo todo y no tenían (al menos ella lo creía) secretos.

Los domingos eran, sin duda, los días más penosos, más largos de la semana. El cansancio se le adentraba en los huesos. Una tristeza profunda acompañaba las lentas digestiones, y el suave balanceo de los árboles del jardín le daba vértigo.

Anita seguía hablando. Su voz era alta, aguda. No lograba estorbar sus pensamientos. Y la tarde de fines de mayo era tediosa. Oyó al cabo:

—Te has ido a buscar un amigo... ¡Qué idea la de comprarse una casa de comidas! ¿No podría hacer otra cosa?

—¿Para qué? Ha sido el sueño de toda su vida.

Anita y Antonio seguirían hablando y nunca llegarían al acuerdo. Y ella podía seguir contemplando las copas de los árboles, el vuelo de los pájaros e insectos.

Germán había comprado un sueño y a ella, durante los años que duró su ilusión, Antonio le regalaba los suyos. «¿Quieres que te regale un sueño?»

Era... muy tonta. No comprendió. Él se mostró explícito: «Todos soñamos, Domi. Lo malo es que nadie se toma la molestia de indagar esa clase de ensueños. La gente se preocupa y se cree generosa regalando cosas concretas: un perfume; un traje; una joya. Yo tenía un amigo que no era rico (¿qué amigo?) y que, sin embargo hubiera podido regalar más que nadie. No le gustaba pensar en objetos. Decía que sus

pensamientos no tenían forma concreta». Ella recordaba haber preguntado «¿Y cómo vas a regalarme un sueño, Antonio?»

Se lo explicó entonces. En los más profundos estratos de la mente, quedaba siempre algo insatisfecho. Ella no tenía más que confiarse, contarle... cosas hundidas, ansias locas, insignificantes acaso, pero tenaces. Era menester mucho valor para contar aquello que sólo existió un segundo de descuido en la mente, o bien ocupó horas, meses, años de inconfesables deseos. Podía hacerse confiándose en aquel cuyo único deseo era regalar, realizar. «Yo te regalaré tus sueños, Dominica.»

Contempló a Anita, Si Anita supiera que ella había estado ayudando a Germán, merendando con él en el local no inaugurado, ¿qué hubiera dicho?

¿Qué diferencia existía entre la vulgaridad de Anita y la del amigo? Porque Anita era íntimamente vulgar, pero no con la vulgaridad de Germán. Germán le ofreció comida y bebida. Le vinieron ganas de preguntarle entonces: «¿Pasaste mucha hambre, Germán?» La misma que pasó Antonio. Y Germán, hablando de él, le hablaría de Antonio. Mucha hambre se le notaba en el modo vulgar de comer. Despacio. Sin prisas ni nervios. Haciendo aquello y no otra cosa. Pensando en la comida que tragaba y la que todavía quedaba. La vulgaridad de Germán era su hambre insatisfecha. Uno tenía ganas de golpear aquel estómago y preguntar como quien llama a una puerta: «¿Cuántos siglos de hambre hay aquí dentro?» Y entonces resultaba que el hambre era algo grandioso, que también podía vencerse, cuando el hombre que lo había soportado tanto tiempo era más resistente, más tenaz que el infame apetito. Y la vulgaridad de Anita era justo lo contrario. La de la persona siempre satisfecha. No hubo nunca hueco en Anita ni padeció por nada. No debió de padecer su soltería como ahora no padecía con Manuel Escrivá. Nunca había padecido por nada. La estaba contemplando, oyendo trozos de frase, y veía que tampoco sufría por la largura de aquel domingo. Charlaban mientras sus manos yacían inertes sobre la falda, o bien, animadas por una súbita fiebre, sobaban al marido. Era feliz y no se contentaba con ello.

Daba muestras de esa felicidad para que todos estuvieran al tanto de ella. Como una lección de buen vivir.

Continuaba escuchando trozos de frase que de Anita llegaban a ella, como jirones desmadejados de nubes:

—A Germán... se le ve sencillo, buen hombre.

Antonio y ella se miraron. Por un momento los pensamientos de Antonio y los suyos coincidían. Respiró. Era un alivio coincidir aunque fuera a través de la vulgaridad, de la tontería de los otros. Dijo ella:

—¿Qué entiendes tú por sencillo?

Anita la contempló casi sobresaltada. Ella completó:

—Sencillo para ti es el hombre que nunca ha empleado cubiertos de pescado, ¿no

es eso?

Y sentía casi diversión, ganas de reír. Anita no podría nunca comprender que Germán tenía el mismo estómago que ella, pero que durante siglos, tal vez, lo había relegado al cuarto de los trastos.

—Domi, por favor, no quise decir eso. Además, no tiene por qué ser de otro modo. Cada uno de nosotros somos fruto de las circunstancias.

—Si te oyera Enrique te lo discutiría.

—¡Enrique!

Ignoraba todo del hermano pequeño y de ella y de Antonio y de todos... Sólo sabía de Manuel Escrivá.

No hay

¿Para qué? Ella no tenía ganas de discutir y mucho menos de convencer a Anita. Antonio sonreía levemente con los ojos entornados, como si descansara. Mercedes Silva vertía naranjada en los vasos mientras el padre se levantaba para dar la última vuelta por el jardín. Ademanes que ella, Dominica, seguía con el tedio desintegrante de cada domingo. Siempre lo mismo. Y otros, acaso, envidiaban esa continuidad. Otros, mientras ella bostezaba por hallarse entre tantos, estaban solos y sufrían de su soledad. Germán...

—Quieres complicar el asunto. Quise decir que Germán...

Le dio pena su cuñada. «Complicar.» ¿Qué culpa tenían los complicados? ¿Nacían ya con el sello de la complicación, o bien los años los iban labrando? No lo creía. Los años no podían añadir ni quitar nada al ser nacido para analizar.

La voz de Manuel Escrivá, precedida de un carraspeo de circunstancias, vino en ayuda de la esposa.

—Anita tiene razón. (Nadie supo nunca las razones de Anita, expuestas siempre de una forma genérica y superficial, pero Manuel le daba siempre la razón y era una fácil manera de empezar sus frases.) Anita quiere decir (¿lo sabía él?) que Germán se contenta sencillamente con su casa de comidas, mientras otros, en su lugar...

—Tendrá sus razones. Exteriormente, Germán se conforma con eso. Pero vete a saber el largo proceso que le haya inducido a tan sencilla conclusión. Vosotros sólo veis el resultado. Y, ¿dónde está el principio?

Antonio abrió los ojos y dijo despaciosamente:

—El principio está en el hambre.

—Claro, cada hombre tiene sus inclinaciones, sus apetencias. ¡Vaya usted a saber!

Manuel Escrivá en lugar de hambre, había comprendido hombre. Así dedujo ella y sabía que ninguna de las dos palabras significaba gran cosa para su cuñado. Se agarraba a la que había creído comprender.

Le miró. Era un pobre hombre. No tenía la culpa y su ignorancia del prójimo estaba hecha únicamente de eso: de ignorancia.

—¡Vaya usted a saber! —respondió Anita como un eco.

Le irritó la sumisión de Anita. Dijo ásperamente:

No hay

También ella era culpable: había vivido aislada y solamente ahora sentía la necesidad de saber, de ahondar. Y le dolía. Igual que si su entumecida conciencia estuviera desentumeciéndose, desheliéndose y eso le procurara las mil torturas de un regreso a la vida, el descubrimiento de una nueva facultad.

Contempló otra vez a Anita sin añadir nada. Ya estaba hablando de otra cosa. Reía por algo distinto. La vio maciza, hecha de una completa solidez. Y no sintió envidia. Aquel estado no tenía nada envidiable. Contemplando a Anita amó su angustia, supo que el sufrimiento también era algo reservado a los que realmente existían. Quizás un tributo, una medida, un punto de referencia. Algo que el ser humano no debía rechazar.

Después de cenar salieron con los amigos. Antonio y ella se encontraban más extraños aún entre los otros. Con ganas de volver a la soledad. Era estúpido el machacón estribillo de que «ella y Antonio debían de estar pasando una segunda luna de miel». Nunca tuvo la menor confianza en las mujeres, y los amigos de Antonio la habían decepcionado. No supieron llegar a ella durante aquellos años en los cuales ella hubiera podido mostrarse sensible. No eran culpables. La culpable, sin duda alguna, había sido ella. Ella había desertado. Encontrado vacías sus palabras de consuelo y otras proposiciones de consuelo más vacías aún que las palabras. Ahora encontraba fuera de tono, convencionales, las frases de bienvenida. Sabía que los hombres amigos de Antonio la tenían en gran concepto. «Porque me he comportado tal como ellos hubieran deseado se comportaran sus mujeres en idénticas circunstancias.»

En aquellas salidas nocturnas ni ella ni Antonio (bien lo veía) encontraban la menor satisfacción. Salían porque sí. Escuchaban pacientemente mil naderías, satisfacciones, accidentes, regañinas..., todo minimizado. Muchas veces veía bostezar a Antonio y siempre le hizo gracia su manera distinguida de bostezar. Por dentro. Sin separar los labios. Veía distenderse sus mejillas y luego, para hacerse perdonar, decía una frase amable a la compañera de mesa. Era un alivio volver a la soledad.

Con miedo a la soledad. El día (no siempre, pero a veces) los unía sutilmente. Y también los de casa. Esa tarde de domingo, Anita. Había sido una lástima tener que salir. Salieron y la conversación y los tópicos machacones de los otros disolvieron el tenue contacto que la tarde del domingo había tejido entre los dos. Otra vez estaba irritada. Dejaron al grupo y renunciaron a dejarse acompañar en los coches. Subieron Balmes arriba.

—Cuando estés cansada, tomaremos un taxi.

Antes le era grato caminar a su lado. La noche de mayo era luminosa, tibia.

—¿Por qué has discutido, Domi?

Iba de su brazo. No tenían necesidad de decirse: «¿Por qué discutiste con Anita, Domi?» Ellos siempre sabían. Aunque las horas pasaran, tras los días sucedidos, había trozos de frase, pendientes entre los dos, que se reanudaban en el momento preciso.

—No sabría decirte por qué. Algo así como un despertar a una nueva conciencia. Dolor y alegría. Irritación de cuanto nos liga a un pasado. Ansia de adelantarnos y de saber. Creo que es mucho mejor hablar. A fuerza de evitar roces, de querer ignorar evidencias nos hundimos en la oscuridad. Andamos todos a tientas. Anita y todas las mujeres que a ella se parecen, en su mundo cerrado. Yo, en mi afán de tortura. Tú, en tu voluntario silencio.

—El silencio, Domi, no es voluntario.

—No. No lo es.

Es decir, era voluntario sobre ciertas cosas que, por más que uno lo deseara, no podían ser dichas. Y Antonio también tenía ese poso del cual hablaron hacía tanto tiempo. Como ella. Tampoco podía decirle todo. El todo era precisamente él. Y ya no eran dos niños impúdicos. El silencio presente era la turbia capa de agua todavía no decantada. Y más valía dejarla. Pasar un tiempo. Quizá dentro de unos años pudieran volver a la libertad de antes. Así sería. Del mismo modo como ella había sentido su externa forma violada, del mismo modo el no aceptar el silencio era violar una intimidad mucho más susceptible, más sagrada que la del cuerpo. Debían callarse ya que no sabían encontrar las palabras. Si ella decía la verdad, no la verdad de los años pasados, sino la verdad presente, ofendería al hombre que era su marido. Al prisionero que regresó al hogar. Y acaso él, también tuviera cosas imposibles de decirle a ella. A ella. Pues esas cosas no ofenderían a otra. Pensó en Germán. Si ella supiera ciertas cosas por boca de Germán, aunque fueran las mismas serían distintas. No se sentiría humillada por Germán. El amigo no era más que un amigo. Dijo:

—Es como si sintiéramos vergüenza.

—Es lo que un hombre y una mujer sienten al perder el paraíso. Esa clase de vergüenza.

Sentía la caricia de Antonio sobre la mano desguantada. Su olvido de todo cuanto no fuera ella. Su deseo de olvido y el afán de recuperar el acceso a la puerta cerrada.

—¿Por qué no hemos de ser los de antes, Domi? ¿Qué nos separa? Dime: ¿Hay algo en mí que te repele o asusta?

No hay

Seguía andando y discutiendo.

—Eso es, Domi. Pero en estos momentos crees que esa nada es una hipotética muralla. No te das cuenta...



No hay

—... de que de haber vivido juntos estos años, tal vez te encontraras vacía.

No hay

—La transición del amor al cariño es suave.

No hay

—Cuanto significó pasión, va perdiendo fuerza y...

No hay

—... es como esas cosas que guardamos tan cuidadosamente que incluso, a veces, llegamos a olvidarlas.

No hay

—Tú has perdido el amor. No te has dado cuenta. Eso...

No hay

—... eso es, Domi.

Alzó la cabeza hacia él. Antonio no la miraba. Siempre que él le hablaba, parecía querer desentrañar su problema. Pero no podía. Ella veía bien claro (y se odiaba por verlo) que no podía.

Iban los dos colgados del brazo y aún discutían.

Agradeció que Antonio detuviera un taxi. Dio la dirección. Una vez dentro quiso asirle la mano. Él la rechazó.

—Puedes ahorrarte ciertas demostraciones.

—Eres mi marido y te quiero. Desearía quererte, al menos.

Encendió Antonio un cigarrillo. Aspiró.

—Quisiera no ser tu marido, ¿oyes? Quisiera ser un desconocido, ir por la calle, encontrarte en cualquier sitio. Mira, Domi. Sé por experiencia lo difícil que resulta reconquistar una posición perdida. En cada lugar de lucha abandonamos parte de nuestra moral. Sabemos, de antemano, sus puntos vulnerables, y si nos lo han arrebatado una vez, tenemos miedo. No con lo desconocido. Con aquello más lejos de nuestro conocimiento, tenemos un valor, una osadía muy fuera de lo razonable. Quisiera ser nada más que un hombre, Dominica y obligarte a amar.

Se recostó contra el respaldo del taxi. Cerró los ojos. ¿Podría obligarla? Se imaginó a Antonio como un extraño. No siendo su marido. ¿Le amaría? Era imposible contestar a la pregunta. ¿Qué le atrajo de Antonio? Un impulso irrazonado la había hecho enamorarse de aquel muchacho alegre, que derrochaba vida. ¿Y ahora? Antonio y ella llevaban el mismo lastre, se parecían demasiado, habían sufrido por las mismas cosas. Necesitaría un hombre nuevo que la sacara de su torpor y con el cual ella se sintiera mujer. No veía al hombre.

No hay

Se detuvo el taxi frente a la verja de la entrada. El tintineo de las llaves al buscar la cerradura le provocó un escalofrío.

Germán le devolvía a ella el sentido de la realidad.

—Estoy triste, Germán.

—Majaderías. ¿No comes? ¿No duermes? ¿No...? Pues, ¿qué más pides a la vida?

—Cuéntame cosas.

Le gustaba hablar con Germán, que le volvía la espalda mientras encalaba las paredes. Germán cantaba a menudo o silbaba. Comprobó que casi todos los hombres que pintaban grandes superficies, tenían voz y oído. Escuchaba cantar a Germán himnos religiosos o himnos de guerra. La vida de Germán. Incluso si algo sentimental cantaba, lo hacía con brío o con devoción.

—Vosotros —dijo interrumpiendo un silbido— ¿qué sabéis de la tristeza? ¿De qué has sufrido?

—Creo que lo sabes bien.

—De acuerdo. Tú y Antonio habéis estado muchos años separados y los años de separación fueron malos, muy malos. Pero no hay razón para seguir pensando en ellos. La realidad es que Antonio ha vuelto y que a su regreso nada había cambiado.

—Nosotros. Nosotros cambiamos. Es nuestro propio cambio el gran creador de acontecimientos.

Germán la miraba. No podía saber que si ella iba allí, a su tienda, a buscarle, era en busca del marido ausente. Tratando de recuperar los años perdidos.

—Os ha ido todo demasiado bien en la vida. ¿Qué hubieras hecho en mi lugar? ¿De haber nacido inoportunamente?

—¡Qué sé yo! Lo que importa es lo de dentro. Y dentro de mí es como si estuviera siempre sola.

—Calla, Dominica.

Pero ella le hablaba aunque él le volviera la espalda, hiciera ver que no la escuchaba y se pusiera nuevamente a silbar.

—No contigo, Germán. Deja. Te parece tremendo, terrible que también el amor pueda terminarse igual que las guerras o el cautiverio. ¿No es eso, Germán? ¿No es eso cuanto pretendes al decirme: calla? Deja de silbar. Deja que te cuente. Tú puedes ayudarme.

El rostro de Germán permanecía cerrado.

—Mujer. Yo creo que entre dos personas normales... Los hombres se parecen todos, con pocas diferencias. Las mujeres también sois casi todas iguales.

—No. Vuelvo a repetirte que no es lo de fuera.

—Te comprendería si Antonio hubiera sido gravemente herido. He visto cosas monstruosas, Dominica. Hombres que habían perdido media cara y a los que incluso nosotros no podíamos contemplar sin horror. Hombres cuyos pies se fueron un día tras las botas y quedaron con dos muñones al final de las piernas. Hombres

destrozados por el frío, privados de narices, orejas; caras chatas y redondas como garbanzos. Entonces también comprendería. Pero Antonio ha regresado ileso. ¿Qué más quieres?

—No lo sé. Tal vez aquello invisible también se puede perder, mutilarse. Acaso dentro de nosotros existan monstruosidades invisibles para nuestros humanos ojos. Y perceptibles a través de nuestros sentimientos. Él o yo hemos sufrido una mutilación atroz. No sé cuál, ni sé cuál de los dos está más destrozado. Te aseguro que no sólo los cuerpos pueden transformarse. Nuestro yo interno, ese yo que permite a dos criaturas reconocerse en un breve encuentro, ese yo puede alterarse de tal modo que nos inspire horror.

—¿Te gustaría pintar?

Le vio bajar de la escalera, escoger unos pinceles. La miraba.

—Pues pinta. Pinta, mujer. Eso te distraerá.

—Te ayudaré, pero no me rechaces. Deja que te pregunte. Cuéntame.

—Me das miedo. Yo... Mira, a veces, le daba a Antonio por hablar. Y cuando hablaba de su segunda piel, de aquella invisible piel que llevaba hecha trizas, llena de costurones, de la invisible piel que sangraba y que no tenía para todos el mismo espesor..., creía siempre que Antonio tenía fiebre.

—No. Estaba diciendo la verdad.

—Pues hay cosas que no deben decirse. Son peligrosas.

No hay

—La pintura de las maderas será verde. ¿Qué tal te parecen las ventanas de color verde, Dominica?

—Bien.

Pintó con él toda la tarde. Al final merendaron. Tenían los dos mucha hambre. Germán le hablaba de Juana, la chica del Metro. Le enseñó su fotografía. Una mujer joven, rolliza, con cara ingenua.

—¿Crees que me irá bien?

Hasta llegó a reír. «Sí. Claro.»

Cuando salió de la tienda le pidió permiso para volver. ¡Permiso! Tenía miedo de cansar al amigo, de ser pesada. Y sentía la necesidad de volver a la tienda, de ayudar a Germán y de sacarle poco a poco la verdad de la ausencia.

Antes (antes era siempre el tiempo anterior al regreso de Antonio) solía pasear sin rumbo dos o más horas cada mañana. Ahora, después de unas semanas de interrupción, volvía a sus largos paseos. Sentíase cansada. Iba distraída. Amigos y conocidos le habían dicho repetidas veces que pasaba al lado de la gente sin verla. Era cierto. No pensaba en la gente ni podía tampoco precisar en qué iba pensando. Algo le carcomía el cerebro, pues tenía momentos de completa oscuridad. Un tremendo cansancio de todo. Tan extraño, que no se atrevía a decirlo a nadie. Un

agotamiento que se traducían en el completo olvido de cuanto intentaba hacer. Marcaba un número en el teléfono y cuando le contestaban no recordaba a quién había llamado. «Diga. Diga.» Y ella miraba al aparato, como si de allí saliera una broma pesada y peligrosa. No recordaba a quién había llamado y esperaba reconocer la voz. Una voz reconocible y amiga que le sacara de su angustia. «Diga. Diga...» Al fin, muchas veces tras algún impropio le colgaban el teléfono y ella se quedaba con sus dudas. Subía al cuarto, se pasaba agua por la cara, se tendía en la cama, cerraba los ojos. «Estoy enferma.» Al cabo de un rato recordaba perfectamente, volvía a llamar. Respiraba tranquila.

Al final de uno de sus largos paseos se sintió verdaderamente agotada. Tuvo miedo. Hacía un calor espantoso o ella lo tenía. Entró en una iglesia. No podía rezar. Se quedó quieta en la silla, con la cabeza entre las manos. Transcurrió un buen rato. Un cura la encontró allí, sola, llorando. El buen hombre la condujo a la sacristía y le preguntó si estaba enferma.

—No. Nada. Nada, padre.

—A estas horas...

¿Qué hora sería?

—¿Qué hora es, padre?

—Cerca de las dos.

Debía apresurarse y no podía malgastar su tiempo con explicaciones. Hubiera sido muy largo decirle: «Me encontraba mal. Estoy cansada y aquí hallé frescor y oscuridad. En la calle hace mucho sol. He salido esta mañana de casa para un recado. Pero ya no recuerdo qué recado era».

—¿Desea confesarse? —inquiría el cura.

—Quisiera volver a casa.

El padre parecía extrañado.

—Padre, por favor mande a buscar un taxi y diga que me lleven a...

Dijo la dirección, Por un momento creyó no poder acertar el número de la calle.

—No me encuentro muy bien.

El cura la ayudó a subir al taxi y allí volvió a llorar. El taxista se empeñó en consolarla. «Vamos, mujer, una chica tan guapa... Ya se le pasará. ¿Un hombre, no? Somos unos pedazos de brutos.»

Cuando se halló ante la verja de la casa de piedra sintió una alegría estúpida. Creyó por un momento que nunca más la encontraría. Salía de su torpeza y las manos le temblaban de contento. Se le desparramaron algunos billetes al pagar. Tomó un puñado y se los dio al taxista. Tenía verdaderas ganas de entrar en la casa y cuando lo hizo su andar era zigzagueante, inseguro. Se daba prisa para llegar sin retraso a la comida. Faltaban diez minutos. Antes de subir a su piso se dirigió a la biblioteca. Abrió el armario de las bebidas y vertió coñac en una de las copas. Odiaba el gusto

del coñac y al beberlo sintió náuseas. Cerró los ojos, aguantándose el estómago. A sus espaldas sonó una voz.

—¿Estás mala?

—Es el calor. Me encontré mal en la calle. No sé qué tengo.

Y los ojos de Enrique reflejaron ironía. Como si él supiera o supusiera. Era la mirada de todos, aquellos días, cuando ella aparecía pálida, o inapetente, o distraída.

Todos pensaban en lo mismo; en aquel hijo que no había nacido antes. Sintió una rabia atroz por el cuñado joven y se alejó de la biblioteca. Mientras subía la escalera le echó una mirada. Enrique permanecía quieto, con la pregunta de todos los de la casa. Todos pendientes de su cuerpo. Se desnudó y abrió el grifo de la ducha. El agua, blanda y fría, la envolvía toda.

No siempre era desesperación. A veces eran unas incontenibles ganas de reír, de divertirse. Una locura alegre. No por cualquier cosa, no. Por frases, por sucesos en donde ella veía algo y los otros ni se fijaban. Ella y Mercedes Silva iban a menudo de compras. La calle de Pelayo estaba, como siempre, llena de una muchedumbre alegre, vivaz. Un chiquillo salió de un comercio con dos inmensos globos. Era plena tarde, con su atiborramiento de turistas, compradores, vagos... Hacía calor y ciertos rostros llevaban las señales inconfundibles de los primeros baños de sol. Debía de ser un teutón; alemán, suizo, o lo que fuera. El ancho cogote denotaba a la legua la raza. Uno de los globos le dio contra la cara y estalló al contacto del pitillo encendido. Fue un breve instante y un ruido humilde perdido entre los mil ruidos de la calle. Lo suficiente, empero, para que ella viera la cara absurda del hombre del pitillo y la desesperación del niño. Le entraron ganas de reír. No podía remediarlo.

—¿Qué te pasa, Dominica?

El chiquillo y el llanto ya estaban lejos. Lejos también el turista con su rostro asombrado. Y Mercedes indagaba:

—¿De qué te ríes?

Ella seguía riendo y decía: «Nada. Nada». Era imposible explicar la instantánea recogida por su retina. Imposible detener su risa. Incluso Mercedes llegó a molestarse.

—¡Domi! Estás muy nerviosa. Creo te sería muy conveniente adelantar el verano. ¿No será que...?

No era nada. En aquel instante sentía la necesidad de reír y acaso más tarde sintiera la tremenda necesidad del llanto. Peor para los otros si continuaban igual, como si nada hubiera sucedido. Ella tenía los nervios a flor de piel y bastaba un globo que estallara para que la risa (tanto tiempo olvidada) fuera irresistible.

Horas más tarde, durante la cena, Enrique Rogers dijo como si fuera algo grave:

—Habré de tomar una determinación.

Tan distraída estaba, que no era capaz de adivinar a qué determinación se refería.

El padre evitaba en la mesa las confidencias y las discusiones. Más en aquellos días, en que los exámenes de Enrique estaban al caer.

—Tendré que desprenderme de la paloma.

El padre lo decía, lo estaba contando, y ella escuchaba al fin. La paloma en cuestión apenas había puesto los huevos los abandonaba. No tenía mucha importancia, pues el macho ocupaba su sitio. Pero eso no era todo. La paloma empezaba a coquetear con el resto del palomar y los machos iban tras ella. Las otras palomas dejaban también sus quehaceres y en el palomar no había pareja que quisiera cuidar de las puestas. La vieja paloma, enloquecida, provocaba a todos, y no habían nacido pichones en dos meses. Morían en el huevo por falta de incubación.

—¡Mátala! —exclamó Enrique.

Antonio soltó una carcajada, mientras Mercedes decía que las palomas lo ponían todo perdido y que lo mejor sería suprimir el palomar.

Ella sintió una invencible compasión por la paloma. Algo debía de sucederle. Era fina y alegre. Durante mucho tiempo fue la mejor del palomar.

—Lo siento —dijo el padre—. Es la más bonita que hemos tenido.

Ella estaba llorando.

Era inútil alegar sus razones. Tal vez no lloraba por la paloma. No se dio cuenta de que lloraba hasta que el padre dijo: «Lo siento, Domi. La regalaré viva a las monjas». Ni aun con esa promesa podía contener la absurda emoción.

Continuó la cena en silencio y luego ella subió al cuarto. Antonio y los demás se quedaron en la biblioteca, con el padre. Al cabo de un rato subió Mercedes y le preguntó cómo se encontraba. «Bien.» Se encontraba bien. Era como lo de los globos. Una rápida imagen que había cruzado por su mente. «La paloma muerta por traer revuelto el palomar.»

—Hija, me tienes muy preocupada.

Le hablaba Mercedes. Y le pasaba la mano por los cabellos. Ella se notaba tranquila ya. Se reía incluso con la madre hablando de la paloma coqueta.

—No sé, criatura. Lo mejor sería que tuvieras un hijo. ¿No te gustaría un pequeño, Domi?

—No sé.

No le gustaría. Ni tampoco a Antonio. Antonio ya no quería nada de ella. Ni Antonio ni ella deseaban hijos.

Desde la noche en que Antonio le dijo que no quería nada de ella, sintió una gran paz en su cuerpo al mismo tiempo que una extraña inquietud de conciencia. Cuando Antonio salía después de cenar para reunirse con Germán o con los otros amigos, ella reanudaba sus costumbres de antes. Tomaba un libro y se sentaba en los sillones de la biblioteca haciendo compañía a los padres. Leía o charlaba con ellos hasta la hora de acostarse. Las lecturas de aquellos últimos años habían constituido para ella un

mundo aparte donde a poco se había afirmado su personalidad. El consuelo que no encontró en la gente, lo halló en los libros. Y la serenidad. Leía hasta la hora de acostarse. Leía aun en la cama pues le costaba dormirse. Se dormía al fin. Antonio regresaba tarde y no la despertaba. Aunque ella le oyera, hacía ver que dormía.

Así algún tiempo. Hasta darse cuenta de que Antonio casi no hablaba con ella; parecía cansado, taciturno, no compartía su relativa paz, se mostraba irritable.

Llevaba unos días de zozobra. El sueño huía de ella. Cuando Antonio entró en la habitación, le preguntó:

—¿No podríamos poner un poco, nada más que un poco, de nuestra parte? ¿No crees, Antonio, que estamos dramatizando una situación bastante corriente?

No parecía aquél el momento más apropiado para discutir. Antonio iba y venía por la habitación, quitándose prendas de encima. En mangas de camisa, sus palabras todavía podían encontrar un eco. La dejó con la palabra en la boca y pasó al vestidor. Intuía que él no deseaba hablar de cosas trascendentales mientras se despojaba de sus últimas prendas. Cuando regresó lo atrajo a ella.

—Ven, Antonio.

—Ésta no es hora. Tenemos todo el día para discutir y no nos decimos nada. Ahora, a las tres de la madrugada, quieres aclarar lo que para mí está diáfano. No olvides que a las nueve estoy en el despacho.

—Durante el día no me hablas. Yo no estoy enfadada contigo. Deseo que me hables; ser tu amiga. Tu mejor amiga.

Le oyó suspirar. Acaso de impaciencia. Ella quería decirle: «Lo comprendo todo. Lo único que pido es no estar obligada a fingir. Eso, a mi juicio, es una indecencia. O tal vez yo no sea lo bastante inteligente para saber cuándo el fingimiento es más meritorio que la verdad».

—No hables de amistad, Domi. No estamos en igual situación. Eres mi enemiga. Y al mismo tiempo...

No hay

—... no puedo dejar de sentir hacia ti lo que siento. Yo te amo, Domi. Como nunca te deseé, te deseo.

No hay

—Y quizá llegue el día en que te odie. Pero no puedo sentir conforme tú sientes. Tú no me odiarás nunca por la sencilla razón de que no me amas. No puedes...

No hay

—... sufrir con mi medida. Sé lo que piensas. Quieres hacerme el regalo de tu persona y yo no quiero eso.

Trató de taponarle la boca con las manos. Antonio se las tomó entre las suyas. Replicó ella dentro de sí:

No hay

—Otros hombres se contentarían con ese don. Yo no estaría contento. He pensado demasiado. Mira, Dominica; el campo de concentración comporta dos únicas alternativas: destrucción o afirmación.

No hay

—Cuando me hicieron prisionero, tenía una vaga idea de mí. Vivía, actuaba. Siempre fui hombre de acción. Allí empecé a pensar. Fue algo así como si todo lo visto o aprendido por mí, o incluso por los míos, adquiriera valores nuevos. Y la larga memoria del pasado se hizo presente y comprensible. Y ahora...

No hay

—... sé quien soy. Y me asustó. Sé lo que quiero y por qué lo quiero. No hay nebulosa dentro de mí. Es absurdo que tú puedas llegar a hacerme sufrir, cuando el sufrimiento me pareció haber rebasado los límites de lo humano y posible.

No hay

—Y cuando pienso en ti, destruyo tu imagen aunándola a todos los millones de seres que todavía esperan, fueron mis camaradas, mis hermanos. Si ellos supieran que estoy sufriendo porque una mujer ha dejado de amarme..., se reirían de mí. Es una inmensa vanidad creer que puedes contentarme con tu cuerpo. No quiero la concesión acompañada del perceptible espanto... Quiero esto, ¿sabes? Esto...

Con las dos manos le abarcaba la cabeza. Y los ojos de Antonio penetraban en los suyos. Y tuvo miedo, pues parecían los ojos de un loco. Dejó de mirarle y la boca del marido se apoderó de la suya. La insultaba. Ella se debatía. Trataba de separarle de sí. Trataba, pero las manos la sostenían contra él. Y él seguía hablando, contándole mil detalles de todas las mujeres que había poseído. Era otro hombre grosero, violento, odioso. Se lo dijo:

—Te odio. Te detesto. No eres más que un bruto. Un soldadote con permiso.

Antonio se le reía. Seguía hablando:

—Ahora somos los dos iguales. ¿Te das cuenta? Dos desconocidos violentos. Dos personas que acaban de encontrarse y pueden revolcarse juntas sin amor, sin otra razón que sus ademanes...

Cuando pudo librarse de él, corrió escaleras abajo. Entró en el cuarto de soltera, el de Anita. Se encerró con llave y sobre la cama, con la ventana abierta, empapada de sudor, gritó las palabras de Antonio hasta quedarse rendida.

Cuando al día siguiente subió otra vez a la habitación y lo encontró a punto de salir, se sintió culpable. Supo que debía hablarle la primera.

—Fue culpa mía. Te ruego me perdones.

Antonio parecía no haber dormido. Tenía la cara afilada y los ojos secos. Al querer tomarle la mano, él se resistió. Sintió por el hombre una inmensa tristeza. Le pasó las manos por los cabellos —¡cuántas canas tenía!—, por las mejillas.

—No nos hagamos daño, Antonio.



La abrazó hundiendo su pobre rostro en el hueco del cuello.

Sentía su cuerpo temblar contra el suyo y se lo imaginó allá lejos, vestido de andrajos, hambriento, acobardado, humillado como un perro. Pero seguro de sí mismo. Desde el momento que ella le estaba amando, pensando en él, dentro de él no cabía la humillación. Era el suyo un sufrimiento externo, una humillación externa. Todo porque ella, Dominica, a miles de kilómetros, le esperaba y seguía amándole. Y todo lo había hundido por un instante de obcecación. Era más meritorio fingir. Había sido una imbécil diciendo la verdad. La verdad no debía ser utilizada sin tino desde el momento en que en la mentira también había sacrificio, grandeza. Sería difícil, pero debía borrar sus palabras. Hacérselas olvidar. Mostrarle poco a poco que el obstáculo no existía. «Todo es como antes, Antonio.» Aunque para ello hubiera de cerrar los puños y sofocar sus gritos. Aprendería a sonreír. Olvidaría su aspereza y diría las palabras que todo hombre esperaba. Se habituaba a fingir. Iría acostumbrándose como esas mujeres que del fingimiento hacen un culto y se las llama inteligentes, virtuosas. También ella.

Le dijo:

—Me gustaría estar sola contigo durante el veraneo. Deja que los tuyos vayan donde sea. Tú y yo iremos a Palafrugell. No tienes idea de cómo está la costa estos últimos años. Y la casa la he conservado. ¿No te gustaría volver?

—Ya hablaremos, Domi. Creo que sería una buena idea. Te agradezco que me hayas hablado. ¡Me siento tan bruto, tan sumamente torpe y culpable!

En casa decía: «He ido a ver a Germán. Esta tarde he pasado por la tienda de Germán». Pero nada más. Allí no sentía angustia ni perdía la memoria. Allí tenía conciencia de la realidad, hablaba con Germán y le preguntaba. Guardaba todos los recortes de periódicos referentes a los prisioneros. Los reportajes, las imágenes que unos y otros habían dado y que tanto se parecían a las que años atrás se vieran de los campos de Alemania. Nombres ya olvidados volvían a tener importancia de presente: Dachau, Buchenwald, Belsen, Auschwitz. Y la obsesionaban. Anteriormente, las imágenes y los hombres no significaban gran cosa para ella. Y sin embargo, Antonio sufría en otros lugares semejantes. Pero no en éstos. Y siempre le quedaba la tenue voluntad de imaginar que no era así. También la duda. Cuando vio las fotografías de los campos alemanes, pensó que Antonio estaba muerto. Y aunque no lo dijo, prefirió no pensar en él de una forma concreta. Antonio estaba lejos. Todas las fotografías de esos campos que despertaron con horror la conciencia de cualquier ser civilizado, también eran lejanas. Cosas que no sucedían a alguien que uno pudiera conocer. Lugares destinados únicamente a desconocidos. Pero ahora, ya no era así. Las imágenes se concentraban y todos los rostros se parecían al de Antonio. Guardaba todo y preguntaba:

—¿Es verdad, Germán? ¿Así estabais?

Siempre parecía o se hacía el distraído.

—Ya pasó, mujer. No fuimos los únicos y piensa que todavía quedan millones.

Eso era precisamente lo espantoso. Que todavía quedaran millones. Que mientras quedaran millones, hubiera el otro mundo, el de ella, el de las mujeres como ella, que pudiera rebelarse contra el que volvió.

—Dime, Germán. ¿Así estabais?

Él se sentaba en uno de los peldaños de la escalera y eso la ponía fuera de quicio.

—¡Baja de ahí! Te estoy preguntando cosas serias y me haces el efecto de un loro colgado de su percha.

—Y yo no quiero bajar. No puedo decirte cómo era aquello. No bastan los ojos. Si bastaran sabrías tanto como yo. Así... poco más o menos. Sin el olor nauseabundo peculiar del hacinamiento. ¿Sabes que el hombre huele peor que la fiera? Así, sin el habla ruda, la malicia, el crimen inevitable, el miedo, la suspicacia, la traición las mil suciedades físicas o morales, los calambres en el estómago...

—¿Teníais mucha hambre, Germán?

—El hambre que ha dejado de ser apetencia para convertirse en defensa. Apetencia de cuanto pudiera significar subsistencia. El hambre honda cuyos jugos gástricos parecen haber huido del paladar para alojarse en el vientre. Un vientre ciego mendigando cualquier cuerpo. Algo que cayera dentro del hambre honda para calmarla a cualquier precio o de cualquier modo.

—Pero, ¿cómo pudo Antonio...?

No prosiguió. Quedó suspensa. Llena de náusea. Antonio, habituado al refinado trato de la casa de San Gervasio. Antonio, comiendo, deseando, avariento de inmundicias...

—También Antonio. Y nos disputábamos. Y defendíamos nuestros puercos bienes. De ello dependía nuestra existencia.

—¿Y no deseasteis la muerte? ¿No es mil veces preferible la muerte?

—Lo era. Y precisamente por eso luchábamos. Una rebeldía contra cuanto nos rodeaba. Los hombres-guardianes, las alambradas, los kilómetros, las fronteras. Todo quedaba anulado ante nuestra íntima rebeldía. El hambre era una de tantas cosas, Dominica.

Repitió: «Una de tantas cosas». Luego preguntó:

—¿Y tú no tienes otra cosa que hacer que venir todas las tardes a ayudarme? Una mujer como tú... ¿Sabe Antonio que vienes cada tarde?

—No lo he negado.

—Soy su amigo. No os comprendo. Una mujer como tú debe de tener mil cosas divertidas todas las tardes.

Se puso a silbar.

Silbaba siempre que hacía falta. Ella se calló. Le hubiera dicho: «¿Qué entiendes

por diversión, amigo? ¿Pasar la tarde jugando a la canasta? No me gustan las cartas y siempre pierdo. ¿Salir con las amigas, merendar y hablar mal de los ausentes? Prefiero quedarme en casa. ¿Ocuparme en obras benéficas? Doy limosnas abundantes, pero no me gusta el apostolado. No pretendo ser virtuosa. No tengo hijos. Podría haber tenido amantes. Sé de mujeres que tienen amantes y hacen de ellos el eje o móvil de sus vidas. El día que pasan dos horas con ellos, viven en el presente. El día que no los ven, es de congoja o preparación. No puedo decirte qué hubiera sido de mí de haber tenido amantes. Creo que tampoco me hubiera bastado. No es eso, Germán. No es eso. Es mucho más. Lo tuve y lo he perdido. Lo tuve todo. No era una tarde, ni una fama, ni un hombre. Era yo misma, que me bastaba. Es dentro de mí donde todo falta. Por eso vengo. En estos momentos, te necesito. Quiero saber, amigo».

Los marcos verdes de las puertas y de las ventanas ofrecían un luminoso contraste con los muros.

—¿Háblame de Juana! ¿Qué te dice de la tienda?

—No le he dicho nada todavía. Quiero darle la sorpresa. Ella cree que soy... No sabe en qué me ocupo. Cuando abra el local, lo sabrá todo.

—¿Cuándo lo inauguras?

—La noche de San Juan.

—La noche de San Juan en Barcelona la gente se echa a la calle. Tendrás que ir con ella a ver tantas cosas.

—Iremos el año que viene. Este año inauguraré la tienda. Luego siguió refiriéndose a Juana:

—Me gustaría hablar con ella de todo lo pasado, pero no es preguntona. No se te parece. Y a veces uno tiene necesidad de hablar de lo de antes. Pero Juana me pregunta cosas del momento. «¿Te gusto más con moño o con el pelo suelto?», y yo, aprisa, antes de perder el hilo: «Pelo suelto, Juana, y como te iba diciendo...» Me mira y veo la duda en sus ojos. «Me parece que eres un poco exagerado. ¡Eso de Rusia está tan lejos!» No me quejo, pero es algo mortificante. ¡Haber estado trece años prisionero para que le tomen por embustero a uno!

—Creo que serás feliz con Juana.

Germán volvía a sentarse a medias sobre el peldaño. Su cómico rostro tomaba expresión de ensueño. A veces llevaba cal prendida en las cejas. Su rostro era extraño. Germán tenía cara de payaso alegre.

—Tienes gracia, Germán.

—Bueno, mujer. Más vale así.

Duraron las charlas hasta el día en que Antonio irrumpió en la tienda a media tarde y la encontró a ella vestida con un viejo jersey y unos pantalones de lona azul, pintando los últimos marcos. Fue un segundo antes de que Germán dijera: «¡Hola,

chico! ¿Vienes a buscar a tu mujer?» Un segundo durante el cual ella se sintió casi culpable.

Nunca hasta aquel momento tuvo sensación de culpabilidad. Su conciencia podía haberse vuelto ciega o egoísta. Lo comprendió al ver el rostro de Antonio. Se lo diría luego. Mientras tanto se sintió fuera de lugar, en la tienda del amigo y con aquellas ropas.

Pero Antonio no mostró descontento. Se limitó a preguntar si el trabajo avanzaba, si ella había sido de alguna ayuda y si el local se inauguraría pronto.

Mientras Germán iba contestando, ella se cambió de ropa.

—¿Por qué no continuas? —preguntóle Antonio.

Ella contestó:

—Terminaba por hoy. Falta muy poco y tengo ganas de salir a la calle, de sentarme en una terraza.

Antonio propuso: —Vamos, Germán. Adecéntate un poco y saldremos juntos. También yo he dejado abandonado mi despacho esta tarde. Hay días en que el querido prójimo importa tres pepinos. ¡Hala, debes de sentirte embrutecido con tanta pintura!

Salieron a la calle. Observaba a Antonio y a Germán. Hablaban de las últimas noticias que traían los periódicos. Ella estuvo pendiente de noticias durante años y años. Ahora leía los titulares. Cuando se acordaba. Poco más o menos las noticias eran las mismas de siempre. «El presidente Eisenhower dice que la situación internacional es grave.» «Último intento de Laniel para conjurar la crisis francesa.» «Discurso de Foster Dulles.» «Habla Molotov.» «Detenciones en Buenos Aires.» «El problema de Indochina.» «El caso Kubala, de nuevo en la palestra.» «Una división de la VI flota norteamericana en Barcelona.»

Por las Ramblas se veían algunos marinos y marineros.

Observaba a Antonio y a Germán. Notaba en ellos un placer vivo, intenso, por el solo hecho de salir a la calle. Quizá fuera donde mejor apreciaran la libertad. «Mezclarse con la gente.» Debía de ser para ellos como un gran privilegio. Hablaban prescindiendo de ella. Así debían de hablar cuando estaban solos, cuando Antonio, por las noches, la dejaba y venía a reunirse con Germán.

—Poder ir y venir. Entrar en casa a cualquier hora, hablar con quien uno desea. ¡Y pensar que antes..., quiero decir antes de antes, ¿comprendes?..., no le daba ninguna importancia!

Germán gesticulaba hablando. Antonio sonreía. Dijo:

—Como tantas otras cosas que necesitamos haber perdido para darnos cuenta de su importancia. No has hecho ningún descubrimiento, chico.

—Ya lo sé. Pero quisiera poder decírselo a los demás. Por si acaso. Cuando veo a uno de éstos con cara de aburrimiento, pies a rastras y americana huida en forma de

cola de pato, me entran ganas de cogerle del brazo, sacudirle y gritarle: «¿No te das cuenta de que eres libre?» La calle, hijo, es cuanto más he añorado allá lejos.

No hay

—Y ese hombre te tomaría por loco. Ha estado siempre libre, tal como debe ser. Y no concibe nada fuera de esa libertad.

—Pero ¿no sientes ganas de parar a uno de esos hombres y decírselo?

No hay

Ya Antonio establecía la diferencia.

—Si tuvieras que explicar eso a la gente que pasa... ¿Por qué no hablarles de todo? Además, tú estableces una tajante división entre libertad-calle y cautiverio-campo de concentración. Para ti ser prisionero significa todavía estar cercado de alambradas, tener hambre, frío y suciedad. Tu línea divisoria está trazada con mano infantil. Es visible y determinada. Aquí el pueblo, la explanada, la calle y los hombres libres. Allá el campo, con los prisioneros. ¿No ves que hay muchas escalas en la libertad?

No hay

—Sí. Sí. Pero la primera condición es estar sueltos. Y no me vengas con cuentos. A veces me da rabia hablar contigo. Estoy seguro de que tu mujer me comprende perfectamente.

No tenía ganas de intervenir. Dijo:

—Puedo comprender vuestros distintos puntos de vista. Si al hombre que lleva los pies a rastras y la americana huida en forma de cola de pato, se le dijeran unas cuantas cosas...

—No, Domi. No comprendería. Hay cosas que no tienen explicación posible. Dejando a un lado cuanto encierra ser prisionero... y no digo estar porque el verbo implica ya un significado transitorio..., ser prisionero hoy en día, es ya una condición. Y lo peor de esa condición no es cuanto el hombre de la calle podría vagamente intuir.

No hay

—No sabe que una de las mayores torturas del prisionero —prosiguió Antonio— es la incertidumbre. Porque...

No hay

—... el criminal, el que roba, mata o viola sabe que tiene una condena de tantos años de cárcel. Ante él, los días que pasan son otros tantos días que disminuyen su pena moral y circunstancial. Y el prisionero no tiene esa ayuda. Para él, un día pasado no significa nada. Es un día muerto. El reloj no le ayuda, no mengua su pena. Dominica, lo peor de un prisionero es no saber cuándo será liberado. El hombre que sabe cuándo, espera con fe. El hombre que vive días muertos se desespera. Y...

No hay

—... no quiere morir si de veras es hombre. Hace lo inimaginable para justificar los días muertos. En el fondo, su desesperación implica una esperanza. Si no dudara, no desesperaría. Ya la duda es un inmenso deseo de fe.

Hacía mucho calor y el cansancio le vino de golpe. Antonio y Germán se embobaban ante los escaparates. Las ferreterías tenían, por lo visto, un especial encanto para ellos.

—Herramientas, Antonio. ¡Pensar lo que hubiéramos dado por una herramienta!

Se sentaron en la primera terraza y pidieron unas bebidas. La ferretería había roto la tensión de las últimas palabras de Antonio. Aunque Germán decía:

—Yo siempre creí que llegaría el momento de la liberación.

—Tú eres de esos privilegiados que creen cuanto les conviene.

Hizo un ademán interrumpiendo la protesta del amigo.

—Calla. No te sulfures. Yo fui tu amigo porque necesitaba parte de esa creencia.

Germán meneó la cabeza. Dijo, señalando a Antonio:

—Un aprovechado tu marido.

Llegó el camarero. Vertió las bebidas.

—No hombre, no. También en el campo había escalas... igual que en la calle. Tú eres de los que creían. Yo de los que dudaban. Otros perdieron incluso sus dudas. ¿Recuerdas?

Hubo un corto silencio. Antonio prosiguió:

—Los que perdieron incluso la fe que toda duda implica, no volvieron. Estaban en las mismas condiciones que nosotros, y de ser hombres de la calle irían con los pies a rastras y la americana huida en forma de cola de pato. El prisionero en esas condiciones no sobrevive. Era un lento caminar...

No hay

Aunque Antonio no hubiera terminado la frase, ella la había oído por completo. Podría añadir: «Yo también dudé. Tampoco los días ni las horas me ayudaron. Sí, ya sé que no es lo mismo. Mientras tú aguardabas en el campo, yo lo hacía en tu hermosa casa. Pero acabas de decir que lo peor del prisionero no es el hambre, ni el frío, ni todo cuanto arrastra la condición de no ser libre. Tú has dicho que la peor tortura es el no saber. Y ese sufrimiento fue tan mío como tuyo. Tampoco yo sabía. No sabía de tu vida ni de tu muerte, tampoco sabía el final de tu aventura. Si es cierto que lo peor del cautivo es la duda, la incertidumbre, los de acá hemos sufrido al unísono, lo mismo que vosotros. Quizá vosotros tuvisteis un día, una hora de insospechada alegría. Y la gozasteis. Nosotros cuando esa hora se presentaba y la gozábamos (¿por qué voy a mentir?), luego sentíamos remordimiento. El goce se amargaba al aunarlos a un hipotético presente vuestro».

—Además —continuaba Antonio— recuerda que incluso allá tuvimos algunos buenos momentos. Cuando nos mirábamos hacia dentro éramos tan libres como

cualquier hombre de la calle.

—Ya, ya. Pero prefiero esto.

Rio Germán. Su risa pareció despejar la densidad del ambiente.

—No se trata de ti. Hablo de aquellos a quienes tú querías convertir. Ésos no lo saben. Buscan en lo externo su liberación. No saben mirar dentro de sí mismos.

Trataba de mirar dentro de sí misma. Las palabras de Antonio no la sorprendieron. Fueron exactamente las que estaba esperando. Durante muchos años el mirar dentro de sí misma fue un vago mirar. El turbio ver de sí mismo en la corriente de agua o en el espejo antiguo, velado por el tiempo. Fue la etapa de los internados, cuando se sintió súbitamente vacía de amor hacia los suyos y miró hacia dentro tratando de llenar ese vacío. Tuvo la suerte de encontrar a Antonio. Y mientras duró su felicidad no tuvo que abandonar su mirada. Antonio era su yo. Su razón de ser. Su existencia misma. Todo cuanto hizo o dijo durante los cortos años de Antonio, fue la proyección externa de ella a él. Nunca pensaba en ella. Era él. Su mente y su pensamiento estaban en él. Acaso de haber vivido con Antonio unos cuantos años más aquel estado de entrega total hubiera cesado. Pero no fue así. Recordando casi con vergüenza (vergüenza y envidia: una rara mezcla de vergüenza y desesperación de haber perdido aquel venturoso estado) su total desprendimiento de todo cuanto no fuera Antonio. Aquellos años fueron sus años de mujer. Y como si todo su mundo terminara en su función, ella actuó en escena, ajena a todo cuanto no fuera el juego suscitado alrededor del protagonista. Fueron años de vida y de colapso total en otros aspectos. Colapso total. Años más tarde recorrió con los padres de Antonio ciertas ciudades, capitales conocidas durante el viaje de novios o durante otros viajes. No recordaba casi nada. ¿Dónde había estado mirando mientras recorrió la ciudad? Años más tarde, como en un despertar de conciencia, volvió a verla y le pareció entrevista en sueños. Lo turbio se desvanecía. Hacía frío o calor. El cielo era gris o diáfano. El clima era lluvioso o seco. La ciudad era moderna o antigua. La Naturaleza exuberante o pobre. Todo lo veía ahora porque Antonio ya no estaba a su lado y ella ahondaba y encontraba el contorno definido de las cosas. Todo era por la sencilla razón de que sus ojos sabían ya mirar y antes no era, porque ella había vivido ciega, ajena a todo cuanto no fuera el juego de escena alrededor de dos únicos personajes: él y ella.

Cuando Antonio se fue, pasados los primeros tiempos durante los cuales su pensar en él fue todavía más intenso, llegó el día en que ella tuvo que llenar el hueco dejado por el ausente. Sus lecturas tenían ahora un distinto significado. Libros leídos en sus años de soltera tenían una intención distinta. Aspectos y perfiles impuestos por la vida. Dentro de ella un mundo nuevo y profundo empezó a poblarse con íntimas satisfacciones e íntimas alegrías. Acaso por ese motivo sus amigas no pudieron comprenderla nunca. Las otras mujeres no habían pasado por las mismas pruebas. Después de los años de colapso que toda mujer sufría al amar intensamente, no

habían notado la diferencia y quedaron estancadas. Ella, buscando la paz, encontró nuevas inquietudes. Las prefería a la paz de las otras.

Y ahora... Antonio había regresado. Ya no era el de sus años primeros. Había, existía Antonio y todo lo demás. Tal vez fuera todo lo demás lo que disminuyera la fuerza de Antonio. Pero sin esos otros aspectos, esos otros perfiles, Antonio estaría aún más lejano, muchísimo más perdido. En la certidumbre de su desamor, no habría desesperación. Era un hecho y lo afrontaba serenamente. Hubiera querido que Antonio también supiera aceptarlo. Y eso era imposible por la sencilla razón (él se lo dijo) de que él y ella no estaban en igualdad de condiciones.

Era ella la que debía ceder. Ella la que (a los ojos de todos) no había sufrido, debía ayudar a quien durante años y años no hizo más que luchar contra el sufrimiento. Así lo entendían en la casa de San Gervasio. Mercedes Silva aún trataba a Antonio como se trata al resucitado. El padre estaba pendiente de sus menores deseos o palabras. Ella, en cambio, le había herido en varias ocasiones. Él parecía cansado de todo. De los cuidados de la madre, de las atenciones del padre y de ella, Dominica. Como si cada palabra o ademán evocaran en él algo ignorado por todos. Acaso el recuerdo de los años perdidos, durante los cuales también, y a la fuerza, había creado un mundo interno y distinto y que ahora, al regreso, quedaba dentro de él, indestructible y a la par incompatible con el actual presente.

Volvió a la realidad cuando Germán se despidió de ellos. Estaba absorta en sus pensamientos y Antonio hubo de tirarle del brazo.

—¡Domi! Ya es tarde. Germán se está despidiendo de ti.

«¡Ah, sí!» Le tendió la mano. Balbució unas frases referentes a la pintura de la tienda y le recordó a Juana.

Luego, ella y Antonio tomaron un taxi para regresar a San Gervasio.

—¿No te has enfadado, Antonio?

Nunca tuvo necesidad de precisar.

—No —y añadió—: Pero me extrañas. Me desconciertas. Es como si no te conociera del todo. No sé qué placer encuentras en la compañía de un hombre como Germán. ¿Qué buscas?

No le dijo la verdad, sino algo verosímil. No le dijo: «En la tienda de Germán experimento sensación de realidad, de presente». Dijo:

—Quisiera saber la verdad a través de Germán. Porque tú, Antonio, no me la dirás nunca.

—¿Qué verdad, Dominica?

—La de allí. Necesito saberla. Tengo derecho a saberla. Tú no hablas nunca de ella.

—¿Para qué...?

Bajaron a la puerta de la casa. Era el mes de junio y al atardecer la humedad



enterneceía el aroma de los jazmines volviéndole denso. Mil insectos nocturnos revoloteaban alrededor de las luces de la entrada y al acecho, del mismo color que las piedras, dos salamandras pegadas al muro espiaban para lanzar su lengua contra alguna infortunada mariposa. Se quedaron un momento contemplando el juego de los animales. Había sido siempre una distracción. Dijo Antonio sin mirarla, haciendo ver que salamandras e insectos tenían en aquel preciso momento mucha más importancia que sus palabras.

—No hay verdad, Domi. Tú puedes informarte, leer, guardar fotografías y recortes de periódicos...

—Lo hice. Lo hago. No puedo contentarme con eso.

—Lo otro es menester sentirlo en los huesos. Porque...

No hay

—... es cuanto no puede retener el objetivo o los humanos ojos.

—Lo de dentro.

—No tendrás ningún consuelo sabiendo la verdad. No alcanzarás nunca la verdad. Aunque todos esos hombres parecen la repetición del mismo, yo te aseguro...

No hay

—... que Germán no podrá decirte nada más que lo suyo o cuanto vio. Nada más. Y hoy en día, el recuerdo ya está deformado. Ni yo mismo podría decirte la verdad.

Ella gritó:

—¿Por qué no? Di que no quieres, y entonces podré comprenderte.

—Hoy en día no soy el que fui. Durante aquellos años tuvimos dos únicos y grandes problemas: sobrevivir y ser libres.

No hay

—Dos cosas, Domi, tan fundamentales que no debe extrañarte que, una vez alcanzadas, el que vuelve de esos límites se encuentre vacío. Como si...

No hay

—... le sobran fuerzas o como si nada fuera proporcionado a su medida.

No hay

—Y al regresar, el prisionero comprende que la existencia unida a la libertad se combinan para atar al hombre con mil sutiles hilillos, mezquinos... y fuertes.

No hay

—El hombre, cuando está lejos, crece demasiado aprisa y cuando despierta...

Interrumpió ella:

—Has de sentirte enteramente libre, Antonio.

—Libre como cualquier ser civilizado.

Es decir, con libertad supeditada. Aunque rompieran con todo, aunque quisieran los dos empezar de nuevo, existiría siempre el recuerdo. En él y ella. Le dijo:

—Germán me da la sensación de hallarse enteramente libre. Él no tenía nada ni

nadie, y podrá empezar una vida enteramente nueva. Quizá sea eso lo que busco en Germán. La falta de relación entre lo presente y lo pasado, sin renunciar al pasado.

—Tampoco Germán puede con la libertad. Lo primero que ha hecho es comprarse una tienda y pensar en casarse. Por lógica tendría que haber vivido unos cuantos meses de borrachera.

Pensó en Germán. Lo vio rascando las paredes, limpiándolas y encalándolas al compás de sus silbidos. Sus conversaciones sobre Juana, la chica del Metro.

No hay

Antonio hizo un gesto de aceptación.

Faltaban pocos minutos para la cena y estaban sentados en los sillones del jardín de atrás. Las luces eléctricas hacían resaltar el verde de los árboles. Las anchas hojas de los lotos se bañaban al filo del agua. Sentía una gran lasitud. Discutía el padre, mientras Mercedes se quejaba del programa de estudios correspondientes a la época actual.

—Parece como si los catedráticos quisieran matar a fuerza de ciencia a nuestros hijos...

¡Cuánto amaba el suave croar de las ranas! ¿Por qué no se callaban de una vez los de la casa? Enrique estaba a su lado y sintió pena por él. El padre y la madre le hacían uno de esos sermones inacabables. «Y son los dos buenos, perfectos.» Lo que le impedía a ella darse la razón.

—Si me suspenden ahora, me presentaré en septiembre. Y si en septiembre vuelven a suspenderme, dejo la carrera.

Continuaba la discusión entre el pequeño, el abogado y Mercedes Silva. Ella se mantenía siempre al margen de esa clase de conversaciones. Ahora la agobiaban más que nunca. La carrera, los estudios de Enrique no le concernían. Pero sentía hacia él un poco de piedad. Acaso el pequeño, como ella, deseara silencio. Las voces de los padres seguían insistentes, ajenas a su angustia, ajenas incluso al propio Enrique.

—¿Dejar la carrera? ¿Estás loco? Otros se presentan tres y cuatro años al ingreso. Una vez aprobado, todo resulta mucho más fácil.

Le ayudó siempre que pudo. «Mira, Enrique.» Le retocaba los dibujos. Enrique no parecía ver diferencia ostensible entre lo que él había hecho y lo retocado por ella. «Mal asunto para un futuro ingeniero, Enrique.» Y él: «¿Qué quieres? Los Silva tienen fábricas de sábanas y a mí me toca ser ingeniero». Como una fatalidad. «¿Qué te gustaría ser? A tu edad ya es hora de tener una inclinación. Dila.» Enrique, como ahora, con los codos sobre la mesa, tenía la cabeza entre las manos tapándose los oídos. También ella hubiera deseado no escuchar, no oír. Estaba harta de esas pequeñas discusiones familiares que en el fondo nada tenían que ver con el propio problema.

Las ramas del abeto apenas se movían. Eran como grandes abanicos oscuros,

estremeciéndose en la noche.

—Si me suspenden en septiembre, dejo la carrera e iré a Venezuela... o al Brasil.

Y las voces de los padres arrancándose la palabra:

—¿Allí?

—¿Qué puede hacer un chico de tu edad?

—Te morirías.

—¡Cuántos muchachos desearían tener tu certidumbre!

—Tendrás un porvenir al día siguiente de haber terminado la carrera.

—Así se van al cuerno las grandes familias.

—Calla. Calla.

Se hizo un silencio tirante. La frase de Enrique le había despertado. «Nosotros tenemos aire en los huesos, como los pájaros.» Sintió el deseo de evadirse. Esa inquietud de los suyos que habían nacido cara al mar, volvía a atormentarle. Era la invencible atracción.

—¿Qué te parece, Domi?

Le estaban preguntando su parecer. Veía un barco y el sonido de las sirenas dejando o pidiendo tierra. Dijo:

—Si ha de marcharse, está en la mejor edad.

Ahora se volvían contra ella. Mercedes la interpeló escandalizada.

—¿Cómo puedes sugerir una cosa semejante?

—No sé. No veo nada malo en ello. Enrique tendrá veinte años en septiembre. Es una buena edad. «De cuando en cuando surge alguien así.» —Y remedando el pensamiento de Mercedes: «En las mejores familias».

Ella no podría evadirse. Continuaba la conversación y deseó levantarse, dejarlos, encerrarse en su cuarto. Nunca podría evadirse porque dentro de ella había una larga memoria que la perseguiría siempre. Dondequiera que fuere, encontraría desasosiego, inquietud. Antonio llegaba. La estaba llamando. Se levantó y fue hacia él.

No se atrevía a volver a la tienda de Germán. Las tardes pasadas allí, las conversaciones con el amigo, la habían ayudado de tal modo que nunca se reprochó el silencio mantenido sobre esas visitas. Ahora tomarían el aspecto de tácito engaño. Y no deseaba engañar.

Ante ella, las tardes se volvían monstruosamente largas. Trataba de razonar y decirse: «Antes... ¿qué hacía antes?» Antes era un tiempo que ella había empleado en aguardar. Durante ese tiempo su vida se repartió entre los de casa. Mercedes Silva la requería a menudo. También el padre. A veces, Enrique. Ahora todos vivían pendientes de Antonio y era como si ella se hubiera quedado repentinamente sola.

Las tardes pasadas con Germán habían sido un paréntesis a esa soledad. Le contó la primera noche que le habló de ella, fue una noche de fiebre.

—¿Te hablaba de mí, Germán?

—Hacía un frío de lobos y tu marido abrasaba.

Aquella noche pudo haberse muerto. Seguramente el deseo de volver a ella le ayudó, le retuvo.

—¿Pasasteis mucho frío, Germán?

El poder de ciertas definiciones en boca de Germán. La hondura del hambre. El valor del frío.

—Era el frío del perro flaco. ¿No has visto en la calle esos perros enfermos que siempre están temblando? Teníamos frío dentro de los propios huesos. No tanto por el rigor de la temperatura, con ser grande, sino por hacernos el efecto de llevar los huesos a la intemperie. Es el frío del pobre, del que tiene la sangre más pálida de lo conveniente. Aunque hubiéramos tenido con qué cubrirnos, el frío estaba dentro de nosotros. Emanaba ya de nosotros. Llegó a ser nuestro compañero. Quizá lo que nos hermanaba. Buscábamos el calor de los cuerpos juntándonos. Prescindíamos del espacio sacrificándolo al poco de calor hallado en otro cuerpo. No puede describirse el frío, Dominica. Casi siempre lo imaginamos como una sensación externa. Decimos hace frío. El aire es frío... Allí no dependía únicamente de los grados marcados por el termómetro. Allí hacía frío dentro de nosotros. La noche en que Antonio me habló de ti, yo estaba tendido a su lado. Temí por él, pues su cuerpo me traspasaba calor. Era como si su sangre fluyera de nuevo. Me habló de ti...

Le hubiera escuchado horas y horas.

No podía quedarse en casa y se buscaba pretextos. Compras para salir de allí. Cuando estaba fuera, deseaba regresar otra vez. Vagabundeaba, pasaba a última hora por el despacho de Antonio y charlaba con él. El padre, si estaba, los dejaba solos. Él y ella salían, se sentaban en una terraza, se encontraban a veces con los amigos, cenaban con ellos.

Y alguna que otra tarde, Antonio tampoco podía atenderla. Trabajaba con nuevo ímpetu y parecía contento, absorto con el trabajo. Regresaba a casa muy de noche.

Aquellas tardes sin fin del mes de junio, le parecían las más largas de su vida.

«Porque no puedo volver a la tienda de Germán, a pintar puertas y ventanas en una futura casa de comidas...» Ella misma no se explicaba cómo había llegado a eso. Era estúpido. Y había sido estúpidamente sencillo. La cosa fue así. Germán le preguntó si le gustaría pintar y ella asintió. En aquellos momentos sentía la necesidad de ser útil a alguien. También ayudaba al padre cuando éste le requería para recoger las flores del estanque. Y si Florencio no podía, ella también sabía cuidar el palomar. Hacía todas esas cosas antes del regreso de Antonio. Con el regreso de Antonio todo había cambiado. Nadie la necesitaba y ella había ido en busca de Germán. Allí cogió los pinceles y empezó a pintar las maderas.

Y ni por un momento se le ocurrió pensar en qué diría la gente. Pero la gente era algo que por lo visto existía y por quien uno hacía o dejaba de hacer muchas cosas.

¿Qué pensaba la gente? ¿Por qué pensaba la gente? ¿A santo de qué se prescindía de hacer esto o lo otro por esa vaga definición de gente?

En cuanto cedía el primer calor de la tarde se arreglaba y salía.

—¿Vas a Barcelona?

Siempre las frases de los Rogers venían de lejos.

—Sí.

—Te acompaño. ¿Tienes prisa?

—Ninguna.

Al contrario, el tiempo cedía ante ella flojo e inconsistente. Algo viejo y usado, sin medida ni contorno. Casi siempre, por no tener prisa, llegaba tarde a todos los sitios.

—No tengo ninguna prisa —repitió.

—Yo sí. Tomaremos un taxi. Te dejaré donde tú me digas.

Salieron de la casa ella y Enrique. Le diría que la dejara en cualquier sitio. Recorrieron el corto trayecto que los separaba del Paseo de San Gervasio. Por el camino Enrique le recordó la conversación de la noche anterior. Ya no sabía de qué habían estado hablando.

—Lo de los exámenes. Lo de América.

Sintió ganas de reír. Enrique era el último muchacho a quien ella podía imaginarse corriendo aventuras.

—¡Bah! Dentro de quince días no pensarás en el asunto. A tu edad, todo es fluente.

—¿Por qué lo dices?

Contempló al pequeño. El traje recién planchado, la camisa impecable, las manos largas, casi femeninas. «Verdaderamente, el último muchacho.»

—Porque sí. Y es perfectamente normal que así sea.

Ya dentro del coche volvió a insistir:

—No creo que hayas nacido para eso.

—¿Dónde te dejo, Domi?

—Pues... en los escaparates del Publi.

Enrique se roía una uña. Ella, instintivamente, le separó la mano de la boca.

—Lo malo es que no sé aún para qué he nacido.

¡Qué pesado! ¡Qué atrozmente pesado resultaba el pobre Enrique! A los diecinueve años se comía las uñas y le lanzaba su S.O.S. Le dijo ásperamente:

—No te creas el ombligo del mundo. Cada uno de nosotros lleva su propia carga. Y la procesión va por dentro.

—Ya lo sé.

—Pues entonces...

Se miraron erguidos, irritados. Bajaba el taxi por la calle de Balmes.

—Has de escucharme, Domi.

Suspiró.

—Bueno.

Oyó como Enrique decía al taxista que fuese Diagonal arriba.

—Te dije al Publi.

—Un momento, Domi. No te molestaré más. Has de escucharme.

—¿Qué te sucede?

Le explicaría que estaba enamorado. O que debía dinero a un amigo. O cualquiera de esas cosas que a los diecinueve años podían ser una catástrofe.

—¡Es envidia!

Le veía tragar saliva, coloreársele la piel. La nuez prominente subía y bajaba a lo largo del cuello.

—Envidia.

Volvía a su sempiterna postura. Los codos apoyados sobre las piernas. La cabeza entre las manos.

—Lo he pensado mucho estos últimos tiempos y he llegado a esa conclusión. Lo que yo tengo es envidia.

—Mira, Enrique. Yo tengo prisa. Estas cosas las resuelve uno mismo.

—Tú puedes ayudarme. Siento envidia de Antonio, Domi. No puedo soportarlo. Desde que llegó es una constante tortura para mí. Me cuesta decírtelo. Y al mismo tiempo sé que es la única manera de liberarme.

—Es absurdo. No comprendes que el hecho de confesar la envidia es ya una prueba de que la envidia no existe. Y ¿de qué? Entre tú y Antonio jamás se han establecido diferencias.

—Las que he establecido yo mismo. Todo, Domi, todo. Envidia de su carrera, de sus circunstancias, de que te tenga a ti... por mujer.

—¿Qué dices?

—Tampoco lo supe hasta el día de su regreso. Tú nunca has reparado en mí. Hasta hace muy poco tiempo no lo supe.

—¿Qué deseabas saber?

—Si la mujer me gustaba.

No le comprendía. Enrique seguía hablando. Era una confesión que no deseaba escuchar. Se lo dijo:

—Enrique, por favor, dejemos esto. Di al taxista que vuelva.

—No.

—No te entiendo.

—Durante muchos años me he sentido atraído hacia mis amigos.

Se le quedó mirando con la boca entreabierta. No creyendo. No pudiendo medir el alcance de las palabras.

—No me mires. En mis sueños besaba y acariciaba a mis amigos. Y las mujeres me daban miedo. Sentía miedo de las mujeres, ¿comprendes?

—¿Y ahora?

—Sufro contigo desde aquella primera noche. Te quiero, Domi, y tu angustia me excita, me conmueve. No sé nada de la mujer. Tu marido, Antonio, ha tratado de arrancarme ciertas confidencias. No puedo decirle a él, precisamente a él, que no sé nada todavía de mujeres.

—Di al taxista que regrese.

Dio la orden. Luego la abrazó. La besó en el cuello.

—Te quiero, Domi. Te quiero. Estoy enfermo de envidia y de celos. Pero te quiero, Domi.

Lo separó de ella. Le pasó las manos por las mejillas, por la frente. Le dijo aprisa, alejándole de ella:

—No pienses en mí, Enrique. Estás equivocado. Igual que antes... cuando creías desear a tus amigos. En cuanto conozcas a una mujer y veas tu reacción ante ella, desapareceré como un fantasma. Pruébalo.

Se lo pedía. Lo suplicaba. Se deshacía de las manos de Enrique, que buscaban las suyas. El trayecto le pareció largo.

—Déjame.

Cuando entró en el Publi y se detuvo ante los escaparates, experimentó de nuevo la extraña sensación de irrealidad. Allí había bolsos, bisutería, bordados, fotografías, botones. Empezó a contar los botones, los bolsos, los collares... «Números homogéneos.» La suma total iba creciendo, engordando... Contaba como si de todos los objetos expuestos ella fuera responsable y tuviera que dar cuenta. Luego entró en el cine en busca de frescor.

Nunca más se rebeló contra Antonio. Cuando después de unos días de la última violencia vino a ella, le aceptó. Fue por parte de los dos una reconciliación triste. «Estamos cumpliendo nuestro deber. Entre marido y mujer no deben existir rencillas y hay una creencia común de que estos instantes borran toda diferencia.»

Así lo había oído decir a sus amigas. Pero ella no lo creía. «Sería mucho mejor decir la verdad. Decir que la mujer ha de someterse. Sé de hombres que han perdido el amor y buscan mil pretextos —si se toman la molestia de buscarlos— para no hacer vida de matrimonio con su mujer.» Porque también había recibido esa clase de confidencia. Las dos. La de la mujer que se resignaba, se prestaba y mansamente obedecía, y la otra. La de la mujer que deseando, ansiando el contacto del hombre legalmente suyo, había de prescindir de él por la sencilla razón de que ya estaba harto de ella. Es decir: en los casos de diferencia, la mujer estaba supeditada al hombre. Siempre ante él, en estado de inferioridad. Si él quería, ella debía estar presta y mostrarse complacida. Si él no quería, ella debía acallar su cuerpo, olvidarse de su

juventud, secarse lentamente y pedir a los años un poco de sosiego.

Pero en ninguno de los dos casos había mediado un paso brusco del ser al no ser. La transición era sin duda lenta y obedecía a mil causas determinadas. Él o ella tenían la culpa de algo y en esa culpa él o ella encontraban parte de consuelo o de justificación. Entre Antonio y ella no había culpa alguna.

Sabía de algunos hombres cuyo regreso había sido marcado por una especie de caos. Hombres largo tiempo reclusos, que al enfrentarse con la vida normal no habían podido resistirla. Se emborrachaban, hacían desgraciados a los suyos, habían dejado en el campo toda decencia y toda moral. Eran cuerpos cuyo espíritu, ya endeble, había huido por completo ayudado por los años de cautiverio. Antonio no. Si ella analizaba fríamente, debía reconocer que los años habían engrandecido al hombre. Sus rasgos tenían ahora una nobleza muy distinta de la que podía haberse sospechado en el Antonio de veinticinco años. Las viejas fotografías daban como resultado el rostro de un chico guapo, fuerte... Y nada más. El Antonio actual estaba marcado con el sello de los elegidos. Cuando ella le miraba (le miraba cuando él no la veía), trataba de descubrir el fondo de la nueva expresión. «Los años.» No eran los años. Otros amigos habían envejecido y sus rostros continuaban siendo infantiloides; con arrugas y fofeces de hombres maduros. Los cuerpos parecían viejos bolsos vacíos. Viejos zapatos fuera del pie. Antonio... era otro. Nada tenía que ver con el de antes. Era ésa su tremenda pena. Era otro hombre quizá mejor, indudablemente mejor que el Antonio de antes. Pero ya no le conocía. Por dentro, todo había sido trastocado. Por fuera, todo se había ennoblecido. Y en el cuarto, en la penumbra del dormitorio, el que se acercaba a ella era un desconocido cuyos ademanes ya no tenían el significado de antaño. Eran brutales o temerosos. Eran su espejo o el espejo que devolvía la imagen de su rebelión o de su temor.

Los fue aceptando poco a poco, como si todo volviera al cauce, olvidándose. No encontraban las palabras. A los discursos locos del Antonio de antes, habían sucedido los silencios del nuevo hombre. «Porque estamos fuera del paraíso y tenemos vergüenza.» Pero fuera del paraíso él seguía teniéndola a ella, y acaso en ella quisiera encontrar todo lo de antaño, lo irremediabilmente perdido.

—¡Dominica! Pequeña...

Ella tenía treinta y cinco años y ya no se sentía pequeña. ¿Por qué Antonio, el nuevo Antonio, se obstinaba en llamarla con los viejos nombres?

Hubiera tenido que llamarla de otro modo. No sabía cuál. Palabras adaptadas al hombre y al momento. Pero no. Le hubieran parecido raras. Se hubiera preguntado dónde las había aprendido, a quién se las había dicho, quién se las había enseñado. Y entonces ella misma se hubiera encontrado cambiada.

—Todo es igual que antes. ¿No te parece, Domi?

Le acariciaba las sienes. Se sentía próxima a llorar, a morir de pena o de



vergüenza, pero repetía:

—Todo va siendo como antes.

—Quisiera comprenderte. Saber lo que sucedió en los primeros tiempos. ¡Tenía tantas ansias de ti!

—No lo sé, Antonio.

—¿Me quieres, pequeña?

Esa palabra, «pequeña», la odiaba. ¿Por qué no su nombre? Ella era Dominica. Nada más. Ella ya no era su «pequeña», ni «querida», ni «amor». Ella se había quedado sola con su nombre.

—Sí, Antonio, te quiero.

Y se mostraba complaciente. Así la charla duraba menos rato. Los amantes, cuando ella y Antonio durante los primeros años habían sido amantes, prolongaban indefinidamente las charlas. Se deleitaban con los repetidos e interminables discursos. Retardaban voluntariamente la hora de la entrega para que ese momento fuera como la corroboración, el sello de todo lo dicho. En cambio ahora, ella hubiera preferido empezar por el final y ahorrar el tiempo de las palabras. Hubiera sido todo mucho más fácil, más aceptable.

Seguramente ocurría así entre los que llevaban diez o más años de matrimonio. Era indudable que los matrimonios dejaban de hacerse declaraciones pasado algún tiempo. Pero no de golpe. Poco a poco. Ninguno de los dos debía de percatarse de ello.

—Ven, estaremos juntos un rato. Hablaremos como antes.

La tomaba en sus brazos y ella veía que también le costaba. Se irritaba entonces. ¿Por qué obstinarse? «Quizás esa comunicación entre dos amantes sea como una adivinación del contenido del otro. En el ansia de estar juntos quizá no haya más que la búsqueda del propio yo, transferido al otro e inmanente en el otro.» Volver a poseerse o recobrase con lo depositado en el otro. Y si uno de los dos estaba vacío, no era posible el diálogo. Ese entregarse a través de las palabras.

—Podemos hablar como antes. ¿No lo crees, Dominica?

Y ella buscaba frases antiguas y eran como viejas poesías de las cuales hubiera olvidado alguna estrofa y quedarán cojas, sin ilación.

Cuando al fin él la dejaba, no podía dormir. Le veía tendido, inconsciente. «Si fuera un extraño, en estos momentos tendría valor para...» La frente le ardía. Había sido siempre sensata, pero notaba que se estaba destruyendo a sí misma. «Es demasiado esfuerzo. Se puede pedir cualquier cosa a una mujer. Fidelidad, respeto, su cuerpo (nada vale el cuerpo), ternura... Pero hay cosas que una mujer no puede dar sin destruirse.»

Salía de la habitación. Le ardía el cuerpo y la sangre le picoteaba. Añoraba las húmedas noches de Santo Domingo. El vaho de la tierra reblandecía el cuerpo.

Bajaba sigilosamente la escalera y salía al jardín. Alrededor del estanque de los lotos, Enrique Rogers había instalado dos bancos. Se tendía en uno de ellos. No había luz, pero las noches eran lo suficientemente claras para que ella viera las manchas blancas de las flores. Se tendía en el banco, con las manos cruzadas bajo la nuca.

Recordaba las palabras de Enrique.

Se las repitió. Se había violentado demasiado y la voluntad no le obedecía. Estaba exhausta y el breve diálogo con Enrique tomaba ahora incremento exagerado. Durante unos días, evitó hablar con el pequeño, pero sentía su mirada fija en ella y la recordaba cuando su voluntad ya no existía.

Se complacía recordando la mirada. Decía su nombre: «Enrique». Otras mujeres engañaban al marido y ella nunca había engañado a Antonio. «Pero he violentado tanto mi voluntad, que ahora he de dejar que se anule y vuelva a mí.» Enrique podía ser su refugio. «Un amor (no es amor), un hombre nuevo.» Enrique no había conocido la mujer. Antes se burlaba de las mujeres mayores que tenían amantes jóvenes. «Enrique no será nunca mi amante.» Ahora comprendía que dentro de toda mujer, «aun las más decentes», existía una curiosidad malsana por conocer al hombre en su primera fase. «Yo sé del amor más que muchas mujeres.» Tenía temperamento. «La mujer difícil tiene más temperamento que la mujer fácil.» Si ella fuera una mujer fácil le daría igual entregarse sin amor a Antonio. ¿Y Enrique? «No amo a Enrique.» ¿Entonces? «Enrique es la aventura.» Toda mujer necesitaría un poco de aventura. Para saber más. Para comprender más al hombre. Acaso... «Si yo hubiera tenido aventuras estos años, el regreso de Antonio no me hubiera sorprendido.» Algo en ella había muerto. ¿Su sensualidad? Su sensualidad estaba dormida. «Ha bastado que un hombre nuevo me declare su amor para que yo esté aquí, esta noche, tendida en este banco, pensando en cosas prohibidas. Prohibidas...»

La sola palabra la hacía incorporarse, temblar por los pensamientos. Algo podrido debía existir en ella. Se arrodillaba y metía sus brazos en el estanque, encontrando la húmeda resistencia de las hojas. Hallando el frescor del agua. Sumergía sus brazos más arriba del codo.

¿Por qué ese fondo podrido? ¿Por qué tanto deseo insatisfecho? ¿Por qué no podía calmar ese deseo con el hombre que le estaba destinado? Desligar el cuerpo de la mente. ¿Y Enrique? ¿A santo de qué le preocupaba Enrique? Ayer Enrique era un niño pequeño a quien ella daba toques en la garganta. A quien en muchas ocasiones hubiera dado muy a gusto un par de tortas. Y ahora Enrique venía a ella. Sus imberbes mejillas le atraían. Sentía unos locos deseos de besar los labios que aseguraban no haber besado nunca. «Pero no le amo.» Era un mal deseo. Un mal deseo anidado dentro de una mujer casta y buena. Igual que las blasfemias de Santo Domingo. Aquello era una blasfemia que iba creciendo monstruosamente dentro de ella. Seguramente desaparecería. Era mejor pensar sin miedo. Agotar a solas todo el

placer que la idea le procuraba. Guardar para ella el repugnante poso. Dejarse ir. Del mismo modo como después de gritadas varias veces las palabrotas, se quedaba descansada y... podía olvidarlas.

Regresaba más tranquila. En el cuarto de baño tomaba una pastilla calmante. Se miraba en el espejo y reía tristemente. «Una mujer honesta. Una mujer casta.» Volvía al lecho. La paz venía poco a poco. Sentía resbalar sus lágrimas y perderse en la almohada.

## **Libro tercero**

# ELLA

*Sufro tanto, que un blando sopor ha logrado rendirme.*

(LA ODISEA. R. XVIII.)

ESTABA TRATANDO DE RECORDAR una época parecida y el desenlace consiguiente, pero nada surgía en su memoria que pudiera compararse con el presente inmediato. No se atrevía a encender la lámpara de su mesilla por temor a despertar a Antonio y que éste la interrogara. Nada veía a su alrededor sino oscuridad, noche. A solas con su conciencia, aunque la rítmica respiración de quien dormía a su lado le advertía que su problema era el de los dos, el de él y el de ella, y que por consiguiente la solución debía ser también bilateral.

No podía cerrar los ojos y los mantenía abiertos. «Así deben de sentir los ciegos. Tener los párpados abiertos y ver negro.» No era lo mismo que cerrar voluntariamente los ojos y no ver nada. Los abría y veía un espacio ilimitado de negrura. Y sabía de una presencia. A su lado, en la cama gemela, reposaba Antonio.

Cuando la noche empezaba de tal forma, las horas, muchas horas pasaban antes de que viniera el sueño. La primera etapa era la de la delectación del pensamiento. Tenía sueño, pero su hábito de escucharse era superior al cansancio físico. Debía escucharse. Muchas veces la voz interna le trajo un amansamiento. Desde su acto de sumisión, Antonio y ella habían hecho lo humanamente posible por encontrarse. Lo hacían a ciegas. Perdida la alegría y la despreocupación de antaño. Se amaban. Se dejaba amar. Silenciosamente, sin gozo.

En la delectación del pensamiento buscaba la exégesis de sí misma. Nunca rehuía la verdad ni se avergonzó de los hechos. Ante sí misma no mintió nunca. Le parecía una inmensa cobardía no querer ver las cosas tal como fueran. Si eso le hacía daño, no rehuía el daño. Lo prefería a la ignorancia de tantos y tantos que nunca habían vuelto los ojos dentro de la propia oscuridad, tratando de ver algo o de ver claro. Tanta y tanta gente que vivía epidérmicamente, voluntariamente ciega hacia aquello que pudiera inquietarles o remotamente pudiera avergonzarlos. No envidiaba la inmensa suerte de esa mayoría no pensante, vegetativa, limitada a gesticular, a usar las horas del día, negándose a admitir la propia miseria.

En la exégesis encontraba cierta paz. Admitir la existencia de algo era tener la posibilidad de conocer sus orígenes y el modo de conducirse ante la contingencia. La explicación nocturna no podía ser más sencilla ni más cruel. Aquel hombre que dormía pacíficamente a su lado ya no despertaba en ella otro sentimiento que el de amistad.

Durante las horas diurnas se sentía unida a él por las mil cosas sufridas en común o amadas anteriormente. Pero al franquear el umbral de la habitación, en el momento en que la simple amistad ya no era suficiente, toda ella se rebelaba, su conciencia se

erguía hísida, lo rechazaba y si lo admitía no podía liberarse —en aquellos momentos— de una sublevación interna llena de rencor.

Ahora no hacía como en los primeros tiempos del regreso. Ahora callaba, Pero su silencio (ella lo sabía) era mucho más insultante que los primeros gritos.

Cuando le veía dormido, el ánimo se templaba. Se levantaba, salía de la habitación despacio, para no despertarle, iba al jardín, pues sentía el bochorno de las noches, o a la biblioteca. Se acurrucaba en uno de los butacones (siempre se sentaba con las piernas sobre el asiento) mientras los otros dormían. Bebía y leía hasta que el sueño fuera invencible.

Antonio, a veces, venía a sorprenderla. Del mismo modo como fue a buscarla a la tienda de Germán. Y no le hacía el menor reproche. La tomaba de la mano y su ademán era una orden. Orden de que aquello no debía trascender. De que ellos, únicamente ellos, debían sufrir aquel estado y de ningún modo dejar traslucir con actos o palabras sentimientos que sólo a ellos concernían.

Subía otra vez. Se recostaba. Entraba en la fase contractiva. El pensamiento se desmandaba. Agarrotada la nuca, los músculos de las piernas y de los brazos, tensos, se volvían rígidos. Sentía sacudidas, como si toda ella fuera una pila eléctrica... O como esos animales recién muertos que agitan los miembros por algún reflejo nexo a la vida. Le venía a la mente el recuerdo de un perro muerto en sus brazos. Atropellado, El cuerpo fofo del animal se vertía en ella y la lengua le salía blanca exangüe de la boca. Le llamó una y dos mil veces. Le gritó y sólo los ojos del animal le respondieron ya vidriados. El corazón no latía, pero sí un temblor, el de los miembros, el de la vida que se escapaba. El fluido vital que se iba del cuerpo en pequeños sorbos, en leves sacudidas. Ella había sollozado sobre el cuerpo del perro muerto. Le llamó aún, como si la llamada hubiera de despertar una lejana conciencia. Y sólo aquel temblor inconsciente respondió a su llamada. Los sollozos de ella se mezclaron con las sacudidas de un perro ya muerto. No muerto, no. Todavía algo se agitaba. Era un resto de vida. Y por ese resto, ella sufría atrocemente. Más que el perro.

Le venían a la mente mil recuerdos afilados. Y abría los puños y le dolían las manos. Restregaba la cabeza contra el almohadón, y sus piernas volvían a una voluntaria lasitud, recobraban elasticidad. Volvía la sangre a regar los miembros y una legión de hormigas parecía haberse desparramado por el lecho. Tenía calor. Su cuerpo estaba bañado en sudor pegajoso y con las manos se separaba el camisón; se cambiaba de lugar buscando un trozo de cama fresco.

Se adentraba en la tercera fase y siempre que la soñaba sabía que no estaba dormida del todo. Venía el extraño sueño. Con pocas variantes era siempre el mismo.

La calle era como la de un cuadro, en perspectiva. Avanzaba y, a medida que se adentraba en ella, las fachadas iban estrechándose, aproximándose las unas a las

otras. Ella debía llegar hasta el final, encontrar la salida. Pero ¿cómo llegar al final? Iba con los brazos rígidos, pegados al cuerpo; avanzaba de perfil estrujándose entre las paredes de la extraña calle, rozando contra los salientes. Era imposible retroceder. Había avanzado demasiado para ello y se ahogaba. El pecho aplastado contra las rasposas fachadas, la frente y la nuca aprisionadas entre casa y casa, los pies buscando espacio suficiente para seguir adelante. Un poco más, y aquel angosto paso daría a algún sitio. Veía la hendidura, poco menos que una grieta. Las caderas le dolían, los labios sangraban contra las asperezas de la piedra y mechones de pelo quedaban prendidos en el camino. La respiración le faltaba. No podía levantar el pecho y hacer que penetrara aire en los pulmones. Tenía la nariz pegada contra las casas y trataba de gritar. Gritaba. Se despertaba. Otra vez estaba despierta y, sin saber cómo, el almohadón la estaba ahogando. Lo tenía ella misma apretado contra su cara.

Entonces se tendía boca abajo y deseaba morir. El pensamiento de la propia muerte había sido también un inevitable compañero en las noches del internado, en las noches de amargura durante los largos años del cautiverio de Antonio. Y volvía ahora con mayor persistencia durante las noches insomnes al lado del marido.

Retazos de conversaciones sonaban (le parecía a ella) en voz alta y con el mismo acento de antes.

Una de sus amigas había muerto dejando cuatro hijos de corta edad. Fue a la casa y escuchó el gemido del hombre. Los chiquillos inconscientes, arrancaban flores de las coronas. Y a veces lloraban porque las amigas de ella, la muerta, los besaban llorando. La frase repetida por uno y todos los que iban llegando: «No ha debido morir. Cuando una mujer tiene hijos pequeños, la muerte no debería ser posible. ¡Hacía tanta falta!»

«Hace falta.» Una vieja murmuró una frase rotunda, triste, que todos menos ella oyeron con rencor. «Nadie es imprescindible.» Fue a sentarse al lado de la vieja e intentó hablar con ella. Quería saber. Pero la vieja le impuso silencio. «Así es —dijo—, y todo lo demás son frases hechas para este momento. Es triste, duro, pero el hombre se consolará y los chiquillos seguirán su camino.»

Es decir, que ni siquiera aquellos que parecían hacer tanta falta eran imprescindibles. Entonces ella... «El hombre se consolará.» Ella no tenía chiquillos. No los tendría nunca. Dentro de ella había muerto el deseo.

Trataba de recordar una época parecida y el lógico desenlace. Las palabras de Germán reavivaban sus recuerdos: «Ten paciencia, Dominica. A tu marido también le enseñé yo a criar paciencia».

Siempre la tuvo... menos ahora. Paciencia podía tenerse para esperar. Paciencia había tenido ella durante doce largos años. Pero no podía abusarse de ella ni utilizarla cuando nada se esperaba. La orilla no estaba lejos. La orilla había desaparecido y las fuerzas le faltaban. Era ridícula incluso la idea de querer cobrar pie. No podía. Mejor

dejarse ir. No luchar. El recuerdo de otras épocas ya no le servía. El sufrimiento de otras épocas era unilateral. No, no habían sufrido los dos a un tiempo. Ni de la misma manera. Él pudo aprovechar el menor goce, bien lo veía ella cuando hablaba con Germán. Ella, en cambio, si tuvo ese goce, se arrepintió luego. Quedó el remordimiento.

Sentía deseos de pasar su mano sobre el dormido cuerpo de Antonio y decirle: «Si alguna vez me reí, luego sentí la culpa de ese poco de alegría. Ésa fue nuestra parte, Antonio. La mujer de un muerto puede y debe reír al cabo de cierto tiempo. La gente dice: “Es el derecho de la vida”. Pero la mujer del prisionero no puede alegrarse de nada. Cuando por descuido esa pobre parte de la vida viene a ella, ha de arrepentirse pensando en el dolor cautivo. Tú, en cambio, si buscaste el goce, si lo hallaste, debiste aprovecharlo hasta el límite de lo humano. Incluso pensando en mí, dirías: “Ella estaría contenta”»

Y ahora la revelación de Enrique. No se habían vuelto a hablar, pero sentía los ojos del pequeño pendientes de ella. Y todo cuanto ella se había negado, se negaba aún, renacía ante el deseo de un adolescente. «Enrique no debe darse cuenta. Ni yo hacerme caso. Confesarme ante mí misma no es ultrajar a nadie. No somos dueños ni de nuestras sensaciones. Pero Enrique no debe saberlo. Ni Antonio. No hay ninguna razón, ninguna —gemía—, para que yo haga caso de un chiquillo...»

Aquello no hubiera ocurrido nunca de haberse separado de Antonio. Y tampoco de no haber regresado Antonio. La marcha del marido y su regreso la habían destruido.

Se levantó del lecho encendiendo la lámpara de la mesilla.

—¿Domi? ¿Todavía duermes?

La voz de Antonio la sobresaltó. Se había olvidado de él. Es decir, pensaba en él como en algo lejano. Creía estar otra vez sola y se levantaba para tomar una pastilla calmante.

—He estado durmiendo hasta ahora. Pero tengo sed. Vamos, duerme. Siento haberte despertado.

Se puso en pie. El balcón abierto dejaba penetrar el aroma de las primeras horas del día. Todo era quieto, reposado. En las primeras horas del día el aire aún estaba como adormecido entre las ramas y los pájaros no se habían despertado. La luz era delgada.

Se volvió a Antonio. Recordó aquellos años en que él decía: «¿Quieres que te regale un sueño?» Ahora ella iba en busca del sueño. El sueño y no el ensueño lo encontraría dentro de un comprimido. Había dejado de ser caricia para convertirse en amarga pastilla. La mascaba. El efecto era más rápido. Tragaba después un poco de agua.

Volvió al lecho sabiendo que todas las horas en blanco no habían hecho más que



enredar la monstruosa madeja. Mañana (era ya hoy) vendría. La luz iría engordando y tomaría forma en las sombras. Mañana sería un día igual que hoy (ya era hoy). La gente viviría en sus actos y en sus pensamientos. El reloj desgranaba las horas y el mundo seguía latiendo.

De un tiempo a esta parte lo sentía receloso de sus tardes. No le dijo nada de momento, pero le preguntaba, se interesaba por ella más de lo debido. Acaso Mercedes había insinuado algo. Le pedía que se reuniese con él al final del día.

A veces Antonio la llamaba por teléfono con cualquier excusa.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Vente por aquí.

Llegaba al despacho. Se sentaba en la habitación preferida por el abogado Rogers. Tomaba un libro. Venía Antonio en cuanto despachaba el último asunto:

—¿Es que no tienes nada que hacer por las tardes? ¿Qué hacías los años que duró mi ausencia?

No eran celos. Eran simples ganas de recuperar lo perdido, bien lo veía, y era vergonzoso tener que contestar:

—Nada, Antonio.

Confusamente, comprendía el caso de otras mujeres en iguales circunstancias. Las otras habrían tenido que trabajar. En el trabajo se habían diluido pensamientos y recuerdos.

—Nada, Antonio. Nada.

—Bueno —contestó Antonio—. Tu caso es frecuente. Ha sido el de todas las mujeres de mi familia. Aunque mi madre, mi hermana, siempre parecen estar ocupadas. La casa... Algo que hacer... Amigas.

—*Eso equivale a lo mismo. A no hacer nada.*

—¿Qué hacen tus amigas? Vamos, Dominica, no eres la única mujer en Barcelona.

Sus amigas... seguían viviendo. Había sido para ella un deslizarse sin punto de referencia. Sus amigas... tampoco hacían nada. Se consideraban satisfechas yendo al cine o jugando a las cartas. Algunas se buscaban pequeñas obligaciones sociales o benéficas. Otras tenían amantes.

—Me aburren las mujeres, Antonio. Tú lo sabes.

No era la primera vez que le confesaba eso francamente y siempre que se lo confesaba, Antonio se echaba a reír.

—No te rías, Antonio. Es trágico. No me encuentro bien entre las mujeres. No sabría decirte el porqué.

—Vamos.

—Deseo que me comprendas. No hago más que generalizar. La compañía de

otras mujeres no me saca de mí misma. Creo que hay algo en mí que hubiera podido aprovecharse mejor. A veces pienso...

—¿Qué piensas, Domi?

—*Que el dinero ahoga, abotarga. Que el dinero no significa riqueza.*

—Ignoras el caso contrario.

—Me hubiera gustado ser algo, independientemente de los otros. He viajado, he visto, tenía ciertos dones... Han quedado desaprovechados. Eso me hace sentir la angustia, la inquietud del que tiene en el fondo un poso, bueno o malo, que no se atreve a remover. De veras me gustaría valer algo. Saber y dedicarme a ello. Lo que fuera.

Se calló. No se atrevía a ir más allá. ¿No le había dado todo Antonio? Todo cuanto un hombre rico puede dar a una mujer. Pero ella sabía que había algo más. Quedaba brumoso, sospechado...

—¿Y no puedes ser feliz haciendo lo que las otras hacen?

Era un alivio contestar:

—*¿Las otras? También sienten lo mismo que yo, pero no se han dado cuenta todavía. Gesticulan. Creen que eso es hacer algo. Mientras se lo crean, son felices.*

—Buscas en el trabajo tu propia evasión.

Ella sabía que no era eso. No aturdimiento, sino al revés, despertar. No matar al tiempo, sino vivirlo. Y la conciencia de ello se había despertado poco a poco hasta hacerse dolorosa. Se avergonzaba de ella misma. De no haber sido capaz de añadir nada a la vida.

—No es un reproche, Antonio. Tú has sido siempre espléndido conmigo, pero creo que hay algo que no va con el mundo de hoy.

—¿No crees que en todos los países del mundo hay una clase de mujer que hace exactamente lo que tú haces?

—A mí, las otras ¿qué me importan?

—Bien, Domi...

Las manos de Antonio tomaron un mechón de sus cabellos. Lo retorció. Se habían dicho muchas cosas. No habían aclarado ninguna.

—Bien, Domi. Veo que tendremos que buscarte una obligación. Es algo extraño que yo tenga que pensar en ello. ¿Por qué no lo hiciste antes de mi llegada? Tienes parte de culpa.

¿Antes de su llegada? Podía decirle a Antonio: «He pasado doce años muertos».

—No lo pensé.

—¿Qué hacías, Domi?

—Te esperaba.

Ahora se sentía encogida ante Mercedes y ante el padre. No sabía si ellos estaban al corriente, si Antonio les había hablado de algo. Toda la bondad, las atenciones, la

intimidad elaborada a través de los años pasados, parecía haber perdido sentido desde el regreso de Antonio.

Era la víspera de San Juan y estaban en el jardín pensando en la inauguración de la tienda del amigo. El padre se volvió a ella y con la voz de antes, como si estuviera leyéndole los pensamientos, le dijo:

—Esta noche se inaugura la tienda de Germán, ¿no es así?

Contestó con un movimiento de cabeza. Luego añadió:

—El jardín está más hermoso que nunca.

También el padre parecía confuso.

—Tendríamos que cortar parte de las flores. No dejan crecer los capullos. ¿Por qué no me ayudas? Vamos por los lotos, Dominica, y luego —le sonreía igual que antes—, en seguida después de comer, Florencio te acompañará a la tienda de Germán. Echarás el último vistazo antes de la inauguración y le llevarás flores.

En aquel momento le quiso como nunca había querido a su propio padre. Le llenó de gozo la idea de recoger las flores y de pasar un momento por la tienda de Germán. Corrió hasta la casa de Florencio en busca de podaderas y cordeles. Regresó al cabo de pocos minutos.

—¿No te importa ir a pescar los lotos dentro del estanque?

Había sido su trabajo durante muchos años. Se descalzaba, arremangadas las faldas y teniendo cuidado de no resbalar. El fondo estaba cubierto de limo. Los insectos zumbaban alrededor y en sus pies, en el trozo de pierna sumergida sentía el contacto de los peces. Cuando metía las manos en el agua en busca de los tallos, venían los peces a succionar sus dedos. Se le prendían con su boca redonda, adherente como una ventosa.

Cortó las flores más abiertas. De cuando en cuando tendía la brazada al padre. Lo hacía sin prisas, para no resbalar y para no estropear las matas. El roce de los peces, el aleteo de los insectos adquiría matiz de caricia. Preguntó:

—¿Me dejo alguno?

—Corta unos cuantos capullos. Con este calor se abrirán muy pronto.

—¿Está bien así?

—Ve por la mata gigante.

Había una sola mata y era tan hermosa que allí no tenía que inclinarse. Las flores le llegaban a la altura de los hombros y las hojas eran anchas, carnosas. Siempre creía estar oyendo (tras la mata) la voz de Flores: «¿Dónde está mi niña?» No le respondía. «No te escondas, mi niña, que puede picarte un bicho feo.» Los peces eran los únicos que picaban, sí, con su boca adherente y redonda.

—Corta, corta. Alguna hoja también. Éstas son las más hermosas.

Se mojó el vestido con el agua y el jugo de los tallos. Tendió una tras otra las brazadas al padre.

—¿Queda alguna por cortar?

—No.

Salió del agua. Las plantas de los pies las tenía teñidas de verde, y se quedó descalza. Le gustaba andar con los pies desnudos. Tomó la escalera y empezó a alinear las enredaderas y los rosales. Luego separaron una parte de las flores para la casa y ataron las destinadas a Germán.

—Gracias.

El abogado la miraba. Muchos años habían tenido que pasar para comprender que a veces se daban las gracias por algo ajeno al favor del momento. Contestó:

—No te apures, hija.

Medió un silencio. Hubiera querido hablarle de todo, pedir consejo, confesarle su pena. Pero el padre no debía de quererlo, por lo menos en aquel instante.

—No te apures —le oyó repetir.

Subió al cuarto para cambiarse de vestido. Llevaba las sandalias colgándole de la mano. Mercedes Silva se dirigía al comedor para echar el último vistazo.

—¡Dominica! ¿De dónde sales?

Contempló a su suegra. En aquel bochornoso día de junio y a las dos de la tarde estaba compuesta, serena. Siempre le había asombrado la compostura de Mercedes.

—Anda. Date prisa. La comida está a punto. Tu marido va a llegar de un momento a otro.

Antonio iba a llegar, y al oír la puerta el servicio estaría al tanto para que el almuerzo no se retrasara ni un segundo de la hora habitual. Ella debía darse prisa. A las dos y diez en punto se servía el almuerzo en casa de los Rogers, así los que se sentaban alrededor de la mesa estuvieran de buen humor o sintieran, como ella, ganas de morir.

—¡Dominica!

A ella también le causó contento. Sonreía un poco mientras le enseñaba las flores. Le decía, acaso más rápidamente de lo acostumbrado:

—Ha sido una escapada. Me voy en seguida, ¿sabes? Quería traerte las flores para tu tienda. Esta noche vendremos todos. Quiero decir, el grupo de amigos. Lo pasaremos bien. Verás como tienes suerte...

Hilvanaba una frase tras otra como para no darle tiempo de indagar o preguntar.

—¿Qué has hecho? Te he echado de menos, Dominica. Y no tienes buena cara.

—¿Cómo está Juana?

Disponía las flores mientras le preguntaba por la novia. Germán le contestaba que bien.

—No pienso en ella en estos momentos. Estoy intranquilo, nervioso, con esto de la inauguración. Aquí tengo dos camareros y una cocinera venida a última hora. Los tres están esperando órdenes. Ordenes, ¿comprendes? Ordenes de mí que no he hecho

más que recibirlas toda mi vida. La cocinera me ha preguntado si podía empezar las croquetas. «Es lo más práctico.» Dice que, con los aperitivos, las croquetas.

Un denso olor a fritura salía del fondo de la tienda, donde estaba la cocina.

—Ha hecho montones de ellas. Y no sé si son de carne o de pescado. De pasta, sí. Me he tragado una tan caliente, que he tenido que beber un trago fresco. La tengo todavía aquí. —Se señalaba el estómago—. La tendré hasta que todo haya pasado. La noto caliente rodeada de vino fresco. No harán nunca migas.

Ella hubiera debido reírse, pero no podía. Estaba frente a él, tenía que marcharse y sentía hacerlo. Dejar al amigo solo. «Solo con tres extraños y una croqueta dándole tumbos en el estómago.»

—¿Qué te sucede, Dominica?

Igual que el día de la paloma. Seguramente lloraba, pues Germán la tomó por los hombros y la obligó a sentarse.

—¿Por qué existo, Germán? ¿Por qué soy o estoy?

La tarde de junio, henchida de vida, esplendente de sol, la hería como un despropósito. Germán la tenía aún agarrada por los hombros. No debía de encontrar las palabras. Las manos llenas de fuerza, la sacudían.

—Porque no has hecho nada todavía.

*¿Quieres decir que tenemos todos un trabajo, una misión y sufrimos al no cumplirla y aguantamos hasta cumplirla? Todo sería igual sin mí. Todo se olvida...*

—Calla, Dominica. Yo soy muy bruto y quisiera encontrar la forma de hacerte comprender.

Germán sacudía la cabeza. Pero ella no le haría caso. Porque nadie, ni Germán ni nadie, podría ya convencerla.

—Esta tarde, sin ir más lejos, me has sido necesaria. Te digo que estoy nervioso e inquieto. Tengo miedo. No sé qué mandar a esta gente (señalaba a los dos camareros y a la cocinera que se afanaban en la cocina) y créeme... has tenido una buena ocurrencia dejándote caer por aquí.

—Pero eso es un momento. Y el día es largo. Todo me parece infinito e inacabable.

—Como mi día de hoy.

—¿Qué dices?

—Que mi día de hoy me parece, como tú dices, infinito e inacabable. Pero eso es pura idea mía. El tiempo no engaña y me consuelo pensando que dentro de equis horas todo habrá terminado. El local estará inaugurado, y Juana sabrá que soy dueño de una tienda, vosotros habréis cenado conmigo, los camareros recogerán la última colilla y yo solo, solito, bajaré la persiana de hierro.

—Igual, exactamente igual que en el teatro. Las obras malas parecen que duran más tiempo que las buenas. Pero acaban siempre. Es nuestra impaciencia lo que las

*hace largas.*

«Claro.» Y era consolador saberlo. Y volvía a encontrarse con las palabras de Antonio. «La peor tortura es no saber.» Si ella supiera cuánto tiempo iba a durar aquella mala representación, tendría la fuerza, el valor de aguardar. Lo realmente malo era su total ignorancia. La duda. «Pero en la duda ya había fe.» ¿Y si perdiera sus dudas? ¿Si todo ello no fuera más que un lento caminar?

Se levantó. Germán insistía:

—Quédate un rato, mujer.

—No puedo. Tengo mil cosas esta tarde.

No tenía nada, pero sí prisa de irse. De ir a otro lado.

—Como quieras. No vengáis demasiado tarde.

El achicharrante sol se vertía sobre ella con el vaho grasiento de las sucias callejas. Todavía se volvió una vez para agitar su mano en dirección a Germán, que la despedía a la puerta. La humedad del sudor invadía su piel, resbalaba por sus muslos, hacía desagradable su propio contacto. Tomó por Escudillers y desembocó en las Ramblas. Allí pensó con ansia en el retorno a casa y en una ducha. Luego reposaría hasta la hora de la cena.

Tomó un taxi. Preguntó la hora. «Las cinco.» Cinco mortales horas le separaban de la de la cena.

—Vaya hacia el puerto.

Llegaron y bajó. Contempló unos momentos el agua caldosa. Volvió al taxi.

—A la escollera.

¿Por qué no? Podía ir a la escollera. Allí el aire sería menos bochornoso. Y estaría sola. Podría quedarse hasta el atardecer y luego pasar por el despacho a recoger a su marido. ¿Y si Antonio telefoneaba? No pasaría nada. Antonio sabía que ella había estado en la tienda de Germán para llevarle las flores y luego podía pensar cualquier cosa. Recados. Una visita. Peluquero.

Pagó el taxi. Empezó el camino hacia el dique. Todo su apresuramiento había cedido. El sol continuaba su brillo despiadado, pero ya no era lo mismo. Allí no había apenas gente. Allí brillaba sobre la ancha superficie del mar y sobre las piedras. Se recostó sobre el pretil del dique. Estaba más caliente que su brazo. Traspasaba el calor su traje, pero no le importaba. Largo rato estuvo allí, sin pensar en nada, mirando el cabrilleo del sol sobre las aguas, ajena a ella misma, dándose una tregua en sus pensamientos. Luego vagó por él espolón, despacio, apaciguada por el constante ir y venir de unas olas mansas que relucían, se apagaban, volvían a encenderse, morían.

No estaba sola. Dos o tres hombres trataban evidentemente de pescar algo desde los bloques de cemento del rompeolas. Un matrimonio comía o merendaba. Le entraron ganas de bajar y sentarse un momento sobre los bloques. La cosa no era

fácil. La falda estrecha y siempre sus tacones altos. Uno de los hombres la había visto, y dejando la caña, le tendía la mano. Descendió y buscó lugar propicio. Se sentó. Entre bloque y bloque se veía el agua y la espuma que se derramaba generosa entre los intersticios. Se sentía bien; muy incómoda, pero bien. Lejana, enteramente lejana a todo.

Una hora. Dos. Quizá tres horas. Tres siglos acaso estuvo allí, sobre el bloque de cemento. La luz se suavizaba en el agua, el matrimonio había desaparecido y de los tres hombres sólo quedaba el que le había ayudado a descender. No podía ser tanto tiempo. Otra vez se sentía sudorosa. Y volvía a tener prisa. Llegaría tarde, como siempre, y como siempre no podría dar relación de su tiempo. Era un hoyo el que se producía en su mente. Y luego, por la noche el pensamiento cabalgaba como el potro indómito que no soportaba silla ni rienda; que galopaba hasta encontrar el desfallecimiento y entonces se detenía, las cuatro patas separadas, hincadas en la tierra, revueltas las melenas y mojados los flancos por un sudor de angustia.

La noche le traía su corte de pensamientos. El día le aportaba un vacío cargado también de temor. ¿Dónde había estado? Allí, sobre un bloque de cemento. Piedra también, pues nada recordaba del tiempo pasado. Durante una, dos, o acaso tres horas, había estado ausente de sí misma. ¿Dónde? «¿Dónde está uno cuando se ausenta de ese modo?»

—Pareces cansada.

Lo estaba y se sentó. Antonio le decía que había llamado a casa.

—Tenía unos recados que hacer y luego vagabundee un poco. Me he retrasado sin querer.

La luz entraba tenue a través de las persianas. En el despacho la temperatura era agradable. Hubiera permanecido en uno de aquellos sillones horas y horas, no pensando o pensando en las horas perdidas junto al mar.

—¿Quieres beber algo?

Contestó que sí. Se dejaba servir. En aquel momento Antonio no era suyo. Era un hombre distinto, ajeno totalmente al Antonio que la turbaba. Hubiera querido no salir del despacho y charlar. Charlar con él hasta la noche. Él tenía ganas de salir.

—Si prefieres, iremos a cualquier terraza. Tendremos más fresco.

—Un momento, Antonio. Estoy rendida... Y estoy bien aquí.

—¿Dónde has ido?

Ya empezaba la insistencia. ¿Qué importancia podía tener el lugar donde había estado? Ella nunca preguntaba nada. Ninguno de esos detalles le importó nunca. Despreciaba a las mujeres que pasaban su vida haciendo esa sarta imbécil de preguntas. Preguntas que podían ser tan fácilmente contestadas con una mentira.

—Por ahí... mirando escaparates.

Le parecía absurdo decir la verdad, aunque la verdad nada tuviera de reprochable.

Pero el solo hecho de que ella hubiera ido a pasar unas horas en la soledad de la escollera, acarrearía inmediatamente una serie de preguntas por parte de Antonio. Y volvía a pensar en lo absurdo de ciertas cosas. En ciertos convencionalismos. En el mundo de ellos, de los Rogers, de todos los que eran como los Rogers, una mujer podía pasar tres o cuatro horas en un salón de té, o charlando con las amigas, o jugando a las cartas... Pero cuando una persona de ese mundo iba sola a la escollera, se la miraba, se inquirían sus razones y por puro milagro no se le ponía la mano sobre la frente para ver si le había dado calentura. El único capaz de comprenderla hubiera sido su propio marido, Antonio, que desde el regreso parecía abrumado por ciertos aspectos de la vida estática y convencional de los suyos. Pero Antonio hubiera sido ecuánime de haberse tratado de otra persona. Tratándose de ella, de Dominica, Antonio era un Rogers, tan convencional como el resto de la familia.

Bebía el whisky con hielo servido por Antonio cuando se le ocurrió preguntar:

—Si no fueras abogado, ¿qué te gustaría ser?

—¿Qué preguntas, Domi! He sido abogado... toda mi vida. Antes de empezar la carrera sabía ya que sería abogado.

No tenía ganas de marcharse de allí. Pidió otra bebida.

—Bebes demasiado, Domi. No recuerdo si antes lo hacías.

Sintió la necesidad de reír.

—Antes bebía naranjadas y ahora whisky.

—¿Qué quieres decir?

—La necesidad de dar siempre un paso más.

—¿Por qué me has preguntado antes: «Si no fueras abogado...?»

—Porque tú eres dos personas en una. Antonio Rogers y el abogado Rogers. Supongo que cuando estás cansado del uno te refugias en el otro.

—Y tú eres siempre una: Dominica.

*Y a veces cuando estoy cansada de ser Dominica no sé dónde refugiarme. Debe de ser más cómodo ser dos personas.*

—Es una teoría. Comprenderás que...

Perfectamente. Y el whisky la bañaba con una suavidad que le hacía asequible a cualquier estado de comprensión. Había personas que heredaban teorías y otras que las creaban. Se sentía muy cerca del descubrimiento. ¿En qué estaba pensando? ¡Ah, sí! La creación era el fruto de un estado más que el de unas teorías. Algunas doctrinas derivaban de un estado. «Como las enfermedades. Como lo que comportan ciertas enfermedades.» Y el resultado final podía ser el mismo.

—Creo que todo puede entenderse. Cuando no somos sujetos de algo somos enteramente comprensivos.

—He estado pensando en la conversación del otro día. Mejor dicho, he hablado de ella con papá. Creo que tienes parte de razón.



No podía recordar a qué conversación aludía.

—¿De qué le has hablado?

—De la conveniencia de crear nuestro propio hogar. De que tengas obligaciones y preocupaciones. Hube de contarle algo de lo nuestro, Domi, y me parece que podremos llevar a cabo una idea que sin duda es buena.

—No sé a qué te refieres.

—Debemos salir de la casa de San Gervasio. Voy a ocuparme en ello. Buscaremos un piso. Donde tú elijas. Las mismas responsabilidades de la casa te darán ciertas satisfacciones de las que sin querer, sin pensar te he privado.

Se sintió aterrada. No era ésa la ocasión, ni ése el trabajo. No lo había hecho nunca. Desde los primeros tiempos lo dejó todo en manos de Mercedes Silva y se sentía incapaz de dirigir nada por sí misma. No podría. No sabría hacerlo. No tenía para ello la menor disposición. Su madre no las había enseñado nunca a llevar una casa, y ella ahora se sentía terriblemente vieja para empezar por el principio. Ella misma era tan bohemia como su madre.

—No, Antonio. No podemos hacer eso. En verano, bueno. En verano será distinto y divertido. Pero yo no sé... No lo he hecho nunca. ¿Comprendes? ¿Qué ha dicho papá?

Contaba con él. El padre no podía permitir que ella se fuera. La casa de San Gervasio era demasiado grande, y cuando el pequeño se fuera los padres se encontrarían muy solos. Habían vivido muchos años juntos. No podía ser.

—Papá lo cree conveniente. Tendrás un hogar, a tu gusto. Tu gusto es más seguro que el mío o, si lo prefieres, que el de los míos. Reconozco que los míos fueron siempre algo pomposos. Me parece una buena solución.

¿Solución? Un cambio de casa no arreglaría nada. Ella lo sabía perfectamente. Antonio se levantó, consultó la hora...

—Es hora de ir a arreglarse, Domi. No pienses más por hoy. Poco a poco irás comprendiendo que vivimos esclavos de mil pequeñas concesiones y deferencias. Entre tú y yo también las habrá, pero no tantas. Nos sentiremos más libres. Necesito ser lo más libre posible. Papá lo ha comprendido.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Debían arreglarse, ir a la tienda de Germán, divertirse, gastar la noche de verbena... Cuando salieron a la calle, sonaban los primeros petardos anunciadores de la alegría nocturna. El aire llevaba el perfume de la pólvora. Aquella noche, y en aquel momento, le pareció respirar el aire de la muerte.

Barcelona olía a pólvora y el cielo de la noche de San Juan se iluminaba a trozos. Los ruidos restallaban mientras retazos de conversación zumbaban en sus oídos.

Germán estaba a su lado.

—Una gran idea. ¿Quién te la ha dado, chico?

Le preguntaban a Germán. Él estaba también como aturdido. Se reía tontamente. «Así ríen los felices.» Los otros reían y alborotaban. «Así ríen los...» Antonio contestaba a la pregunta.

—A Germán nadie le ha dado nada. Ni siquiera una idea.

Hablaron los otros. Ellos tres, Germán, Antonio y ella, escuchaban. «Porque somos distintos. Porque estamos marcados con otro signo y no hablamos el mismo lenguaje ni nos regocijan las mismas cosas. Porque hemos llegado a amar el propio sufrimiento. Como una prueba. Quizá no seamos lo suficientemente resistentes para aguantar, pero hay en nosotros la voluntad de llegar hasta el límite. Y ese límite nos aleja de los otros. O nos acerca. Nos hace contemplar a los otros como niños a quienes les faltan años, siglos de cierta clase de experiencia. Nuestro lenguaje, nuestro silencio, es únicamente comprendido por aquellos marcados con el mismo signo. Dejémosles hablar. Escuchemos sus charlas pueriles sin falso orgullo.»

—¿Más vino, Dominica?

—Sí.

Era en aquellos momentos cuando, rodeada por los otros y medio bebida, su lucidez llegaba hasta casi el límite anhelado. Germán y Antonio eran sus amigos. Los otros, hombres y mujeres llamados amigos, eran en aquel momento desconocidos. Groseras le parecían sus risas y observaciones, vacías sus palabras. «He bebido demasiado.» Cuando esto le sucedía, se acercaba a Antonio llena de tristeza. Le hubiera gustado echarse sobre él, como el naufrago sobre la orilla. Dormir sobre el cuerpo de Antonio hasta recobrarle. Decir a cuantos le rodeaban: «Marchaos. Me hacéis daño. Sois como el extranjero que pisa tierra extraña y quiere imponer sus costumbres».

La juerga se prolongó hasta ver despuntar el sol. El maquillaje de las mujeres se descomponía con las luces de la madrugada, y los hombres tenían el aliento agrio de tanto fumar. Después de despedirse de Germán estuvieron bailando. Había bebido mucho y bailaba con los ojos cerrados. Cerrándolos, todo bailaba a su alrededor. Ella era un trompo e ignoraba si las vueltas las daba ella o cuanto la circundaba. E iba de unos brazos a otros. Muchas veces bailaba y no sabía si estaba con Antonio o con cualquiera de los amigos. Se sentía ajena al cuerpo que la estrechaba, al hombre que le estaba hablando. Tenía sueño y sabía que luego no dormiría. El alcohol la atontaba, pero sólo conseguía adormecer su yo consciente. Su voluntad. Su yo inconsciente, entonces, la poseía, se adueñaba de ella y venía el potro salvaje de la imaginación, vertiendo en oleadas todo su acervo.

Se sintió manoseada, sucia. Cuando miraba a Antonio, le veía mortalmente cansado y malhumorado. «Pero hemos de seguir brincando y haciendo gestos de alegría, porque la noche lo quiere.»

Odiaba en aquel momento todas las tradiciones. La noche de San Juan y las

hogueras; su olor infame y su griterío canallesco. Las caras sudorosas de los hombres y su aliento alcoholizado. Subían a sus labios las antiguas palabrotas y sintió ganas de palabrotas y sintió ganas de decirlas en voz alta, a ver qué tal sentaban entre aquella gente. Se escandalizarían... O se reirían. ¿No estaba bebida? Porque en fin de cuentas todos ellos habían estado contando chistes cien mil veces más soeces que una sola palabra inconexa. Una sola palabra no podía tener el mismo sucio valor que la misma entremezclada con frases y argumentos. No la dijo.

Al despedirse de todos le entraron ganas de reír. Una voz decía haberlo pasado estupendamente bien. Quien lo decía semejaba un cadáver medio descompuesto. Y la frase también era un cadáver.

En el coche dijo:

—Un día... No sé cuándo. Un día, cuando llegue la noche de San Juan, me meteré en la cama a las siete de la tarde.

Antonio la atrajo a sí. Le pasó las manos por el cabello.

—Sí, Dominica, sí.

—No creas que he bebido demasiado. Estoy perfectamente lúcida. Y —continuó— un día, unas Navidades, iré a Canarias. Digo Canarias por decir cualquier sitio donde haga un poco de calor. Me tostaré sobre la arena de la playa y en lugar de ponerme mala con la clásica comida, durante todo ese veinticinco de diciembre... guardaré ayuno y abstinencia. Estoy harta de hacer de rebaño...

Antonio volvía a decirle que sí. Le daba la razón.

—Iré sola —dijo.

—Bien, Domi. Irás sola.

—¿Por qué me das la razón?

—Porque yo también estoy cansado.

A veces rostros olvidados venían a su mente durante las horas oscuras. «Así verán los ciegos, los que perdieron la vista y guardan las imágenes.» Menos ciegos que aquellos cuya vista nunca fue y por consiguiente carecían de imágenes.

En el momento de penumbra ideativa; cuando la voluntad que durante todo el día le había servido, desaparecía, muerta quizá de cansancio; cuando oía la respiración acompasada de Antonio y escuchaba el desordenado latir de su propio corazón, la frase del abogado Rogers venía como un estribillo, igual que las preces curativas de los Christian Scientists, como una nueva oración dedicada a no sabía qué santo: «No te apures». «No me apuro. No he de apurarme. Todo irá bien. Todo se arreglará...» Ahora, además de Antonio, había la idea de un nuevo hogar. Ella teniendo que mandar, ordenar, dirigir. Huía cobardemente ante la idea. Lo que hubiera sido fácil a los diecinueve años, se hacía ahora inmensamente difícil. «Como las mujeres que no conocen al hombre a tiempo debido y huyen, se niegan, mueren ante un temor ignorado en los años de la adolescencia.»

Su instalación en la casa de San Gervasio tuvo siempre aspecto de interinidad. Y por eso había amado tanto aquella casa. Si a los diecinueve años le hubieran dicho que definitivamente se quedaría con los padres, la idea le hubiera parecido penosa. Pero no. Era provisional. Unas cuantas habitaciones arriba y la vida en común en casa de los padres. La interinidad le había hecho aceptar gustosa la situación. «Un día tendremos nuestra casa.» Un día... era una idea en nebulosa que llegó a morir sin cuajar por entero. Ahora, cuando la idea estaba definitivamente rechazada, perdida, ahora se terminaba el arreglo provisional.

Se revolvió en la cama. Tenía un calor espantoso. Y sed. Arriba no tenían nevera y ella deseaba agua fría, helada. Se levantó sin hacer ruido. Se puso la bata y bajó en busca de agua.

Una vez en la cocina se sintió tan despejada como si la noche hubiera pasado. Pensó en la angustia del lecho, en todas las imágenes que iban amontonándose, una encima de las otras, como los bloques de cemento de la escollera. Se dirigió a la biblioteca y tomó un libro.

¿Qué hora sería? Las dos y veinte de la madrugada. Dos horas antes se había acostado y allí recalaba con los ojos abiertos, tensa, llena de pensamientos. El ruido de la puerta de la casa la distrajo de su soledad. Permaneció quieta, deseando que Enrique no entrara en la biblioteca. Era de esperar que subiera inmediatamente a acostarse.

Se equivocó. Enrique entraba en la biblioteca creyendo acaso que alguien, por descuido, había olvidado la luz. La vio al entrar.

—¿Qué haces?

—Leía. Estoy desvelada.

—Ya.

Le vio dirigirse hacia el mueble donde se guardaban los licores. Tomó una copa. Vertió coñac.

—No tendrías que beber a estas horas. Habrás bebido ya fuera de casa.

Enrique no le contestó. Parecía cansado. Había estado estudiando en los últimos tiempos, y, pese a ello, lo habían suspendido. Le dijo como si entre los dos la conversación estuviera iniciada:

—No te apures.

Era la frase del padre. Muy fácil resultaba decirla y aplicarla a los otros. Repitió:

—No te apures por el examen, Enrique. Aprobarás en septiembre. Y no te apures por nada. Después del verano, Antonio y yo nos iremos de esta casa.

Volvía a llorar. Y Enrique le pasaba las manos sobre el rostro. Le secaba las lágrimas con el pañuelo. Iba a decir algo, pero Enrique la tenía abrazada. La besó en los labios. Un beso poco hábil, malogrado.

—No puede ser, Domi. Di que no quieres.

Trataba de besarla otra vez. Ella se desasía.

—Déjame. No debiste decirme nada. Tú no debes besarme.

Algo desaparecido brotaba en ella al contacto de un nuevo hombre. Era doloroso comprobarlo, pero continuaba siendo mujer, viva, esencialmente viva. Se dejó abrazar por Enrique. Le vino su olor. Olía a muchacho. Él le levantaba la cara. Le decía casi entre los labios:

—Es mi primer beso, Domi. Tú quizá no sepas o no recuerdes. Para mí significa mucho. Tenía tanto miedo, que siempre retrasaba el momento.

Dejó hablar a Enrique. Escuchándole creía haber recuperado algo perdido, muy lejano allá entre sus recuerdos. Las palabras que acariciaban y las caricias primeras, las caricias que tenían voz. Pasó sus manos sobre las mejillas casi imberbes. Tenían tacto de desnudez. No quería nada más. El tumulto de sus pensamientos se había calmado. No deseaba nada más que aquella pobre caricia. Era como si el mundo hubiera empezado en aquel instante, estuvieran solos, nadie les hubiera dicho nada y buscaran algo ignorado todavía. No pedía ir más allá de esa nueva sensación. Los dos unidos, fundidos, no se besaban. Las dos mejillas apoyadas la una contra la otra, los ojos cerrados.

Él habló:

—Siempre. Siempre. Quisiera retener para siempre este instante...

También ella. Pero ella sabía que nada era eterno. Le apenaba decírselo:

—Has de olvidar este momento. Es cierto cuanto dices. Lo sientes. Eres perfectamente sincero, pero estás equivocado. Aunque lo creas verdad tú serías el primero en darte cuenta de que esto es pasajero. Hay... algo más. Yo no sé demasiado bien a qué me refiero. Estoy tratando de saberlo. La gente confunde. Habla de amor y le da una medida que no tiene. Un valor que tampoco tiene. Seguramente existe otra palabra. Me parece injusto que la misma contenga tantos y tan distintos significados.

Hizo ademán de desasirse y Enrique cedió. Le tomó las manos y se sentaron el uno al lado del otro.

—Voy a dejarte.

—No te vayas, Domi. Deja que te hable. No soy ningún niño aunque mi experiencia sea nula. Has de escucharme. Será mejor para los dos. Acaso lo de hoy no vuelva a repetirse nunca.

—No se repetirá nunca.

—Bien, Domi. Mira. Al principio también creí que era únicamente deseo y busqué las raíces de cuanto podía impulsarme hacia ti.

—*Nunca hubo entre nosotros gran amistad ni confianza.*

—Tú vivías en tu mundo de recuerdo. Incluso...

—*Tú en el tuyo de esperanza.*

—... creo haberte tenido y guardado rencor, alguna vez por esa indiferencia tuya

hacia cuanto te rodeaba. Pero tus palabras quedaban grabadas en mi mente y tus opiniones las fui haciendo, poco a poco, mías. Leí cuantos libros comentabas y aun esforzándome por conseguir una independencia espiritual...

—¿No pudiste llegar a ella?

—... amé cuanto tú amabas y desprecié cuanto mereció tu desprecio. Ante mis amigos, repetía muchas veces frases tuyas que ellos hicieron mías.

—¡Pobre chiquillo!

—Conozco tus inquietudes y me rebelo con tus rebeldías. Todo ello ya estaba en mí antes del regreso de Antonio.

—Teníamos muchas cosas que dilucidar.

—Si tú y Antonio... Pero no. De otro modo hubiera quedado todo oscuro en mí. Dices que no es amor. Para mí...

—No lo es, Enrique —interrumpió ella.

—Para mí lo es. Lo es en este momento. Me reconcilas con la mujer. Podría contarte muchas cosas. Ahora me parecen viejas, absurdas dudas que tú has disipado. Y sólo por eso no debieras temer ni arrepentirte.

—Ya no puedo temer. Ya es tarde para el arrepentimiento.

—Acaso llegue el día y comprenda mi equivocación actual. Pero este error, de todos modos, hace posible la futura verdad.

Vibró el reloj. La media. La media de una hora cualquiera. Una hora había sonado porque el tiempo y el reloj eran incapaces de detener su mecanismo. Seguramente las tres y media de un nuevo día. No deseaba saberlo.

—No me rebelo. No quiero discutir y... voy a dejarte.

—Un momento, Domi. ¿Por qué piensas? ¿Por qué estás siempre razonando? Has pasado años enteros queriéndote convencer a ti misma y no lo has conseguido. Has querido imponerte...

—Y me he destrozado.

—Déjate llevar, siquiera una sola vez, por tus deseos. No te pido nada. Quédate. Hablemos, Domi. Por nosotros. Dime: ¿nunca tuviste tentaciones durante la ausencia de Antonio?

—No sé, Enrique. Creo que no. Mi afán por conservar un recuerdo era tan enorme que los que se acercaban a mí debían perder la esperanza antes de las primeras frases. Tienes razón cuando dices que he pasado años enteros convenciéndome. Y la imaginación, a veces, es tan fuerte como la voluntad. Alguien, no recuerdo quién, me dijo un día que con la imaginación conseguíamos dominarnos. «Y eso suavemente, sin darnos cuenta, que es la mejor manera de ser fiel y de obedecer.» Yo imaginé algo superior a cuanto pudieran ofrecerme y no tuve tentaciones. Nada podía compararse a lo que yo había creado. ¿Comprendes? De antemano morían las tentaciones...

—¡Pobre Dominica!

—No me compadezcas. Seguramente cuanto sucede es culpa mía. No sé todavía el fallo. Presumo que en mí reside la falta o equivocación. Hay seres incapacitados para ciertos afectos y yo debo de ser uno de ellos. Veo una serie de afectos en mi vida, muertos, sin que yo pueda decir dónde ni cómo. Estoy... vacía.

—Otros te pueden dar.

—No lo creas. Me haría el efecto de una imposición.

Lo vio vacilante, con una pregunta en los ojos.

—¿Y yo, Domi? ¿Y este momento? ¿Has sido dichosa siquiera un momento?

Lo era. Aún no había sonado otra hora en el reloj y el tiempo parecía concederle un lapso de emoción. Era innecesaria la mentira. Otra vez acarició las mejillas y le vino la nostalgia de un pasado perdido, la inmensa dulzura de lo sabido, recobrado.

Los labios de Enrique estaban tan cerca de los suyos, que cerró los ojos para no verlos. La besaba. Se mantuvieron en silencio mientras una misma idea los identificaba. Aquél sería el último instante no buscado. No querían malograrlo. El mundo de las reminiscencias y de las imágenes cedía ante el impulso de un presente.

No durmió aquella noche, pero su rostro reflejaba al fin la paz y pudo sonreír sin que la sonrisa fuera un esfuerzo. Ya de pie cuando se despertó Antonio, le abrió de par en par el balcón. Penetró el día. «A primeros de julio.» El día nuevo y último. Se inclinó hacia el jardín y lo contempló otra vez, no con tristeza, con serenidad, con alegría, abarcando todo con sus ojos y quizá queriendo retener algo, por si allá también tuviera necesidad del recuerdo.

Servía el desayuno a Antonio y también le parecía algo recobrado desde el momento en que ella estaba decidida a desaparecer. Lo acompañó hasta la puerta de la casa. Mercedes Silva salía para su misa cotidiana.

Por un momento temió la longitud de las horas que le separaban de la próxima noche. Se equivocó. Tenía mil cosas que hacer. Las cartas de Antonio. Debía releerlas. Se quedó en la habitación relejendo las cartas. «Claro.» Todas eran mentira. O no, todas sinceras, pero no decían la verdad. En los momentos en que Antonio le escribía las cartas (eso era), Antonio se trasladaba mentalmente al lado de ella, estaba con ella en la casa de piedra de San Gervasio. No pudo ver el cambio del marido a través de los pliegos íntimos por la sencilla razón de que al escribirlos, Antonio debía evidentemente de olvidarse de las distancias y de todo cuanto era su nueva vida. Y ella entonces no se dio cuenta. Así Antonio permaneció en su imaginación, presente. ¿Y ella? ¿Qué le dijo ella a Antonio? A veces encontraba una sola frase, una respuesta cuya pregunta ella había enteramente olvidado.

Antonio le dijo un día, poco después del regreso: «Antes de caer prisionero, quemé tus cartas». Ella no sabía el dolor que podía significar convertir en cenizas y voluntariamente algo vivo como una carta. «Fue un acto que me costó muchísimo, Domi. Las llevaba siempre conmigo. Era un bulto, en uno de los bolsillos interiores

de la guerrera, que yo necesitaba acariciar a menudo. Eran tus cartas cien veces leídas, sabidas, aprendidas. Pero no sólo eran tus palabras. También el papel, el tuyo, y tu letra. Tardaron en arder. Acaso el hecho de haberlas llevado tanto tiempo conmigo, sobre mí, las había hecho casi incombustibles. Estaban muy viejas y muy prensadas. Ardían y todavía trozos de frase quedaban inmunes. Luego recogí las cenizas.»

Había escuchado el relato de Antonio sin gran atención. ¿Podía un hombre dolerse por una carta en momentos de peligro para su vida? La verdad: no la emocionó el relato de Antonio. Las cartas de ella, leídas, fueron quemadas. Las de Antonio, guardadas, dejaron de ser leídas. No murieron de golpe. Lo hicieron poco a poco. Poco a poco los pliegos íntimos perdieron calor. Las tenía encerradas en una caja y ya no recordaba el tiempo que la separaba de la única lectura. Y su lectura, ahora, no le suscitaba nada. Eran palabras apropiadas para el caso, bien lo veía ella; y frases dedicadas a una chiquilla. Las frases habían perdido toda su fuerza expresiva. Lástima, no haberlas pasado por la prueba del fuego, como tuvo que hacerlo Antonio. Lástima, sí. Ahora, en estos momentos, ella podría recordar unas cartas dolorosamente destruidas. Volvió a meterlas dentro de la caja. «No vale la pena quemarlas.»

Se le hizo corta la mañana. La hora del almuerzo se le echó encima. Ya estaba todo calculado, medido, y no quería añadir un solo pensamiento a los de la noche. Alrededor de la mesa la conversación era animada. Enrique había telefoneado para decir que almorzaba con un amigo. Mejor. No deseaba ver a Enrique. Enrique, a su modo, la había ayudado. Ella se creía insensible, fuerte... Enrique le había demostrado que era débil y que cualquier día podía caer. Eso no sucedería. Y eso no sucedería en parte gracias a Enrique.

Más tarde, cuando el padre y Antonio bajaron a Barcelona, se fue con ellos.

—¿Con este calor, Dominica?

Le preguntaba Antonio. No sentía calor. Se encontraba perfectamente bien.

—He de hacer unas compras y luego ir al peluquero. Más tarde te recogeré en el despacho.

Charlarían como el otro día y ella le daría la razón. Cuando Antonio le hablara de la nueva casa, ella le explicaría sus proyectos. Esa casa que nunca sería la imaginó durante la pasada noche. Quería, además de otras cosas, una habitación para ella. Volvería a pintar. Para eso no importaba la edad. Podía empezarse a cualquier edad y más quien como ella lo había hecho durante los años de estudio. Se lo diría a Antonio y Antonio lo aprobaría, pues nunca le había negado ningún capricho.

La dejaron en la peluquería.

—No te dejes cortar el pelo, Domi.

—¡Qué manía tienes! No puede crecer de golpe y de todos modos he de



arreglarme, ¿no crees?

Se reían los dos al recuerdo de la melena lisa. Tardarían unos meses en conseguir los centímetros apetecidos. Es decir: no tendría tiempo.

Cuando salió de allí, entró en la farmacia. ¿Cuántos tubos necesitaría? No tenía la menor idea. «Con tres habrá más que suficiente.» ¿No le dijeron que dos comprimidos eran el tope? Treinta comprimidos serían bastantes. Le daban un solo tubo.

—Tres por favor.

El farmacéutico pareció un momento indeciso. Ella le sonrió. Acababa de salir del peluquero y estaba muy hermosa. Sonreía al farmacéutico mientras le decía:

—Me marchó de viaje, al extranjero... y es el único somnífero que me hace efecto. Por eso...

El hombre sonreía también asintiendo. No había la menor dificultad si deseaba llevarse más tubos, por si acaso.

—Será un viaje muy corto.

—¿Quiere pesarse?

Le habría caído en gracia. Se pesó. Recordó que cuando era pequeña le daban además pastillas de goma. Estuvo a punto de pedir pastillas de goma. Salió de la farmacia con un inexplicable contento.

Era todavía muy pronto para ir a buscar a Antonio y pensó entrar en un cine. Se detuvo un momento ante los escaparates. Compró una entrada. El local estaba refrigerado y hacía tiempo que no había visto los Nodos. Nunca llegaban ella y Antonio para los Nodos.

Cuando salió del cine, se dirigió a pie hasta el despacho.

—¿Te preparo unas bebidas?

Esta vez las prepararía ella. Se sentía ligera, casi ingrávida. Tomó los cubitos de hielo de la nevera y vertió whisky en los vasos. Antonio la dejaba hacer.

—Estás muy hermosa.

Hablaron. Le expuso sus ideas. La persiana menguaba la luz y la charla con Antonio era fácil. Muy fácil. Sería la última charla. Deseaba un piso con terraza. Plantas y mucha luz. Quería tener una habitación destinada a taller. Tal vez le hicieran falta unas cuantas lecciones de dibujo. Sería mejor.

—¿Crees que podríamos cenar fuera de casa esta noche, Antonio?

Le decía que sí. Parecía muy satisfecho. Podían telefonar a casa avisando y luego cenarían en cualquier sitio.

—En casa de Germán.

Lo dijo naturalmente porque todo ahora sonaba a verdad. Antonio asintió. Irían a casa de Germán.

Germán se sentó con ellos y también Juana. Juana sobraba en aquella cena,

pero... no podía pedirse la perfección. Juana estaba a su lado y le decía que por ella esperarían un año. ¿Por qué esperar? Porque Juana deseaba llegar a la docena completa de sábanas y toallas. Todavía le faltaban cinco. ¿Cinco qué? Se reía. Germán y Antonio se estaban riendo. Juana continuaba diciéndole que era menester en la tienda alguien con cabeza, porque los hombres no entendían ciertas cosas y... era menester que ella se preocupara de la tienda.

Tenía apetito aquella noche. Germán y Antonio charlaban mientras Juana se enzarzó en una explicación en donde mediaban unos vasos y ciertos trapos de cocina. Y... otras muchas cosas.

—¡Ah! Sí. Muchas cosas.

Cosas graves, ya que Juana se lo decía bajo al oído, para que Germán no se enterara.

Se habían reído de veras aun cuando ella, de pronto, sintió ganas de llorar. Estaba bebiendo demasiado. Y cuando notaba ese llanto amenazador, metía las manos en el monedero y tocaba el envoltorio. Un paquete de papel fino donde fácilmente se advertían tres cajitas. Un tacto cuadrilátero y reconfortante. Podía reír de nuevo. La pieza, aunque había resultado tremendamente larga, se estaba terminando. Los cansados actores, por muy cansados que estuvieran, hallarían reposo. Sabía ella al menos que todo llegaba a su fin. «El más perezoso de los ríos al mar.» El día más largo a la noche. La fidelidad más auténtica, al deseo de traición. Y nada había eterno en el mundo, ni siquiera el recuerdo, pues también el recuerdo moría, al morir el ser que había recordado.

Un momento. Un solo momento tuvo de vacilación. Fue al ver la esperanza en los ojos de Antonio. Demasiada confianza, demasiada devoción, demasiada ignorancia. Permaneció despierta junto a él hasta que su mano soltó la suya. Entonces, cuando le vio ausente, tranquilo, apaciguado..., entonces.

El sopor le venía por oleadas, como de lejos, tomando su cuerpo y proyectándolo contra una blanda orilla. Y ella consentía, abandonada, como los restos del naufragio que iban y venían en la rompiente de las olas, llegaban incluso hasta la arena y volvían a ser recobrados por el mar como en un juego. Un juego consistente en no dejarse abandonar del todo. En ir y venir, reposar y agitarse de nuevo; debatirse entre la espuma y descansar sobre la arena. Era un retorno a la vida cada vez más lejano y difícil. Cada vez más suave. Su sueño tenía murmullos de mar y eso la tranquilizaba. Sería un sueño. Nada más.

Al principio sintió temor. No experimentó los efectos hasta pasado un momento. Sentíase lúcida y desvelada como en las noches postreras. Estuvo por bajar y beber algo que le ayudara en el trabajo de dormirse. Coñac. Cualquier cosa. Había oído decir que era más fácil. Fue a levantarse pero al poner los pies en el suelo el suelo era ya huidizo, tal como ella deseaba. Volvió a acostarse. Pensaría.

Enrique era un niño pequeño y ella le quería precisamente por eso. Ya no había malos pensamientos en torno al pequeño Enrique. Él la había ayudado. Debía agradecerse. No negaba el momento. El sonido del reloj. Los labios poco hábiles y las mejillas imberbes. Enrique no podía hacer nada por ella. Acaso esa misma noche Enrique fuera de casa, conociera a la mujer, y (ella lo sabía) en un momento podía morir una imagen. Enrique, jurando amor, mentía inconscientemente como ella había mentido, como todos mentían. La fidelidad no dependía únicamente de la carne, sino también del pensamiento. El pensamiento era un potro desmadejado y salvaje que corría sin detenerse vertiendo a lo largo del camino su acervo de angustia. Cuando el potro salvaje se detenía asustado, hincando separadas las cuatro patas en tierra, ella estaba bañada por el sudor de la inexplicable corrida. Luchaba unos momentos. Respiró. No quería ser vencida. Mientras le durara la memoria iría recordando y no dejaría que su imaginación cabalgara suelta por caminos desconocidos.

Un pasado. ¿Feliz? La ventana abierta sobre el jardín de atrás. Las oscuras ramas del abeto, que se balanceaban eurítmicas, como negros abanicos. El olor de la lluvia. El jazmín al atardecer. Los eucaliptos creciendo, ensanchando su sombra olorosa más allá de los muros.

La calle en perspectiva... No. Ella no deseaba ver la calle. Pero no podía luchar. Avanzaba poco a poco, temerosamente. Ya no le parecían pétreas las fachadas. Las casas tenían piedras resbaladizas como el contacto de los peces en el estanque. Alguien la llamaba. Era Flores. «Algún bicho feo.» No había bichos y ella no estaba en el estanque. Los labios, los dientes rozaban contra las piedras de las fachadas, y las piedras blandas no la herían. Se estremeció. Era como si su sangre empezara a llenarse de miles, millones de burbujas. Un poco más y llegaría a la estrecha rendija. Allí estaba... Antonio. Antonio hablaba de ella con Germán. Le decía cómo era, cuando estaban allá, con los otros, con todos los millones de otros que Germán y Antonio habían conocido. Antonio y Germán y todos los otros estaban allí, y quizá podían ayudarla. Ella no podía quedarse en este lado de la calle, tan sola.

Forcejeó. De veras creía que se ahogaba. Luchó. Las casas la envolvían como una masa y ella no podía, no quería volverse atrás. Liberó sus labios de las piedras lisas que como peces sumergían su boca. Gritó y de su boca surgieron burbujas y zumbidos de insecto. Llamó a Antonio, pues ella deseaba morir y él debía ayudarla. Él siempre le había dado la mano.

Le llamó con su última voz, con su último aliento, con sus últimas palabras, en su último instante.

## ... Y ÉL

*Si una dulce vejez algún día te otorgan los dioses, aún los dos escaparnos podremos de tanto infortunio.*

(LA ODISEA. R. XXIII.)

SABÍA QUE ERA IMPOSIBLE. Gabriel no podía llamarle por la sencilla razón de que había muerto. Luchaba contra la pesadilla que le hacía revivir la calurosa tarde de julio, cuando él, con los brazos vacíos subió lentamente las Ramblas y luego el Paseo de Gracia.

Recordaba perfectamente el banco donde se había sentado y casi podría repetir los actos de aquel día. Pero aun soñando sabía que Gabriel no le había llamado. No podía llamarle porque había muerto. Él le estuvo buscando horas y horas, manchando sus manos con la sangre de los otros y no le encontró.

Sin embargo, oía su voz. Su lejana y apagada voz.

Deseaba despertarse. Aquello le dolía demasiado y no era cierto. Dio media vuelta en el lecho y, finalmente, tomó contacto con el mundo. Estaba bañado en sudor. Otra vez había estado soñando. Lo extraordinario era que hacía tiempo y tiempo no le sucedía con Gabriel. Nunca, mejor dicho. No soñaba nunca con los amigos ni con Dominica. Sus sueños eran imprecisos, vagas situaciones de las cuales rara vez se acordaba por la mañana. Pero el de aquella noche era angustioso. Encendió la luz de la mesilla de noche y contempló a su mujer.

Así, dormida, era la misma de los primeros tiempos. Plácida y abandonada. No podría dejar de amarla. Aunque no fuera la Dominica que él había mejorado, deformado allá lejos, seguía siendo la forma blanca entrevista en medio de la lluvia. Aun ahora, pese a su rebelión y su frecuente aspereza, había en ella la fragilidad, la falta de fuerza que tanto ansiaba en la mujer.

Le pasó la mano por los cabellos. Le habían crecido un poco desde su regreso. Él se lo pidió. Y eran sedosos, lisos. Los labios los tenía entreabiertos como si fuera a decir algo. Le tomó la mano. En pleno mes de julio la tenía fresca. La mano de Dominica quedó reposando en la suya blanda, blanca.

Y no experimentó ningún miedo por la sencilla razón de que no pensaba del todo en Dominica. A decir verdad, se sentía inquieto por el sueño y hubiera deseado hablar un momento con ella. Se levantó de la cama e hizo ruido adrede. Dominica iba a despertarse. Tenía el dormir ligero, más en estos últimos tiempos. No consiguió su propósito. Los labios de ella continuaban abriéndose como en un vano intento de hablar y la cabeza se movía en la almohada. Se inclinó sobre ella.

—¡Dominica!

Nada. Sopló sobre su rostro. Alguna vez la despertó así antes. Encendió luego la luz, todas las luces. La tomó del hombro y la sacudió primero cuidadosamente, más

tarde con rudeza. Dominica dormía. Le golpeó las mejillas con impaciencia, la asió por debajo de los brazos y la sentó en el lecho. La cabeza de Dominica quedó inclinada, colgándole sobre el pecho, el pelo caído sobre la cara. La llamó gritando: «¡Domi! ¡Dominica!»

Y ella no respondió. Quedó allí, en sus brazos, pesada, como una cosa, como un muerto.

Cerró los ojos. Se sentó al borde de la cama se restregó la frente y se rascó la cabeza. Estaba soñando. Seguramente estaba soñando, dentro de un momento despertaría y todo habría pasado. Intentar una prueba. Andar. Ir al cuarto de baño. Tocar el agua y sentir sensación de frío en sus manos. Abrió el grifo y sus manos se llenaron de agua. Sintió el frío recorrerle todo el cuerpo.

Tomó un vaso, lo llenó de agua y gritando para que se despertara lo arrojó al rostro de su mujer. Los cabellos se empaparon, el rostro quedó mojado, lleno de gotas, tranquilo. Dormido.

Y él estaba despierto. Y no comprendía. Pasó al vestidor como un autómata. Buscó sus prendas. Sobre la cómoda había un teléfono. Lo descolgó y llamó a Florencio. Eran casi las cuatro de la madrugada. La voz de Florencio —aún adormilada— era bronca, real. Florencio le contestaba. Y él le dijo: «El coche, tenlo en seguida».

Corrió a la ventana, desde donde se divisaba la vivienda del chófer y vio a éste a los pocos momentos salir de ella, agarrando la americana que le tendía Regina. Regina, medio desnuda. El garaje estaba al otro lado de la casa y hacia allí le vio encaminarse a grandes zancadas.

Todavía estaba en la duda. ¿Avisar a los padres? No. Eso y todo lo demás habrían de resolverlo únicamente entre él y Dominica.

La envolvió con su gabardina y la tomó en sus brazos. Pesaba muy poco. Avanzó y bajó la escalera sin hacer ruido. Sintió unas ganas atroces de llorar. No había llorado al despedirse de ella. Ni lloró aquel día, cuando se sentía como una uva madura, junto a la madre de Gabriel. Las lágrimas le parecían superfluas. Gabriel había muerto y quedaba el dolor. El profundo recuerdo. La huella que no borraron los años ni nuevos sufrimientos. Pero Dominica... estaba viva, caliente entre sus brazos y debía salvarse. No sabía. Aún no sabía nada, pero sí que debía salvarla. Esta vez sus brazos llevaban un cuerpo que debía salvarse. Y por ese cuerpo vivo, por ella, sí, no le daba vergüenza verter sus lágrimas de hombre ni que le viera Florencio. Ni que cuando le preguntara dónde quería ir a aquellas horas, él no supiera a ciencia cierta adónde dirigirse.

—A la clínica más próxima. Aprisa.

Cuando la entregó al médico, cuando le preguntaron: «¿Qué le sucede?», se limitó a mover la cabeza.

—¿Qué cree usted que puede haberle sucedido?

No lo sabía. No podía saberlo ni imaginarlo. Aún no. Entonces le hicieron pasar a una sala de espera donde otros dos hombres aguardaban. Él no quería separarse de Dominica, pero el doctor y las enfermeras lo alejaban. Decían que se tranquilizara. Se cuidarían de ella. Tener confianza. «No. No sería nada. Todo resuelto en unas horas.» Luego le explicarían. «No era grave.» Tenía suerte. «Sí. De cuando en cuando se presentaba un caso parecido. Por inadvertencia.» Tenía mucha suerte. Suerte de haberse dado cuenta.

En la sala de espera había otros dos hombres. Se sentó después de saludar y su voz le pareció un eco, una costumbre. Hundió la frente entre las manos. Murmuraba su nombre, el de ella. No deseaba dejarla sola e iría repitiendo su nombre. Le interpelaban:

—¿Nervioso? ¿Es el primero?

¿De qué le hablaban? ¿El primero de qué?

—Perdón. Estaba distraído. ¿Decía?

—Que siempre se está nervioso cuando se espera el primer hijo. Luego, como en todo, viene la costumbre.

Y el otro hombre asentía:

—Y las mujeres son asombrosas. No le dan la menor importancia. Nosotros vamos a casa del dentista muertos de canguelo y ellas vienen aquí como si fueran a pasar una temporada de reposo.

Les dio la razón.

La primera clínica surgida al paso era exactamente el lugar donde se daba vida. Allí nacían seres y las enfermas eran mujeres cuya enfermedad era la única que produce vida. Quizá alguna hubiera muerto. Tan pocas, que de ello no se hablaba. Los dos hombres que aguardaban parecían jóvenes, tranquilos. Se contaban su vida. Hacían cábalas sobre el sexo del que iba a nacer. Uno de ellos sabía incluso el sexo.

—No se preocupe, hombre. Todas las mujeres han pasado por este trance desde que el mundo es mundo.

Hablaban de la mujer con tanto despego que se sintió casi ofendido. Los miró. Ellos no podían saber. Dos hombres corrientes que hablaban de los sucesos cotidianos y del hijo que iba a nacer. Sin duda buenos maridos, buenos padres. Se mostraban el uno al otro las fotos de sus hijos y las de sus esposas. Serían amigos algún día gracias a esa pequeña coincidencia de haber tenido un nuevo hijo en determinado momento. Le pasaron las fotos. ¿No tenía él fotos de los suyos?

Contemplaba los hijos y las mujeres de aquellos desconocidos sintiendo que las lágrimas le subían por la garganta. Mujeres sonrientes entre sus pequeños. Esposas de aquellos dos hombres que aguardaban un nacimiento hablando de fútbol, lamentando uno de ellos no estar en Pamplona para las fiestas de San Fermín. Leyendo los

periódicos de la noche.

—Estas conversaciones franco-vietnamitas... Ahora discuten sobre el destino y trato de los prisioneros de guerra de Indochina. Dicen que algunos de ellos llevan ocho años...

—Ocho años. Para morir de asco.

—¡Bah! Son exaltados. Mercenarios o gente más o menos chiflada. En Indochina hay de todo. Hasta españoles.

—¡Vaya broma!

Hombres algunos años más jóvenes que él, pertenecientes a esa generación intermedia que fue adolescente cuando él ya era hombre. Hombres que no sintieron nunca vibrar la patria que nunca participarían en ninguna guerra, que continuarían haciendo política y... preparando quizás una nueva contienda para una nueva generación. Él no recordaba haber hecho nunca política. Pero sintió la guerra como un impulso elemental, irrazonado. Contempló a sus compañeros de espera. Hombres sin recuerdos, sin lastres, y sus estúpidas rémoras. Maridos de mujeres que, una vez uncidas al yugo común, no habían tenido ocasión de salirse de las eternas roderas.

Se sintió ajeno a ellos, extraño. Envidió la suprema ignorancia, estimó en su justa valía el equilibrio de los dos compañeros que la noche le había reservado. Pero le era imposible hablar con ellos. Ni él, Antonio, se les parecía, ni ella, Dominica, era como las dos sonrientes mujeres de las fotos. Las otras dos aguardaban el hijo.

No se trataba de la hipotética vida de un nuevo hijo. Él aguardaba la vida de ella, la de Dominica. Y en aquel momento deseaba con toda el alma que se salvara su mujer, aunque tuviera que confesar que no era feliz con ella, aunque ella no le amara. Pero ella era la única que habría sufrido en la misma medida y, por consiguiente, la única capaz de no herirle con palabras huera o vulgares.

Entró la enfermera. Movidos por el mismo resorte se levantaron los tres a un tiempo. Él fue el solicitado. Los otros le deseaban suerte, le felicitaban sentándose de nuevo. Salió de la sala de espera deslizándose tras la enfermera.

—¿Cómo está? Dígame...

—Ahora hablará con el doctor.

Le recibió en el despacho y al verle recordó que aquélla era una noche de julio, pegajosa y calenturienta. El hombre, frente a él, tenía el pijama sudado. Le tendía un cigarrillo y aceptó. Tampoco había pensado en fumar desde que despertó de su pesadilla.

—Vamos a hablar tranquilamente. Cuénteme...

—No sé nada, doctor. Ella no respondía. Tuve miedo. Eso es todo.

No quiso saber la verdad a través del extraño. Dominica vivía y ni él ni ella tenían por qué dar explicaciones. El hombre sentado frente a él podía seguir abriendo y cerrando la boca —como un pez fuera del agua—, que él no tenía tampoco por qué

escucharle. Dominica vivía y él comprendía. No podía explicarle.

No hay

—... estado depresivo.

Ahora le hablaba de su salud. Debían de haberle tomado la tensión, la temperatura, y todo eso. Le pareció estar escuchando el deslavazado y eterno cuestionario médico: «Saca la lengua. Tose. Respira. Contén la respiración. Tose. Di treinta y tres. Treinta y tres. Treinta y tres. ¿Funcionan bien tus intestinos? ¿Tienes apetito? ¿Duele? ¿Aquí? ¿Aquí? ¿Aquí?» Dolía terriblemente, pero en ningún lado podía localizar el dolor.

No hay

La pluma del médico arañaba el papel. Era una receta. «Reposo y...»

Quizá ya ni le hablaba de ella. A lo mejor —como los dos hombres que aguardaban—, la boca se abría y se cerraba para comentar los últimos sucesos del mundo.

No hay

—... distracción.

Le pareció haber pescado la palabra.

No hay

—Dentro de unas horas podrá trasladarla otra vez a su casa —decía ahora el hombre del pijama blanco— o si prefiere dejarla aquí unos días... Como quiera.

—Creo que unos días de clínica serían convenientes.

Contestó al azar. Intuía que eran necesarios unos días de soledad, de alejamiento.

—Vamos a verla —dijo el especialista levantándose—. Duerme todavía. Es posible que siga durmiendo o dormitando unas horas. No tiene la menor importancia. Sería contraproducente querer impedir ese sueño. Cuando despierte, su estado será casi normal.

Cuando se aproximó al lecho donde reposaba Dominica sintió otra vez, la opresión que anteriormente le había agarrotado. Sería difícil. Iba a ser muy doloroso aquel despertar. Lo estaba previendo. Dominica lo había preparado todo muy a conciencia y él había echado por tierra sus planes. ¿Se lo agradecería? Sabía que el acto de su mujer había sido, sin duda alguna, premeditado. Debió de pensarlo mucho antes de decidirse y, una vez decidida se encontró, al parecer, liberada. Repasó los hechos del día anterior y se acusó de no haber sido lo suficientemente agudo para notar que el súbito contento, la nueva paz que emanaba de Dominica era la certeza de que aquello iba a terminar. Y no había terminado. No terminó porque él, aunque inconsciente, vivía con ella, estaba pendiente de ella. La voz que le llamó, según su sueño, era la de Gabriel. Pero él temía por Dominica y Dominica vivía, pese a ella. Cuando despertara tendría, ¿quién sabe?, la inmensa decepción de no haber llegado a término. Y sería muy difícil hacérselo aceptar.



Le tomó la mano. Estaba tibia y por ella circulaba la vida. Miró la hora. Eran cerca de las ocho de la mañana.

Entonces se acordó de los suyos, de que no vivían solos, de que había explicaciones. Y antes que nada tenía que salvar a su mujer de las consecuencias de su acto. Pensó en su padre y desde la clínica le mandó llamar.

Al padre sí, pudo contárselo todo. Es decir, no hizo falta. Enrique Rogers lo sabía.

—Me lo figuraba, Antonio. No quise hablarte. Lo sucedido no puede juzgarse, pues resulta imposible juzgar la sinrazón misteriosa que de dos seres unidos legalmente hace dos adversarios, dos enemigos, dos desconocidos. Ni yo ni nadie puede condenar a Dominica. Ella quiso desaparecer y no lo ha logrado. Luchó tanto, que se agotó en la lucha. Seguramente lo mejor de ella, estaba aniquilado cuando cometió el acto. Compréndela. No tenía dónde refugiarse. Ningún reproche podía dirigirte. Volvías, volviste a casa aureolado con tu nueva personalidad de héroe, de mártir. Y ella, ellas, Antonio, no desean ser esposas de héroes. Dominica amó al hombre que eras, no al que ha vuelto.

No hay

Si ella le necesitara le encontraría siempre a su lado. «El combate más duro. La lucha contra mí mismo y mis propias apetencias. La lucha continua del hombre por conquistar lo que es suyo y puede no pertenecerle.» Porque él sabía que era imposible apropiarse de la voluntad del otro. La voluntad del otro quedaba siempre libre. Siempre. Dentro de uno mismo, él sabía que siempre había sido libre.

Eso era. Y él recordaba que, incluso allá, cuando en su cuerpo ya no había carne ni fibra ni sensación de fuerza, todavía le quedaba el yo mismo, indómito y libre. Cuando a ese cuerpo se le martirizaba, se le obligaba, humillaba o hacinaba entre tantos otros cuerpos tan desdichados como el suyo, todavía seguía siendo, dentro de él su propio dueño; su yo mismo. Cuando la rebelión se volvía externa y había gritado; cuando se le impuso silencio a la fuerza; su voz interna, seguía hablando, clamando. Esa voz libre. Era él mismo. Cuando castigado dejó de ver la luz, encerrado días y noches, que se sucedían exteriormente sin que él pudiera adivinar el cambio, dentro de él había luz y veía. Le habían sustraído al mundo externo, el de los objetos, pero su mundo, el que llevaba dentro de sí, lleno de imágenes, permanecía intacto. Era propio y no podían arrebatárselo. Era él mismo y por consiguiente inviolable. Era lo que le había salvado. Aquello que no se achicó como se fue achicando el cuerpo. Fue lo que siguió creciendo y en los peores momentos le devolvía conciencia de su ser y de su dignidad de hombre.

No trataría de apoderarse, de querer apoderarse a la fuerza de este tremendo yo tanto más libre cuanto más tiranizado. Le dejaría en libertad de escoger y, si un día, si un día Dominica volviera a entregarle su conciencia, su yo... Pero no debía pensar en ello. Bien sabía él que ni los años, ni la esclavitud, ni la fuerza podían rendir esa

suprema libertad del hombre.

Cuando le avisaron que Dominica empezaba a despertarse, se despidió del padre. Enrique Rogers lo explicaría en casa. Diría que Dominica había sufrido un accidente. ¡Tantas cosas se explican con una sencilla palabra!

Él estaría a su lado en aquel momento. Tenía mucho miedo otra vez y se sintió torpe. Pero deseaba estar a su lado.

La vio entreabrir los ojos. Quedaron un momento fijos en el techo y luego, como haciendo un esfuerzo, se volvieron a él. Nada dijo. Volvió a cerrar los ojos.

Pasaron unos minutos más. Ignoraba si había recobrado el conocimiento o bien si seguía en sus sueños. No le dijo nada.

Dominica se despertaba otra vez y pareció extrañada del lugar. Aún no recordaba.

A lo lejos se oyó el llanto de un recién nacido. Seguramente uno de los dos nacidos aquella noche. Dominica escuchó sorprendida...

—¿Por qué, Antonio?

Todavía no recordaba.

—Recuerda, Domi, anoche...

Repitió ella:

—Anoche...

—Anoche... —insistió él, sin atreverse a continuar.

Repetía ella, como una lección:

—Anoche... quise morir.

Cerró los ojos y de sus labios escuchó un relato oscuro.

—No encontraba la salida y tenía que llegar hasta el final. Ya no era doloroso. Cuando una sabe que hay un final, ya nada nos hiere ni nos agobia. Allí, al final de la estrecha calle... Tú estabas lejos. No tenía fuerzas y era como un embudo. No sé cómo pude meterme dentro de aquel embudo...

Divagaba, seguramente mezclando realidad y sueño.

—Yo estaba a tu lado, Dominica. Yo siempre estuve a tu lado. Hubiera sido tan sencillo explicarme...

Ella seguía ajena:

—Desaparecer. Salir yo sola. Era lo mejor. Una vieja dijo: «Nadie es imprescindible. El hombre se consuela». Yo no hago nada aquí.

Pasó sus manos sobre los labios de ella.

—Calla, Domi.

Le dolían sus palabras; tenía otra vez ganas de suplicarle y de decir: «Calla, Domi. Mientras haya una sola persona en el mundo que nos esté esperando, aunque no nos necesite, tenemos la obligación de vivir por ella».

—¿Por qué no me dejaste, Antonio? Tú hubieras hecho como Germán. Otra mujer. Sin recuerdos. Hijos... Yo quisiera...

—Calla, Domi.

Le tomó la mano. Hundió su cara entre las sábanas.

—Tú no puedes. Deja que te ayude. Y calla, Domi. Calla.

Desde la clínica la llevó directamente a Palafrugell. En la casa dio una vaga explicación. Dominica había sufrido un pequeño accidente. Lo mejor era dejarla descansar en la clínica y luego acompañarla al lugar determinado para el veraneo. Hacía mucho, muchísimo calor. Y Dominica prefería la vieja casa de Palafrugell a la estancia en Camprodón, donde los Rogers acostumbraban a pasar últimamente los meses de verano.

—Pero, Antonio, tu mujer estará muy sola en aquella casa. La abuela ha muerto y también la vieja criada. Una mujer de pueblo guarda la casa. ¿No crees que estaría mejor con nosotros?

Éstas y otras razones argüía Mercedes Silva, que no llegaba a comprender. Para ella todo se tornaba confuso de un tiempo a esta parte. Lo atribuía a su edad y a la incapacidad normal de adaptarse a ciertas situaciones. ¿Por qué Dominica no volvía a la casa de San Gervasio? Lo lógico era que recogiera sus cosas y viera cuánto le hacía falta para la temporada en Palafrugell. «No. Nada de eso.» Él dijo a la madre que hiciese las maletas y que todo iría perfectamente.

No quería explicar y discutir. Le era muy difícil. Sabía que Mercedes no comprendería nunca el acto de Dominica. Lo atribuiría a un descuido, a un error... ¡Pobre madre! Tenía que luchar contra ella para que dejara en paz a Dominica, que, en la clínica, parecía recobrase poco a poco.

—¡Tan sola, hijo! Anita y yo podríamos turnarnos. Y por la noche...

Ya sabía. Mercedes quería significarle que por las noches él debería quedarse allí a dormir, hacerle compañía. Y era mejor lo contrario. Mucho mejor dejar a Dominica recobrase por sí misma. Las horas de soledad le eran beneficiosas. Cuando él iba a verla un momento al mediodía, otro a la caída de la tarde, Dominica le esperaba. Hablaban de cosas sin trascendencia. Le pedía su parecer sobre ciertos asuntos pendientes. Del despacho.

—No sé, Antonio. ¿Cómo voy a aconsejarte? Tú entiendes más que yo de esas cosas.

Esas cosas les evitaban hablar del propio conflicto. Pequeñas, sórdidas cuestiones casi siempre ligadas a cosas materiales. Herencias discutidas, indivisos que separaban hermanos antes unidos. Separaciones entre marido y mujer...

Cuando la dejaba y volvía a los suyos, el día que a Anita se le ocurrió decir: «Siempre fue así; rara, diferente. Buena, pero diferente», él se mostró conforme. Cierto. Por eso la hizo su mujer. Había miles, millones de mujeres como Anita para ventura de los miles y millones de Escrivás que poblaban el mundo. Dominica era diferente, había sido escogida por él y no podía negar esa diferencia. Contestó a su

hermana: «Dominica es diferente de ti, lo cual equivale a decir que tú eres distinta a ella. A los ojos de Dominica, tú eres la extraña. Hay mujeres como tú, Anita. Buenas mujeres como tú. Y existe además la clase de mujeres que no son como tú». Anita no había comprendido.

La reacción de Enrique fue la lógica en un muchacho de su edad. El pequeño parecía desmesuradamente preocupado. Trató de salir con él. Pero Enrique le huía. Deseaba la soledad. Insistía para que le dejaran pasar el verano en Heidelberg, con unos amigos.

—Aprenderé alemán.

Veía en el hermano el perpetuo cambio e indeterminación. Eso, seguramente, debía de atormentarle. Estudiaba como un condenado y no hablaba ya de Venezuela, sino de Heidelberg.

—En septiembre aprobaré.

A veces le acompañaba a la clínica. El primer día se afectó tanto, que Dominica había dicho:

—Todo ha pasado, Enrique. Vamos, todo ha pasado. Fue un mal momento: nada más.

—Un mal momento, Domi. Perdona.

Seguramente le pedía perdón por su estúpida sensibilidad. Luego hablaron de Heidelberg, de las chicas alemanas, del examen de septiembre.

—¿Crees que aprobarás en septiembre?

Enrique contestó que sí. Le pidió permiso para verla a menudo. Dominica respondió:

—Nos marchamos a Palafrugell en cuanto Antonio lo decida.

Durante el trayecto, y mientras dejaban atrás kilómetros de carretera, él preguntó:

—¿Cómo te las arreglarás en esa casa tan grande y con una mujer de pueblo?

Conducía no demasiado aprisa. Ella iba a su lado. La pregunta pareció cogerla desprevenida.

—No sé. No quiero pensar en lo que haré o será. Ya veremos.

Comprendía lo que Dominica no se atrevía a formularse. Era aceptar la vida a trocitos, a dosis minúsculas unas después de otras para ir acostumbrándose a ella. Él debía admitirlo. Aún más: debía comportarse como si todo hubiera sido hablado y premeditado. Le hubiera sido fácil tomarse quince, veinte días de vacaciones y pasarlos con ella. No lo hizo. Mejor era comportarse como un hombre corriente, ajeno al problema de su mujer. Hacer y actuar por amor lo mismo que otros hacían por hábito o indiferencia.

—Siento no poder quedarme, Domi. Vendré a menudo. Si necesitas algo, llama al despacho. Ya sabes mis horas.

Y la dejó con angustia, con la esperanza de oírle decir: «No me dejes, Antonio».

En lugar de la súplica, escuchó:

—Nunca más volvimos a esta casa. La vuestra se vendió y no sé cómo se me ocurrió conservar la mía.

Recorrieron las habitaciones. El patio trasero, lleno de plantas, lleno de recuerdos. Instintivamente alzaron la cabeza. El canalón de recogida de aguas, el tejado, los tejadillos. El hueco en el muro.

No le dijo nada.

Se despidió de ella sin que entre los dos mediara una pregunta. Se alejó de ella despacio, procurando dar a su marcha la menor importancia posible. Por no asustarla con su propio e íntimo temor.

Otra vez se alejaba de ella. Voluntariamente, para darle tiempo a reflexionar, a sentirse libre.

—¿No tienes miedo? —le dijo el padre.

Y él:

—¿Miedo de qué?

Quería negarse el miedo.

—De que intente otra vez.

Lo tenía. Y seguiría teniéndolo en casa, en el despacho, durante las horas diurnas y por las noches. Por las noches pensaría en ella y se despertaría muchas veces implorando: «No lo hagas, Dominica. Tómate tiempo. En todas las luchas el que sabe vencer al tiempo termina ganando».

Tuvo un sobresalto cuando al día siguiente le anunciaron conferencia de Palafrugell. Estaba esperando la voz de la buena mujer anunciándole... —Soy yo, Antonio...

Se quedó mudo. Una bola le obstruía la garganta.

—¿Oyes? Quería solamente hablar contigo. Pensé que...

—¡Dime! ¡Dime!

—Nada. No volverá a suceder. Eso.

La voz iba y venía y él gritaba mientras la telefonista interrumpía:

—¿Hablan? Barcelona, de Palafrugell. ¿Hablan?

Le colgaron. Se quedó un momento mirando al auricular. Lo dejó luego bruscamente sobre el soporte.

Volvió a llamarle dos días después.

—¿Hablan? Barcelona, de Palafrugell.

—¿Dime? ¿Dime?

Le daba una lista de recados. ¿Cuándo iría?

Quiso contestarle: «Ahora, Domi. Mañana. Cuando tú quieras».

Dijo:

—Cualquier día de éstos. Pronto.

—¿El sábado?

—Probablemente.

Colgaron. El sábado. Era miércoles y tres interminables días le separaban de ella. Estaba solo en Barcelona. Los suyos se habían ido a Camprodón y Enrique salía aquella noche con destino a Heidelberg.

Volvía a comprar cosas para Dominica y el recuerdo de los primeros tiempos le roía como una obsesión. Mil cosas absurdas y ridículas había comprado a Dominica durante los años felices. Ella reía y le gritaba a veces: «Pero, hombre de Dios, ¿qué voy a hacer con seis pares de guantes?» Él, confuso, tenía que aclarar: «No lo sé, Domi. Me gustaban los seis y temí equivocarme. Puedes devolverlos, si quieres, o cambiarlos». «No, no... Me quedaré con ellos.»

Antes era distinto. Aunque se equivocara, aunque oyera en boca de Dominica palabras de fingida o real desaprobación, sabía que ello no tenía importancia. Dominica podía enfadarse cuando él, sin acordarse, le regalaba por tercera o cuarta vez la misma cosa. Y podía también burlarse de él y decirle: «Recuerda, Antonio, que sólo tengo dos manos, dos orejas, dos pies, cinco dedos en cada mano, un solo cuerpo y una cabeza». Y su repugnancia por los dulces o los chocolates. «Los aborrecí en los internados.» ¡Cuánta tristeza había en su reflexión! Los dulces significaban encierro, falta de calor. Dominica había aborrecido de niña cuanto los niños amaban.

Resultaba ahora terriblemente difícil no equivocarse. Un regalo demasiado costoso significaba... ¡Las pequeñas cosas! ¿Y si no acertaba en las pequeñas cosas?

Extraña sensación la de penetrar en la casa de Dominica. La revivió como un paisaje de antaño. Ella con el pantalón azul marino y el jersey blanco. Exteriormente mejorada, aunque sólo fuera por el cambio de color. Los ojos más claros, en contraste con la piel.

—Es el mar.

Dominica nunca contestaba exactamente a la pregunta.

—¿Cómo te sientes? —le dijo.

Y ella no decía «Bien». Decía: «Es el mar». El mar, él lo sabía, la rodeaba, la contenía. La afinidad entre Dominica y el mar estaba hecha del sosiego que ella encontraba en el agua. El goce del cuerpo dentro de otro cuerpo. Esa paz, ese sosiego... que él buscaba en ella.

—Traigo todos tus encargos. A ver si he acertado.

No se atrevía a mostrarle lo otro. Las cosas que él había buscado para ella. Todas aquellas cosas que él había ido adquiriendo en las tiendas de Barcelona y que tal vez no fueran nunca de Dominica porque él no se atrevía a dárselas. Porque él sabía que debía ir con cuidado, muy cautelosamente con la amistad.

—Todo perfecto.

Los labios se entreabrían para una leve sonrisa. Los ojos seguían muertos en su

claridad.

—Siempre fuiste muy generoso.

En aquel momento estuvo a punto de decirle que no era generosidad lo que sólo costaba algo material. En aquel momento tampoco él recordaba del todo. Se limitó a mover la cabeza. Preguntó:

—¿Dónde puedo dejar mis cosas?

Subió con ella la escalera de ladrillos rojos. Se detuvo ante el cuarto de la abuela.

—Dormiré en el cuarto de la abuela —dijo antes que ella pudiera intervenir—. Es la única cama decente de esta casa.

Se acordaba de la casa y de que las camas de las otras habitaciones tenían extraños muelles que hacían las veces de sommier. Quien no estuviera acostumbrado a ellos, se pasaba la noche en vilo, tratando de contener incluso la respiración. El menor movimiento producía el efecto de una orquesta. La cama de la abuela, más modernizada, no tenía ese inconveniente.

—A no ser —añadió— que hayas elegido precisamente esa habitación para ti. En ese caso...

—No. Yo ocupo la habitación de siempre.

No le dio los regalos y los escondió en el fondo de unos cajones de la cómoda. No se atrevía. Durante dos días pasearon por las calles de Palafrugell, fueron a las playas, saludaron a los antiguos amigos, libres los dos como si les hubieran arrancado un terrible secreto. No era necesario fingir ni inventar palabras o frases vacías. Era un mundo devastado, liso, y para reconstruirlo había que empezar de nuevo por los cimientos.

Se marchó sin promesas. Sin fecha fija de retorno.

Lejos de ella quería evocarla en su nueva soledad, la de él y la de ella. Ya no se forjaba ilusiones. Trataba incluso de enfrentarse con un futuro en el cual Dominica no existiera. Debía, un día u otro, cuando la sintiera sosegada, hablarle de ese futuro, de la hipótesis de una separación legal. Hablaría con ella un día, antes de acabar el verano.

Y ese pensamiento, el de perderla definitivamente, era tan acongojador, que todo lo demás —trabajo, amistades, acontecimientos, familia...— quedaba relegado. No se atrevía a empezar la conversación del mismo modo que no se atrevía a hacer nada que remotamente pudiera asustarla.

Saberla viva, viva y lejos de él. Así la imaginó durante años y años, pero durante aquel tiempo él no dudó un instante. Dominica, su mujer, le esperaba. Tardaría años, no sabía cuántos, en reunirse con ella, pero al llegar todo volvería a ser como antes. Mejor que antes.

Los años los habían reunido y la mujer estaba perdida para siempre. Iba a perderla del todo. Mucho más perdida que si aquella noche él no se hubiera despertado y ella

hubiera seguido el sueño hasta el infinito. Afrontar la posibilidad. No decirlo a nadie, porque él no había hablado nunca de su mujer con otros hombres. Roerse y razonarse. «¿Te extraña? Éste es el precio, amigo. El tributo. Todos pagamos un tributo y el precio no es igual para todos. Sería injusto. ¿Que tú lo has pagado con creces? ¡Alégrate, hombre! El pobre de espíritu tiene la vida gratis. ¿Querrías eso? Reflexiona. Cuando estés más cerca de la desesperación, cuando encuentres la carga demasiado pesada y maldigas y te maldigas... ¿te cambiarías por otro? ¿Cambiarías a Dominica?» ¿Por qué?

No podía saberlo. No era una única causa ni un solo motivo. Era una reunión de varias condiciones. No un bloque. Un mosaico. Mil y mil piezas que se combinaban siempre en su vida para hacerle actuar de un modo preciso. Si hubiera bloque, ahora en bloque podría rechazar, olvidar. Pero todo cuanto existía por la conjunción de distintas causas, aunque faltara una, seguía teniendo razón de ser; quedaban siempre las otras. Siempre esas otras le parecían de valor suficiente para seguir aceptando el conjunto. Él siempre disgregaba. En amistad, veía los fallos y las posibles deficiencias del amigo y quería al amigo por esos fallos que lo acercaban a él, lo hermanaban. También con sus ideales. Aun derrumbadas la mayor parte de sus ilusiones, recordaba los impulsos, el móvil del momento. Volvería a actuar del mismo modo si la ocasión fuera la misma. No negaba ninguno de sus actos. Y a la mujer que eligió como suya, aun lejano a ella, sabiéndose ajeno a ella, la prefería a las otras.

Dejaba entre una y otra visita, el transcurrir del tiempo. Pedía a esos lapsos perfecta lucidez y desprendimiento. No pensaba en él, en su propio dolor. Pensaba únicamente en ella. Ella, la más débil de los dos, ella (no sabía cómo) debía decidir.

Y deseaba ahuyentarle toda idea del mañana. Demasiados años de futuro había tenido Dominica; lo primero era elaborar su presente. Lo veía. Lo sentía cuando, en las tertulias, frases que se referían al mañana la hacían estremecerse. Porque el mañana no había reportado a Dominica más que decepción.

No tenían amigos entre los veraneantes. Dominica siempre había huido de ciertas amistades. Frases de ella (años atrás, durante los dos únicos veraneos que tuvieron en común, precisamente en aquella misma casa) le venían. Cuando él, los sábados, le preguntaba por sus salidas, por sus amistades, ella invariablemente contestaba:

—Mis únicos amigos son los del pueblo. A ellos los conozco de muchos años y me parecen sólidos, continuos.

Y él:

—¿Qué quieres decir, Domi?

—Que la compañía de las mujeres como yo separadas durante unos días del marido, me resulta insoportable.

—Siempre te han parecido insoportables las mujeres, Domi.

—No es eso, Antonio. Quiero decir que esas mujeres se pasan el día hablando



fabulosamente del marido o despotricando.

Le reprochó:

—Tú también estás separada de mí durante toda la semana y debes de hacer lo mismo.

Sabía que no. Y quería, necesitaba su respuesta.

—Yo nunca hablo de ti, Antonio. Te quiero demasiado. Tu ausencia me destruye y hablar de ti como hablan esas mujeres de sus maridos me daría vergüenza.

Se encerraba en su casa y sólo estaba presente para los amigos del pueblo.

Tenía ya entonces miedo por ella. Cuando bajaba a las playas sabía que se alejaba...

—Siempre lo hice, Antonio. El mar... es bueno —se burlaba de él—. Tú debes de ser de seco.

El mar podía ser todo lo bueno que Dominica le decía, pero, a veces, al llegar a la playa, la veía sobre la arena, tendida como si ya no le quedaran fuerzas, los ojos cerrados, echada boca abajo.

—El mar es bueno, pero, a veces, llegas fatigada, muerta. Y tengo miedo. ¡Qué demonios!

Y ella reía. Reía en aquellos años mientras le explicaba:

—También la orilla es buena. Y la gente de aquí, los que viven aquí, son un poco como la orilla. No hacen confidencias ni preguntas. Dicen, hablan, están... ¿Me comprendes?

En un presente. No esperando como las mujeres de los veraneantes. Eso quería decirle Dominica, y cuando ahora se reunían con los antiguos amigos que quedaban, con todos ellos que seguían siendo y estando, también a veces tenía miedo de ellos.

Hacía muchos años que Dominica y él no habían vuelto por allí y en todos los labios había la misma pregunta:

—¿Volverán? ¿Vendrán otra vez como antes? ¿El año que viene?

El rostro de Dominica se apagaba, se echaba a perder ante la eterna pregunta por lo futuro. Y él sentía ganas de cogerlos aparte uno a uno y decirles: «Por favor, hablen. Sigán ustedes hablando de ayer o de hoy, pero no mencionen el mañana delante de Dominica. A Dominica el mañana le asusta. Comprendan. Ha de tomar la vida como viene, a pequeños sorbos, en porciones minúsculas. Por lo mucho que ha esperado».

Su decisión de hablarle quedaba congelada. Dominica iba viviendo su hoy. Julio y agosto habían dejado una huella de vida y color sobre su pálida tez. Septiembre empezaba con sus ráfagas de viento, con las lluvias impetuosas. Tendrían que regresar y no habían hablado de nada.

—No quisiera volver a la casa de San Gervasio.

Tan lleno estaba con sus propios pensamientos, que no comprendió la realidad.

Oyó solamente las palabras. Le dolieron como un fallo. Respondió:

—Ya he pensado en ello, Dominica. Todo será fácil. Lo siento, créeme... Pero te comprendo. El hecho de no haber tenido hijos lo facilitará todo.

Dominica le miró extrañada.

—¿Quieres separarte de mí?

No hay

Le hablaba con la cabeza baja, entre las manos. Acababan de cenar, y la mesa con el blanco mantel, con los mil insectos que revoloteaban locos alrededor de las luces presintiendo la próxima muerte, todo, todo le hizo el mismo efecto de un mundo estepario, blanco y zumbante donde él y su mujer nunca llegarían a encontrarse. Había toda esa extensión y esos revoloteos. Y el rostro interrogante de Dominica. Y sus pupilas, que nunca más sabrían sonreír.

—Yo, Antonio...

No acertaba. Y él experimentaba dolor. Físico. Se abstuvo de gritarle: «Ya no puede ser odio ni desamor ni indiferencia. Dolor físico siente aquel que de veras amaba. Dolor, pues parece que ese corazón que un día estallaba de goce, gotee ahora, esté ulcerado; como si mil uñas lo arañaran; igual que si una mano lo estrujara para hacerle perder incluso el recuerdo de cuanto poseyó o contuvo».

—Llegará el día en que me comprendas —dijo.

Y ella:

—No lo sé. No ha llegado ese día. Nada. Ya hablaremos en otro momento. Ya pensaré...

Y la vio levantarse, alejarse. Todavía no era el momento. El porvenir debía dejarse en la bruma, en una promesa. Cerró los ojos, y las luces de la lámpara del comedor quedaron un momento brillándole dentro de las retinas. Cinco ojos luminosos dentro de su oscurecido cerebro.

En Barcelona, y al día siguiente, recibió una carta de ella. Urgente, a mano.

«... no supe, Tu presencia me inhibe. Me hace decir las cosas al revés de como quisiera. No deseo el regreso a la casa de San Gervasio. Mejor un hogar propio. Como tú dijiste. Si aún lo deseas. No sé, Antonio. Eres tú quien debe decidir. Me veo incapaz de soportar la presencia de los otros. Decide tú.»

Por el mismo conducto le envió unas líneas. No le salían y rehízo la carta tres o cuatro veces. Debía ser como todo: una carta sin importancia.

«... desde hoy me ocupo. Tu solución es acertada y conveniente. Confía en mí.»

Volvió a vagabundear por Barcelona del brazo de Germán. Con Germán que le hablaba de Juana: él, que pensaba en Dominica. Visitó agencias, pisos. Compró cosas. Aún no le había dado los primeros regalos. Ya no servirían nunca. Le parecía que en el momento en que los compró no conocía del todo a Dominica. Esos regalos

ya habían caducado, había vencido el plazo. Telefoneó varias veces a Dominica haciéndola partícipe de sus búsquedas. Ella se desinteresaba. Una casa donde hubiera luz, terraza y un cuarto para pintar. Así era Dominica. Así debía aceptarla. Otras mujeres le hubieran preguntado cuántos armarios tenía la cocina y si el lavadero estaba o no cubierto. Por lo menos cada vez que visitaba un piso la portera hacía hincapié sobre esos detalles, sobre el número de habitaciones y la complejidad del cuarto de baño. Él pedía únicamente tres cosas: luz, terraza y un cuarto que pudiera servir de taller. «El cuarto de los niños.» No tenían niños. Buscaría. Preguntaría a Dominica cómo veía ella la terraza y aquel cuarto.

Volvió a Palafrugell sin haberse decidido. Los días de septiembre se acortaban y la luz, por las tardes, era azulosa, oscura, madura.

Salieron a media tarde y tomaron la carretera de Calella. El tiempo no estaba seguro.

—¿Crees que lloverá? —preguntó Dominica.

Y él intuyó que debía contestarle que de ningún modo podía llover. Cuando soplaba el gargal, el mar se hinchaba. Venían las olas empujadas desde el cabo Spartivento y el aire se volvía desapacible. No era seguro que lloviera.

—No sé. No lo creo.

—Pues vamos.

Se iban a eso de las cinco de la tarde y andaban los pocos kilómetros que los separaban de Calella. Se sentaban frente al mar, veían descender la luz, morir el día, paladeaban cualquier vino, fumaban. No se decían gran cosa. Tampoco necesitaban hablarse demasiado. Entre ellos dos estaba la carretera, el ritmo de un andar. Dominica, con sus pantalones azul marino y su jersey blanco, siempre, siempre le emocionaba. Más cuando la sentía pequeña a su lado, por usar en aquellos paseos zapatos sin tacón. Más por ver el rostro sin maquillaje, pálido bajo el resto del sol que todavía alumbraba. El cabello liso, crecido, temblándole a cada paso.

—¿Has encontrado piso?

Él le habló de los que había visto. Incluso había hecho planos para que ella se diera cuenta. Iban por la carretera y ella miraba los planos. Cuando llegaron a Calella y se sentaron bajo las «voltes», ella siguió mirándolos y sugiriendo.

Conocidos de Palafrugell se ofrecieron a «subirlos» en coche. No quisieron.

—Va a llover.

También él lo creía. La luz tenía el color de las uvas negras. Llegarían tarde a casa. Eso formaba parte del modo de ser de Dominica. No saber cuándo podía llegar a un sitio, no tener horas determinadas para esto o aquello. Los meses de Palafrugell habían sido enteramente anárquicos. Iban a las playas, almorzaban o no almorzaban, merendaban en cualquier sitio, cenaban entre las siete de la tarde y las doce de la noche.

—¿Crees que lloverá, Antonio?

Lo preguntaba mientras se disponía a reemprender el camino de regreso y él pensaba que sí. Lo sentía en el aire húmedo que penetraba en el cuerpo a través de la sahariana. Lo veía en las nubes amontonadas, nubes gordas, grávidas, con ansia de verterse. El viento parecía como adormilado entre los pinos. Era un compás de espera antes de la tormenta. Pero Dominica no deseaba recorrer los tres kilómetros en coche. Quería ir por la carretera a pie, volverse de cuando en cuando, contemplar el mar, andar de espaldas de trecho en trecho, coger las ramas de los tamarindos, dejar que la noche se vertiera sobre ella, poco a poco.

—Puede que llueva. No es seguro.

—Andaremos, pues.

Empezaron el regreso. Hablaron de la casa. Una de las propuestas parecía reunir todas las condiciones. El cielo seguía tomando tonos de vendimia. Terminaron por callarse, andar el uno junto al otro. Ya casi no se veía.

Y empezó a gotear. Densos goterones ruidosamente aplastados contra la carretera.

—Llueve —dijo ella.

Decía «llueve» como hubiera podido decir: «hace sol», como otras mujeres decían: «hoy es lunes».

La luz se vertía sobre la tierra furiosamente. Estaban a medio camino entre Calella y Palafrugell. La luz había muerto. Ella se acercó y le dijo:

—Tenías razón. Llueve con ganas.

Él no había dicho nada. Lo pensó, sí, desde que salieron de Palafrugell, pero no había dicho nada.

La lluvia le pegaba los cabellos contra la cara. Parecía otra vez muy pálida. Hacía frío y viento. El jersey blanco estaba empapado de agua. Agua por todas partes. En el cielo, sobre los árboles, en la tierra, encima de ellos.

—Estoy hecha una sopa.

La veía tratando en vano de protegerse, apretando su cuerpo entre sus brazos. Debía sentir el frío calarle los huesos.

Se quitó la sahariana. El agua golpeó directamente su pecho desnudo.

—¿Qué haces?

—Tápate, Domi.

—¿Y tú?

—No importa.

No importaba en absoluto. A él nunca podría sucederle nada. Tenía la piel externa curtida por los fríos y las inclemencias. Su torso, desnudo, aceptaba la lluvia como había aceptado la miseria, la suciedad, los golpes...

—Anda.

Sobre el jersey blanco le colocó la sahariana. Dominica flotaba en ella. Le

abrochó hasta el último botón del cuello y ella le dejaba hacer, agitada por el viento, despeinada, mojada, fría.

Le apartó los lazos mechones que le cubrían el rostro.

—Siempre has sido muy generoso, Antonio.

Se dejaba arreglar los mechones y le daba la mano para proseguir la marcha. Tenían que continuar hacia delante. Retroceder significaba la misma distancia.

—No, Domi.

—¿No?

La cogió del brazo. El aire se la arrebatava. Era frágil Dominica. Una hoja llevada de acá para allá por el viento. La cogió fuerte del brazo.

Y recordó.

Las largas marchas. Las interminables carreteras. Los cientos y miles de kilómetros que había hecho allá. Marchas de día. Marchas nocturnas. Largas filas de hombres vestidos con el mismo color, que andaban, andaban. Echar la pierna hacia delante, adelantar; echar la otra pierna, adelantar; seguir la carretera, el paso de los otros. Uno, dos, para no dormirse. Uno, dos, para no perder el paso, para no tropezar y caer. Caer significaba quedarse. Quedarse era morir. Algunos camaradas caían y los otros trataban de no escuchar el ruido de aquellos cuerpos que ya no hacían ruido, de tan frágiles, de tan pequeños.

Andar sin saber el destino. Dejar atrás tierra y más tierra. El mundo era redondo y ellos debían de haber dado la vuelta más de cien veces alrededor del mundo. Eso pensaba. No era ni remotamente verdad. Parecía verdad a aquel que andaba sin saber su destino. Aquél que dejaba tierra atrás y tenía tanta tierra por delante. Uno, dos, y no detenerse. Las piernas que actuaban solas, movidas por la voluntad, por lo único que restaba en el cuerpo encogido. Y el ánimo en vela que seguía contando los pasos, ritmando la marcha, manteniendo una fe, porque quizá, sí, quizás aquella marcha fuera la última.

—No, Domi. El hombre tiene muy pocas ocasiones de mostrarse generoso.

El viento la echaba, la aplastaba contra él. La tenía agarrada por la cintura.

¡Ah, sí! Los otros también tenían a las mujeres cogidas por la cintura. A veces ya no podían con ellas. Las arrastraban. Las dos columnas se entrecruzaban y ellos, los cautivos, los prisioneros, tenían envidia de los otros. Los otros lo habían perdido todo. El pueblo ardía, había sido saqueado. O bien aquella gente sobraba, debía desplazarse trasplantarse a otro lugar.

Hombres, mujeres y niños emprendían la ruta con escaso equipaje. Éste se perdía. Hombres y mujeres que tal vez estaban peleados, que acaso anteriormente eran enemigos, volvían a formar bloque. El hombre arrastraba a la mujer. Y en un alto del camino, mutuamente se alentaban. Había visto a esos hombres —campesinos en su mayoría, pobre gente sobre quienes la guerra caía como una plaga— llenos de ternura

hacia sus compañeras.

No. No era generoso el hombre. No podía serlo siempre. No siempre tenía ocasión de serlo.

—Tú siempre fuiste generoso conmigo, Antonio.

Le castañeteaban los dientes. Allí, a poca distancia, se veía una luz. Una casa. Un refugio. Lo vieron los dos. No se dijeron nada.

—No, Dominica. Tan sólo el hombre que ha perdido todo, que no tiene absolutamente nada que dar, merece ser llamado generoso.

Pasaban frente al refugio. Lo dejaban atrás. La luz se apagaba como un ojo cansado, dormido.

—Yo he visto hombres generosos. ¡Cómo los envidiamos, Domi! Eran pobres hombres que de la noche a la mañana tenían que abandonar cuanto poseían y echarse a la carretera con su mujer. Nos cruzábamos con ellos. Otras veces hicimos juntos el mismo camino. Incluso te diré que en alguna ocasión tuve en mis brazos una de aquellas mujeres, que añadía cansancio y fatiga a nuestro cansado cuerpo.

Ella callaba.

—Esos hombres, Domi, no llevaban únicamente su propia carga, sino que muchas veces cargaban con el cuerpo medio inerte de la compañera. Y en los altos del camino los veíamos descalzarlas, curarles las heridas de los pies. Calentar los pies entumecidos con el poco aliento que les quedaba. Limpiar con saliva, con los propios labios, las llagas producidas por el largo caminar.

La miró. Ella no dijo nada. Tenía los ojos muy abiertos. No sabía si lloraba o si la lluvia seguía mojándole la cara.

—Y nosotros, los solos, envidiábamos a aquellos hombres que podían ceder parte tan grande de sí mismos. Eso era ser generoso, Domi. Ceder una prenda, cuando de esa prenda puede depender la vida. Ceder el apoyo de un brazo, cuando de ese esfuerzo puede depender la vida. Arrastrar un cuerpo, cuando el propio cuerpo está pidiendo ayuda, reposo..., cuando del propio cuerpo también está huyendo la vida. Nosotros los envidiábamos. Nuestra fatiga, nuestro dolor, era solitario. No teníamos a quién dar lo que ya casi nos faltaba. A veces, digo, ayudé a alguna de esas mujeres.

Otra vez distinguió las luces de una casa. La lluvia bajaba fragorosa por las cunetas. Él y Dominica estaban solos. Pasaron las luces. Las dejaron atrás.

Uno, dos... Allá sabía que las piernas debían seguir andando. Ciego y sordo a cuanto ocurriera a su alrededor, las piernas debían obedecerle y seguir la marcha. Era un mundo redondo y su marcha una marcha sin fin. El que cayera no haría ruido, casi. Caería, resbalaría de aquel mundo redondo y saldría de su órbita perdiéndose para siempre. Y eso él no lo quería. La tierra estaba bajo sus pies y mientras un soplo, un aliento le quedara, él la hollaría. Un día, un año, cualquier siglo venidero, le conduciría a destino.

—Yo amé a todas esas mujeres, Domi. Envidié a todos esos hombres que podían cuidarlas, besarlas, cuando más lo necesitaban. Me decía: «Suerte que Dominica no sabe, no sabrá nunca. Nunca estará en el lugar de estas mujeres». Y en el fondo, hubiera dado cualquier cosa para tenerte contra mí en aquellos momentos, ser como los otros, los hombres, no los prisioneros. Los hombres sufrientes, que todavía tenían familia, compañera. Los hombres que todo lo habían perdido menos lo más importante. Hombres sin tierra y sin casa que iban por la carretera sosteniendo a la mujer.

Le pareció que Dominica preguntaba algo, le decía algo. Era una voz pequeña, un ruido pequeño entre el ruido de la lluvia. No debía detenerse.

Como allá, continuaba andando sin hacer caso del ruido producido por la caída de los cuerpos. Tampoco ahora podía detenerse. Debía hablar. Las luces se apagaban tras ellos y él y Dominica estaban solos en un mundo desierto que tardarían siglos en recorrer. Pero no debía detenerse. Detenerse era quedarse. Quedarse significa salirse de la órbita y perder. Continuar hablando, seguir hablando, seguir hollando el largo camino.

Un día, un día quizá llegaran a alguna parte.



CARMEN DE RAFAEL MARÉS. Firmaría sus libros como Carmen Kurtz, utilizando el apellido de su esposo. Nació en el seno de una familia cosmopolita. Era nieta y bisnieta de emigrantes catalanes que vivieron en Estados Unidos, México y Cuba. Su padre había nacido en La Habana y su madre, en Baltimore. Parte de su educación la recibió en el Reino Unido y, sin duda, algunas de sus experiencias en ese país se reflejaron en sus libros.

Se casó con el francés Pedro Kurtz y vivió en Francia desde 1935. El matrimonio pasó allí la Segunda Guerra Mundial; su marido pasó dos años en un campo de concentración. Se mudaron a España en 1943.

Carmen empezó su carrera literaria escribiendo cuentos. En 1955 publicó su primera novela, *Duermen bajo las aguas*, que recibió el premio Ciudad de Barcelona. Al año siguiente obtuvo el Premio Planeta con *El desconocido*.

En 1962 empieza la serie de cuentos para niños protagonizada por Óscar. *Óscar cosmonauta* cuenta la historia de un chico que tiene por mascota una oca, Kina, y que decide construir un cohete. Aunque la aventura acaba teniendo un desenlace del tipo todo fue un sueño, lo cierto es que Óscar viaja a otros planetas donde se encuentra con civilizaciones socialmente avanzadas. Esto permite introducir una serie de temas de gran actualidad y sorprendentemente avanzados para la época.

A lo largo de su vida, Carmen Kurtz siguió fiel a Óscar y Kina, pero tuvo otras inquietudes. Resulta notable su trilogía *Sic transit* que se publicó entre 1973 y 1975.

A partir de la segunda mitad de los años 70 se dedicó con más intensidad a la



literatura infantil con la ayuda de su hija Odile como ilustradora.